Eva Díaz Pérez

Los viajeros del continente

Hugh de Galard, escritor de libros de viaje, recorre Europa en la que será la última travesía de su vida. Un itinerario que realiza junto a su esposa, Violet Archer, y en el que rememora su vida en Londres mientras atraviesan un continente que parece vagar en la incertidumbre. En barcos, trenes, automóviles, paseos y *flâneries* descubren la metáfora de una Europa de ruinas prematuras con viejos balnearios, estaciones olvidadas, parques acuáticos abandonados y cementerios clausurados. Un viaje en busca de la memoria europea y un refugio ante lo que está a punto de desaparecer.

Eva Díaz Pérez

Los viajeros del continente

ePub r1.0
Titivillus 12.06.2024

Eva Díaz Pérez, 2023
Diseño cubierta: Pablo Genovés, *El primer encuentro*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte

QUEVEDO

La muerte más voluntaria es la más hermosa. La vida depende de la voluntad ajena; la muerte, de la nuestra

MONTAIGNE

Regaliz y amoníaco

Ocurrió en uno de esos solares en los que hacíamos fogatas por las tardes. Humo de ramas y basuras. La boca pringosa del pan de jengibre con melaza. Me picaba la postilla del brazo. La herida sangró y chupé el relieve negro como de roca, que me dejó un sabor ferruginoso, a hierro oxidado. Un caramelo de sangre seca que se deshizo poco a poco en la boca. Tenía un agujero en el zapato izquierdo y los calcetines estaban mojados, no sé si de sudor o porque mamá los había descolgado del tendedero antes de tiempo. Olían mal, pero eran los únicos que tenía.

En uno de esos solares estaban Jimmy y Andrew con el perro sarnoso de los Parker. Ese chucho no dejaba de escarbar la tierra buscando huesos y basura enterrada. Jimmy se había comido una pulga que le encontró al perro detrás de la oreja. No era la primera vez. Decía que las pulgas sabían bien porque de ellas salía sangre dulce y caliente. Después de tragársela eructaba, como cuando tomas bebidas carbonatadas muy rápido y sin respirar.

En el solar había un edificio que se había derrumbado tras un bombardeo. Fue por uno de los primeros proyectiles que cayeron aquí, en el East End. Aún recuerdo aquellos días. Alarmas. Un zumbido empapado de silencio. Miedo. Escalofríos. Estruendo. Gritos. Los oídos sordos durante unos segundos y luego un viento de fuego que te arrastraba hacia el cráter.

El solar aún tenía un cráter en el que el perro de los Parker siempre buscaba, nervioso. Había encontrado una chaqueta vieja, latas vacías, un tenedor retorcido por el fuego y trozos de un jarrón. Andrew dijo que también había descubierto un hueso humano. Pero yo creo que era mentira, una más de sus fabulaciones, porque nunca lo enseñaba. Decía que era su tesoro secreto. Estaba pirado y sé que por las noches seguía soñando con las bombas. Y se meaba en la cama. Por eso cuando llegábamos al solar él no quería mojarse las

manos con orines. Ya no le quedaban ganas. Se había vaciado en las sábanas. Yo le decía que eso cura las grietas y endurece las manos. Las manos de los hombres. Una vez vi hacerlo a un soldado. Así no nos dolerían cuando rastreáramos en los solares buscando cosas.

Las manos me huelen a regaliz y a amoníaco porque acabo de orinar sobre ellas. Ahora estoy otra vez en el solar donde explotó la bomba. En el mismo solar donde mis amigos murieron porque se les ocurrió tirar de la espoleta de un objeto que el perro de los Parker encontró al escarbar en el cráter.

Yo tenía las manos mojadas y me las estaba oliendo porque me gustaba el aroma a regaliz que dejaban los orines y entonces ellos saltaron y una ola de fuego me quemó las pestañas. Jimmy y Andrew parecían muñecos negros. Tenían las piernas y las manos retorcidas como insectos absurdos y sus caras habían desaparecido. Ahora tengo dudas de que fueran realmente ellos. ¿Eran mis amigos los que murieron por culpa de aquella bomba olvidada de la guerra?

Vuelvo a estar en ese solar y me asomo al cráter. Descubro un enorme agujero. Se oye el paso de una corriente de agua. Es un río, uno de esos ríos perdidos de Londres. Huele a alquitrán, a brea, a sebo, a mierda. Flotando en sus aguas negras veo el Támesis helado con borrachos y suicidas que olvidaron cerrar los ojos. Veo fuego y apestados, molinos que ya no existen. Suenan en el fondo de este abismo las campanas de Saint Mary-le-Bow con toques de queda. ¿Por qué lo recuerdo? Y el carillón del Big Ben con el aria del *Mesías* de los días felices. Siguen flotando en estas aguas negras duelistas al amanecer en Primrose Hill y entonces recuerdo una ciudad monstruosa. La memoria de ese espectro que devora los siglos. Veo cómo hierven cabezas de traidores que luego alguien coloca en el puente con ridículas coronas de hiedra porque la comedia ha terminado. Veo rosas blancas-York y rojas-Lancaster, sudor de caballos que galopan hasta el último paso de postas, la antigua muralla con sus siete puertas dobles. Argamasa mezclada con sangre de bestias, peste de curtidurías, tabernas en las que fermenta la cerveza, basura de pescaderos en Thames Street. Veo un ómnibus y farolas y una niebla amarilla que se me cuela dentro y cría fantasmas en mis pulmones. Veo tempestades, vapor, mar, viento azotando patíbulos mientras huele a heno de Whitechapel. Se

acerca ensordecedor, salvaje y veloz, un vagón de metro. Dentro viajan muertos, pero son muertos antiguos, muertos de otro tiempo que parecen salidos de mis manuales de Historia.

Son los muertos de Londres.

Llegan de las estaciones de todos los siglos. Y yo tengo que oler mis manos de regaliz y amoníaco para recordarme que no soy uno de ellos, que aún estoy vivo porque puedo mear, mis riñones siguen funcionando y puedo sentir los ríos de orines que aún recorren mis entrañas.

En Portsmouth, Hugh reconoce con placer los viejos aromas del puerto: la brea marina, el cáñamo de la cordería, la neblina pegajosa de la playa, los vapores salinos. Había pasado muchos veranos allí, primero con sus amigos y luego con Violet. Ella llegaría en el tren de la noche. Hasta el último momento no sabían si harían juntos el viaje al continente, pero al fin Violet se había decidido. Un viaje meditado por Hugh, un sueño de toda la vida, un itinerario por Europa al modo de los antiguos viajeros del Grand Tour. Aunque Hugh y Violet saben que no llegarán a Italia, destino final de esas travesías. Ni a la casita en la Toscana con la que siempre habían soñado como lugar de retiro definitivo. Lo que tendría que haber ocurrido, pero que nunca será.

Aprovecha el sol de la tarde para pasear un rato por el antiguo astillero antes de recoger a Violet en la estación. Siempre hace sol en Portsmouth. Al menos así ha ocurrido en sus visitas, aunque ahora medita sobre los caprichos de la memoria. Quizás es que solo recuerda los momentos felices. Portsmouth es el recodo amable de la vida, una ciudad azul y blanca con olor a sol y a mar. Por eso había decidido partir de su puerto para este viaje al continente. Portsmouth —y no Newhaven, Poole, Plymouth o Dover hasta la más cercana Calais—, porque Portsmouth forma parte de su biografía. Y a él le apetece recordar. Regresar más que descubrir. Su vida es ahora un vagón atestado de pasado y apenas unos pocos paisajes por estrenar.

Ve el barco histórico de Nelson en el antiguo astillero, el *HMS Victory* en dique seco vomitando turistas que se hacen fotos estúpidas donde el almirante fue abatido. El tiro de mosquete entrando por su hombro izquierdo, bajando hasta sus costillas, rompiendo dos de ellas, que penetran como puñales en el pulmón. A

cada latido, respira sangre. Héroe muerto. Fin de la batalla de Trafalgar y ascensión a los cielos de la gloria histórica.

Hugh y Violet viajaron una vez a Trafalgar. Allí no quedaba ningún resto de la batalla naval, pero les bastó intuir lo que alguna vez ocurrió. Mientras contemplaban un hermoso atardecer rojo sobre las aguas de Cádiz, imaginaron que los viejos barcos de guerra seguían reproduciendo la naumaquia con los navíos vencidos de la flota francoespañola llenos de soldados muertos bajo las aguas. Hugh se emocionaba relatando cómo Inglaterra vencía y se convertía en la gran potencia marítima del siglo en este océano de sangre antigua y fantasmas. Lástima que el almirante Nelson muriera de un disparo de mosquete. Se lo imagina ahora desangrándose en esa misma cubierta del *Victory* que ha resistido los embates del tiempo, justo donde ahora se hacen fotos unas adolescentes con pantalones tan cortos que dibujan claramente la línea de los montes venusinos. Agoniza Nelson y su espectro sube a la red desde el perfil de instagram de una de las jóvenes: *Jenny. Tauro. Enamorada. 17 años. Pasión por el tecno y los tatuajes*. Y Nelson navega en los océanos de internet, sin cuaderno de bitácora, perdido en el tiempo sin tiempo, desangrándose con cada bit. *Godsavetheking.com*

Hugh sonríe, aunque en el fondo se siente molesto con estos turistas bobos que pasean por los alrededores de la historia sin enterarse de nada. Haciendo fotografías en los escenarios solo porque un *influencer* les dice que hay que hacerse un selfi en ese lugar. Amebas que pasan de puntillas por las épocas. Colocándose en primer plano para creerse protagonistas de algo trascendente.

Yo bajo la estatua de Nelson.

Yo en la cubierta del *Victory*.

Yo junto a las ruinas gloriosas de mi país, aunque yo no sea nadie, carne anónima en las corrientes de la historia. Modas para autorretratos de la nada.

Las adolescentes no dejan de fotografiarse en el lugar sagrado en el que expiró el almirante. Y ríen, descaradas, cuando se dan cuenta de que han empezado a molestar al resto de visitantes que esperan su turno. Sobre todo señalan a Hugh porque parece el señor más serio, una lejana evocación de su profesor de Historia al que ahora recuerdan explicando la gloriosa y épica batalla de Trafalgar.

Hugh vuelve a mirar el lugar donde murió el héroe y se marcha discretamente del barco-museo. No muy lejos hay otras embarcaciones que parecen páginas históricas: la nao *Mary Rose*, de la época Tudor, hallada bajo las aguas o el acorazado *HMS Warrior*, que aún muestra el aire ceremonial e impostado de los tiempos victorianos. Pasa de largo porque hay cola para visitar los barcos del pasado. Además, en estos días se siente incómodo recorriendo solo estos lugares. Cree que todo el mundo está pendiente de su soledad, de su abandono, de su tristeza de pobre viejo que ya no tiene a nadie que lo acompañe para contarle sus batallitas.

Pero hoy suspira y se alegra al pensar que Violet estará pronto con él y juntos partirán al continente para hacer este viaje largamente esperado. Una travesía, sin embargo, que tendrá mucho de improvisación, de decisiones en el último momento según el capricho de los viajeros, aunque su ruta en realidad esté trazada con fría y meditada precisión. Al menos, su final.

En una animada calle de bares y restaurantes se sienta a descansar. Está agotado, aunque no ha caminado mucho. Aun así, está feliz por haber dejado el «Godzilla», ese tratamiento que devora, que arrasa, aunque los médicos dijeran que ha servido para alargarle la vida. La vida, ¿qué vida? Ahora, de forma increíble, su cuerpo se ha normalizado. Duerme bien, respira bien, come bien, defeca bien. Más o menos. Solo ha adelgazado un poco y se siente más cansado, pero este no será un viaje de velocidades y urgencias. Llevan poco equipaje y toda la calma del mundo.

Mientras apura una cerveza recuerda los veranos felices en Portsmouth. Aquí tuvo su primera borrachera y eso no se olvida. Fue en una excursión con sus compañeros del instituto. En el autobús que los llevaba a la playa bebió de una botella de ginebra que uno de sus amigos le había robado a su madre. Evoca ahora a aquel amigo, Peter Dunne, que le ofreció la botella entre risas, haciéndose el valiente, gozando del aplauso del resto por haber conseguido tan preciado botín. Reía y bromeaba, se pavoneaba de su capacidad de bebedor, pero casi todos sabían que detrás de aquella demostración se escondía la tragedia de su madre alcohólica, una pobre mujer que ya apenas salía de casa después de haber sufrido caídas y accidentes en su recorrido diario buscando

bebidas en la tienda del barrio. La señora Dunne apareció en la mente de todos con su cara pálida e hinchada de bebedora, el pelo ralo y descuidado, su mirada perdida de sonámbula. La señora Dunne también estaba presente en cada uno de los sorbos de su hijo Peter, pero él no quería darse cuenta y jugaba a liderar el campeonato de tragos que había propuesto para entretener el viaje. Finalmente, Peter se quedó dormido por culpa de la borrachera y entre todos terminaron la botella para que no asomara más la sombra de la señora Dunne en aquel viaje.

Portsmouth y su ambiente familiar, su horizonte de barcos blancos en la lejanía, de bares alegres con gente al sol. Un sol extravagante en Inglaterra. Un sol que nada tenía que ver con los habituales paisajes nebulosos, la luz de ceniza de esos cielos que parecían aplastar el horizonte. Una línea de plomo que también borraba los perfiles de las cosas, como si nunca se pudieran ver completas y definitivas. Un aire que dotaba a los paisajes, los objetos y la gente de un perfil incierto y confuso.

En aquella excursión, bajo un sol excesivo, bebió de la ginebra de su amigo Peter y luego cerveza barata durante todo el día. Durmió con sus amigos en la playa porque perdieron el autobús y durante mucho tiempo asoció el olor de la arena mojada, el sol, el salitre y la cerveza con la felicidad. Descubrió que en Portsmouth la vida parecía estar dibujada con un trazo más preciso y luminoso. El sol raro de Portsmouth.

Portsmouth. El principio de su vida y, ahora, casi el final.

Es la hora, así que se dirige a la estación. Está impaciente por abrazar a Violet y agradecerle que haya decidido acompañarlo. Las nueve en punto en el reloj cansado que hay junto a los andenes, la hermosa esfera de las estaciones de la Railways. Parece que en su redondez perfecta estos relojes albergaran el vértigo y las prisas de todos los viajeros que miraron alguna vez sus manecillas con la impaciencia y los nervios de los que están a punto de partir. Mecanismos exactos, las horas pasando, el tablón de anuncio de los itinerarios diseccionando la geografía del país, uniendo lugares, alejando o acercando vidas: Kent (vía 1. Salida a las 20.45 horas), Bristol (vía 4. Llegada a las 21.23 horas). Y el olor de los trenes. Cómo le gusta la atmósfera de las estaciones. En el viaje, han previsto cubrir algunas distancias en ferrocarril. Trenes para

atravesar Europa. ¿Ruán-París? ¿Dijón-Besanzón? Ya lo decidirán. Han descartado los vuelos directos o el Eurostar desde la estación de Saint Pancras, que atraviesa, veloz y eficiente, el canal. Quieren ir con la serena lentitud de los viajeros antiguos. A Hugh no le hubiera importado recorrer los caminos en carruaje, cabriolé o calesa, como sus héroes literarios. En la maleta lleva un itinerario al que ha dedicado buena parte de su vida de investigador: *Historia de un viaje de seis semanas*, el diario del viaje de Percy y Mary Shelley. Una aventura de la que se habían cumplido dos siglos. Hugh había entregado a su editorial un ensayo dedicado a ese diario. Estaba ilusionado con la publicación y la gira de presentaciones, pero el destino le ha obligado a dar un cambio de rumbo en su tranquila y apacible vida de investigador, de escritor de libros de viajes históricos. Hugh de Galard ha anulado la promoción del libro, pero hará el viaje a su manera, un viaje como los que hizo en su juventud. Claro que ahora no lleva solo una mochila con un par de camisetas, mudas de ropa interior y un par de calcetines, sino los recuerdos de toda una vida. Y, al contrario que entonces, cuando recorría el mundo sin tener nada previsto, en este itinerario el final ya está escrito.

El expreso de Londres llega a la vía 7. Se apean viajeros disfrazados de verano. Ya desde la estación de Waterloo, los viajeros a Portsmouth anuncian su destino de las soleadas playas del sur con sus gorritos, sandalias con calcetines, sombrillas y pantalones cortos que muestran las piernas con ese inconfundible color de talco.

Por fin ve a Violet bajar del vagón. Solo trae una maleta y un bolso. Lleva el pelo blanquísimo recogido en un moño. Está feliz, segura, consciente de que ha tomado la decisión más importante de su vida: acompañar a su marido hasta el final. Sonríe al verlo y lo abraza con fuerza. Parece que no se ven desde hace tiempo, pero se han despedido hace apenas un par de días en la estación de Waterloo, justo donde Hugh, antes de saber si le acompañaría, se había sentido solo, vencido y derrotado.

Pero ahora ella está allí. Hugh aspira la colonia de lilas de su pelo, tan familiar, y también descubre un levísimo olor a regaliz y amoníaco, imperceptible para cualquiera pero no para su potentísimo olfato. A Violet no le gustan los lavabos del tren y una

hora y veintidós minutos es demasiado para una mujer de setenta años que usa pañitos higiénicos para las pérdidas. Y entonces Hugh recuerda por un mínimo segundo su sueño de la noche anterior, cuando era niño y se mojaba las manos de orina para que no se le agrietaran mientras buscaba tesoros en los solares del Londres de la posguerra.

Se despierta un poco mareado. El camarote está a oscuras. Violet ha corrido la cortina para que se sienta más cómodo. El dolor de cabeza ha desaparecido, pero tiene que levantarse rápido para vomitar en el minúsculo cuarto de baño. La travesía es corta, pero Hugh ha comprado un pasaje con camarote en previsión de lo que pueda ocurrirle. Siempre se ha mareado en sus viajes en barco. Claro que ahora se añaden otros perturbadores males que intenta apartar como moscas molestas.

Ya más despejado, sale del camarote para buscar a Violet. Está en cubierta y se ha soltado el pelo, la melena blanca al viento, solo con algunos mechones prendidos con horquillas, los brazos reposando en la barandilla, tan elegante contemplando el mar. Mira al horizonte buscando en la lejanía el continente, el puerto francés de Le Havre.

Se conocieron en Le Havre a mediados de la década de los setenta. Violet Harper formaba parte de la orquesta que aquella noche interpretaría piezas de Brahms, Schubert, Mozart, Beethoven y Vivaldi. Hugh participaba en un congreso sobre viajeros románticos ingleses que habían recorrido Normandía y decidió asistir al concierto junto a otros colegas. Desde la oscuridad del patio de butacas, se enamoró de la muchacha del pelo blanco. Ella apenas contaba treinta años pero ya tenía una hermosa melena plateada. Era la concertino de la orquesta. Todo era armonía y elegancia en ella, desde la forma en que inclinaba la cabeza para acomodar el violín, hasta sus larguísimos y esbeltos brazos acariciando el arco del instrumento. Hugh se propuso saludar aquella noche a la concertino. Y lo consiguió. El fondo de esa historia es la ciudad de Le Havre, cuyos perfiles Violet intenta ahora descubrir desde la cubierta del barco que la aleja de Inglaterra.

Hugh la observa. En realidad no quiere que este momento termine nunca, que ella se dé cuenta de que está mirándola, vuelva el rostro y lo salude y le cuente lo que está intentando ver a través

de la bruma de las frías aguas del canal. No pretende interrumpirla, despertarla del sueño, no quiere que se rompa esta magia, desea con toda su alma que todo quede congelado en un momento eterno. Se quedaría a vivir aquí, quede lo que quede. Nunca se aburriría, podría pasear por esta escena por los siglos de los siglos. Mirándola. No le hace falta nada más. Pero una ola que rompe contra el casco del barco hace que Violet se asuste y se retire un poco de la barandilla y, así, se da cuenta de que su marido está observándola en silencio. Sonríe al ver que no tiene mala cara. Ahora contemplarán juntos la llegada a Le Havre.

Hugh se acerca lamentando que el instante se haya roto. El mecanismo del tiempo que va acortando los paisajes de su vida avanza, implacable, y debe seguir viviendo. Sabe que no le quedan muchos momentos como este. Abraza a Violet. Su colonia de lilas se mezcla con el olor del mar, el viento frío, la bruma que a veces borra algunos perfiles y crea una nube que parece sostener el barco en el vacío.

Mira al otro lado, al horizonte que ya esconde muy a lo lejos los perfiles de la costa británica y por primera vez es consciente de algo terrible. Algo que es abismal y que intenta apartar de su mente porque en este viaje solo quiere ser feliz. Queda atrás su querida isla y Hugh no quiere mirarla, pero siente ese inevitable pellizco de los que la abandonan. Esa isla maravillosa anclada sobre mares fríos, un lugar con tanta fuerza que es capaz de sugerir que es un continente y el resto, solo islotes, que los movimientos tectónicos que hace milenios hicieron que se adentrara en los mapas marinos y se alejara no eran sino soplos de algo divino para aislar a la mejor de las tierras y dejarla a solas con la historia.

Hugh contempla cómo la bruma rodea el barco que los aleja para siempre de aquella bendita isla y tiene la sensación de que son las nieblas huidas de Londres las que acompañan a estos viajeros errantes.

Nunca lo sabrán, pero a 184 metros bajo el agua, en el fondo de este Atlántico-puente, a latitud 50 grados norte y longitud 34 grados oeste, yace un barco que se hundió hace noventa años. Trescientos cuarenta y ocho muertos flotan aún en su costillaje de óxido. Marineros muertos en los que también quedó grabada la última imagen de la isla a la que nunca pudieron regresar.

Niebla

Aquella niebla raspaba la garganta. Arañaba las fosas nasales hasta adentrarse en los pulmones y allí criaba la incertidumbre de las muertes lentas. No era niebla, era otra cosa y tenía una larga historia. Era el alma de la ciudad, pero al mismo tiempo esa bruma viscosa y tóxica podía matar a la gente. Hay estadísticas que lo confirman, aunque estén escritas en páginas que ahora amarillean. ¿Cómo olía la niebla de aquel invierno? Era vapor sucio, como si se aspirara un vaso de agua ponzoñosa que hervía al llegar a la garganta. Dolía respirar la niebla.

Era el invierno de 1952 y murieron muchas personas en solo tres días. Un monstruo invisible se había quedado a vivir en Londres, exhalando vapores mefíticos, una tos inmunda y mortal. Ya no era la inquietante, sombría y literaria niebla victoriana que suspendía las calles en un misterio. No era el paisaje urbano de farolas de luces ambarinas como puntos débiles que el paseante tenía que seguir para no caer en el Támesis, tan exótico y hasta salvaje para todo forastero. Ya no era la niebla que convertía la ciudad en una acuarela de colores brumosos y apenas percibidos o a los habitantes en espectros que aparecían y desaparecían. No, no era la antigua niebla que obligaba a que los escaparates se alumbraran con luz de gas y que hacía que los carruajes flotaran sobre el asfalto gris y submarino. Ni ese Londres viejo y decrépito del pasado en el que los carbones marítimos, los caldos hirviendo, los humos de las chimeneas, las tintorerías o las nubes calientes de las tahonas provocaban la niebla eterna que siempre ha envuelto a esta extraña ciudad. Aquello era otra cosa, una niebla venenosa salida del vientre de las fábricas y la contaminación de los automóviles. Una *nieblahumo* de los tiempos modernos.

Recuerdo aquel día a la perfección, aunque esto sea solo un sueño. El sueño de alguien que se empeña en recordar demasiado,

quizás para refugiarse o esconderse. No es un sueño normal en el que simplemente pasan cosas extrañas. Es un sueño con conciencia. Un sueño con minuciosa memoria en el que aparezco ayudando a mi padre a descargar paquetes y a llevar en su furgoneta recados de algunos clientes. Parecíamos los últimos habitantes de un Londres blanco y sepulcral. De nada servían los planos y los mapas porque había que adivinar dónde estaban las calles. Yo tanteaba en la nada buscando el timbre de las puertas y estuve a punto de caerme por las escaleras de un patio.

A pesar de la niebla, que era como un sudario pegajoso extendido sobre la ciudad, decidí salir. Fue la noche en que tomé por primera vez drogas lisérgicas. ¿Cómo no hacerlo en aquel Londres embrujado y moderno? Las entradas a los *pubs* estaban envueltas por una bruma tóxica, dióxido de azufre, sin duda, el aire que envuelve el acceso a todos los infiernos. No me hubiera extrañado encontrarme con un Caronte que me pidiera una libra para llevarme por la laguna Estigia y entrar, así, en el averno. Probablemente fue lo que ocurrió, paseé durante una noche por una ciudad de ultratumba donde solo encontré fantasmas.

Mis amigos estaban ya en el *pub*. Linda bailaba, tan hermosa, con una blusa estampada y casi transparente, los pantalones estrechísimos y una cinta en la cabeza sujetando su melena color de bronce. Quería acostarme con ella. Debía ser esa noche porque Paul y Bruce ya estaban revoloteando, acariciando de vez en cuando su pelo y llenando su vaso constantemente. Tenían el mismo plan que yo y aquello era una carrera en busca de su ombligo, un ombligo de leyenda, un ombligo que incluso había aparecido en las letras de los Yorker, unos tipos que empezaron a tener cierta fama entre los *pubs* de moda y que ahora son también espectros del pasado. Tres músicos que no lograron resistir aquella década, muertos por las drogas, la carretera o el suicidio.

El ombligo de Linda daba vueltas mientras bailaba y yo caí en su trampa, hipnotizado. Fue ella la que me ofreció una pastilla. Casi al instante vi cómo sus cabellos se erizaban y a Paul y Bruce les crecía una barba verde. Sentí un vértigo en la columna, como si anduviera por un precipicio. Supongo que salí del *pub* porque percibí el frío de la noche. Por un momento creí que era un equilibrista por las cubiertas de la Torre de Londres, luego saltaba hasta el campanario

de la Abadía de Westminster y así recorrí un Londres de las alturas por encima de una niebla blanca que me invitaba a caer sobre una sábana segura y resistente que me acogería en mi pirueta de acróbata drogado. Recuerdo que el Támesis furioso sonaba abajo. Tuve miedo al ver la bruma bajo las estatuas, en los pedestales de los héroes de la patria, que parecían flotar con sus caballos, camino de batallas olvidadas.

Al día siguiente —¿había pasado de verdad la noche?— amanecí en mi cama. Sudaba y no recordaba nada. Ni mucho menos el ombligo de Linda. Aunque por un momento regresó a mi memoria una imagen: yo introducía un dedo en un agujero negro y al sacarlo olía a queso y tenía restos de pelusa negra. ¿De quién era ese ombligo? ¿Era un ombligo?

Ahora no tengo duda de que fue la noche en la que Londres desapareció y yo me perdí en un océano de niebla como un cielo del revés.

Le Havre. A veces es extraño volver a los lugares del pasado. También entonces pasearon por un Le Havre nublado, con un techo plomizo que hacía que los edificios parecieran aún más grises, más pesados, más tristes. Aquella ciudad había sido reinventada en hormigón con el trazado lineal y sin alma del urbanismo de la posguerra. Dolía ver la diferencia entre la ciudad actual y el Le Havre anterior a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial con su aire de ciudad balnearia inmortalizada por los pintores impresionistas.

Acaban de salir del Museo de Bellas Artes André Malraux, donde cuelgan los paisajes *au plein air* que pintaron Monet, Pissarro, Renoir. Ese mundo plasmado en pinceladas que sugieren solo perfiles inciertos para que sea el ojo el que componga la forma total, completando lo insinuado apenas con unas manchas de color que guardan dentro toda la luz del mundo. Piensa Hugh que así es la vida, brochazos intuitivos, vagas y difusas pinceladas. Y él está ahora contemplando su retrato definitivo, el rostro de la vida en sus últimos trazos. Pasea por una biografía de la que recuerda frágiles momentos, algún fogonazo, amargura a ratos y recuerdos que solo desde la distancia pueden completar el paisaje. ¿Es su vida un paisaje arrasado? ¿Un solar arruinado? ¿Un tristísimo y aburrido camino sin geografías audaces?

Han comido en el restaurante que el museo tiene en la planta superior. Desde los amplios ventanales observan distraídos el trajín del puerto cercano. Sorprende ver las enormes grúas como monstruos que asomaran al mar, la esclusa de los trasatlánticos arrojando o tragando turistas, los grandes cargadores con sus mercancías que terminarán en los últimos rincones de Europa. Un mundo moderno e industrial. Nada que ver con el que pintara Monet aquí mismo: *Impresión, sol naciente*. Un paisaje que es este mismo puerto de Le Havre en un amanecer de hace más de un siglo. Luz y agua. Nada más, libre de estos dinosaurios de hierro que ahora transportan los caprichos de una Europa insaciable que no deja de devorar comida, electrodomésticos, textiles, zapatos, tecnología, muebles, bebidas. Cosas listas para consumir que ya llevan dentro el germen de su propia destrucción porque el mecanismo urgente del tiempo hará que al poco de llegar a las estanterías de los grandes centros comerciales estén pasados de moda. La basura es su destino. Y entonces Hugh se mira las manos. Son manos de viejo trasnochado, veteadas de manchas, de arrugas. Se pellizca y la piel tarda en volver a su forma. Es un proceso lento, vago, perezoso. Su piel está cansada.

Violet se da cuenta y se acaricia la mano. También es una mano de piel vencida, pero guarda la elegancia de una concertista; dedos largos, muñeca muy delgada, todo un tratado de armonía y serenidad. Quizás porque Violet se ha cuidado a conciencia sus manos de músico, apenas tiene unas pecas, pero al pellizcarse, también su piel regresa morosamente a su forma. Los dos se miran y sonríen ante el retrato de su vejez y esas pinceladas de manchas impresionistas sobre sus manos.

Salen del restaurante para pasear un rato por el muelle de Le Havre, camino de la playa. Anochece. No han dicho nada, pero saben muy bien lo que harán ahora en esta ciudad que sigue estando nublada y triste como la primera vez que la visitaron. Aquella tarde en la que Hugh la invitó a pasear por la playa para contarle historias del desembarco de Normandía, y de cómo la ciudad había quedado destrozada con los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, mientras al mismo tiempo le iba narrando el Le Havre de antes del horror, el que solo queda en la literatura y en los cuadros.

El recuerdo es lo único que los salva, la memoria sobre ellos mismos que los sugestiona para hacerlos regresar a sus antiguos cuerpos jóvenes antes de ser arrasados por los bombardeos del tiempo y de la vida. No dudan en desnudarse entre risas. Nos van a llamar la atención, dice Violet con una mirada pícara en la que asoma, sin la veladura de la vejez, la misma muchacha concertino que se atrevió a hacer lo que ahora está repitiendo con una exactitud estremecedora.

Hugh se quita la ropa sin dejar de contemplar el cuerpo de Violet. Sabe que está sufriendo una alucinación. ¿Será uno más de esos extraños sueños que tiene por las noches desde que partió de Londres? Esos sueños que son como capítulos de su vida que llegan embalados y listos para recordarle quién ha sido. Sueños pavorosos en los que reflexiona, narra y recuerda con espantosa frialdad pasajes olvidados de su vida.

Violet aparece, deslumbrante, como si en vez de la blusa y la falda se hubiera quitado la piel de anciana, el pellejo que oculta a la Violet verdadera que aún sigue siendo una mujer joven y hermosa. Hugh observa sus curvas de hace tantos años. Curvas que nunca fueron poderosas ni rotundas sino un dibujo leve, apenas una redondez discreta, el punto exacto de la sensualidad. Se mira y asiste sorprendido a otro hechizo imposible. ¿Será el vino de la cena? Comprueba los brazos y los muslos de un Hugh joven. También el pene parece regresar de un pasado olvidado. Ya no es ese trozo de carne arrugada y flácida sino un atributo vigoroso capaz de cualquier cosa.

Se dan la mano y se adentran en el agua, que está helada y que a Hugh le hace temer que todo el prodigio de su renacida carne joven se encoja de forma ridícula. Pero le da igual. Ya sabe que es una hermosa alucinación. Los que están bañándose en las aguas atlánticas de una playa de Le Havre no son ahora unos viejos turistas sino una joven pareja que quiere formar parte de un cuadro que pintara Monet hace más de un siglo. Quizás el amanecer los sorprenda en las aguas rojas del sol naciente.

No se han dado cuenta pero unos chicos los observan desde la orilla. Van a la caza de parejas que buscan el refugio de la noche para hacer el amor en la playa. Graban vídeos y luego los suben a internet. Esta noche tienen un plato especial, la imagen ridícula de

dos viejos con el culo muy blanco y arrugado que han decidido bañarse en esta playa con mala fama. *Impresión del sol naciente con dos bañistas* ya está subido a la red. Aunque los gamberros virtuales ni siquiera habrían sabido titularlo.
Llegan a Honfleur en taxi. Apenas un cuarto de hora, gracias al paso por el portentoso Puente de Normandía. Hugh rememora las descripciones de los viajeros del siglo XIX sobre este itinerario entre Le Havre y Honfleur. La modernidad y la ingeniería hicieron que desaparecieran los caminos de herradura, el paso a través de bosques inciertos, la estancia en posadas en medio de la nada, en las que los tratados antiguos aconsejaban al viajero quemar azufre en la recámara para evitar infecciones. El pasado y sus aventuras. Una aventura que ahora podía resolverse en quince minutos atravesando una prodigiosa montaña de hierro, hormigón y vértigo.

Dejan las maletas en el hotel, impacientes por salir a recorrer la ciudad. Han decidido ir al mercado y comprar mejillones para comerlos allí mismo, recién preparados y regados con delicioso vino blanco. Así que apenas echan una breve mirada a la habitación, que no les parece especial ni grande. Es una estancia solo para pasar la noche y no detenerse demasiado en su supuesta confortabilidad. Tiene un diseño deprimente a base de pesados cortinajes de un espantoso color salmón, malas reproducciones de bodegones flamencos y una moqueta desgastada que se extiende incluso al cuarto de baño. Ambos se sorprenden porque creían que eso de enmoquetar el aseo era solo un delirante detalle británico.

Mientras Violet se peina en el cuarto de baño, Hugh se sienta con cierta aprensión en un sillón que parece querer disimular su gastada y sucia historia con un tejido de llamativo estampado. Entonces recuerda una escatológica anécdota familiar sobre esta tradición decorativa de enmoquetar estancias, que convertía las casas inglesas en fascinantes mapas con memoria. Una escena ocurrida en la infancia cuando él tenía apenas dos años y resolvió por fin un largo estreñimiento fuera de su orinal, sobre la moqueta que cubría el salón. Su padre, lejos de enfadarse, coronó el excremento clavando un tenedor a modo de triunfal bandera. Ningún producto de limpieza pudo borrar totalmente el cerco que dejó aquel desahogo victorioso de su pequeño cuerpo. Y así quedó durante años. Una historia que relata a Violet como si lo hiciera por

vez primera, a pesar de que ella la ha escuchado en infinidad de ocasiones, cayendo así en el hábito de las parejas que se conocen demasiado y hasta confunden los recuerdos biográficos del otro con los propios. Violet se sabe de memoria la escena del excremento con el tenedor plantado y la huella imborrable en la moqueta. Sin embargo, escucha y ríe como si no la hubiera escuchado nunca. Y piensa que tal vez esta sea la última vez que Hugh le narra esa historia.

Violet se anima aportando detalles sobre las moquetas de las cocinas inglesas que guardan el recuerdo de caldos, aceites y brebajes que por azar cayeron o salpicaron. Un asunto que se complicaba con las moquetas en el cuarto de baño y las huellas que quedan enmohecidas, fosilizadas: jugos que fermentan, cabellos pegados, agua con jabón solidificado, caspa dispersa, gotas de orina. Desechos del cuerpo que son como fotografías tomadas hace tiempo, conservadas en una moqueta llena de inevitables recuerdos.

Abandonan la habitación dejando la ropa dentro de las maletas, sin colgar en el armario que Hugh ha abierto y que le ha sorprendido con un extraño olor a corcho de vino rancio. Temen que la ropa quede impregnada con ese recuerdo avinagrado para el resto del viaje. Qué más da que las arrugas de los tejidos se confundan con las suyas. Quieren aprovechar el día y salivan pensando en los mejillones frescos, recién capturados y expuestos en el mercado.

Al salir del hotel los asalta una brisa de roca de mar. Honfleur guarda el aire de una vieja postal, como si la ciudad no hubiera cambiado demasiado desde hace un siglo o quizás dos. Parece conservar la atmósfera de villa predilecta de las familias burguesas, que la elegían como lugar para pasar el verano por el reposo sanador de sus balnearios. Una postal romántica de tiempos amables, de una Europa aparentemente feliz antes de que llegara el siglo XX y sus pesadillas.

Después de saciar el apetito con los mejillones y el vino blanco, visitan uno de esos famosos balnearios, que incluía un casino pero que ahora ha sido rehabilitado para albergar modernos juegos de azar. Desde el exterior se oye el estrépito de las tragaperras. Poco queda ya de las mesas donde se jugaba al póker en partidas que duraban toda la noche y en las que, con gran elegancia y discreción,

se perdían fabulosas fortunas familiares. Hugh odia estos lugares porque en una partida de cartas su bisabuelo James perdió el patrimonio familiar, condenando a sus descendientes a una vida humilde, a una infancia *cockney* en el East End. Siempre pensó en la vida que podría haber llevado si aquella carta hubiera sido distinta, y se comparaba con la otra rama familiar, la de Thomas, el hermano de su bisabuelo, quien, por el contrario, había seguido con rectitud la línea de su futuro, dibujada generación tras generación.

Pasan delante del casino remodelado, con sus luces de neón y su sonido estridente, y se dirigen al balneario. También está reformado pero conserva una atmósfera decimonónica. Nada más entrar llega un intenso olor a agua azufrada, ese característico hedor a podrido que tienen las aguas purificadoras. Beben de una pequeña fuente, aunque Hugh lo hace por una especie de rito sin sentido porque ya no tiene esperanzas. ¿Qué iba a hacer esa agua vagamente curativa con su cuerpo enfermo?

Aún con el sabor amargo en la boca, caminan por otras estancias sin toparse con nadie. Sospechan que han entrado en una zona clausurada. De hecho, tienen la sensación de estar paseando por el balneario, pero como si de pronto se hubiera transformado en el de hace un siglo. Lo descartan, pensando que en realidad no hay nadie por la hora avanzada o simplemente porque el turismo de los viejos balnearios no es tan popular como en otros tiempos. La gente prefiere los *spas* modernos con duchas a presión, *jacuzzis*, velas aromáticas y masajes de chocolate. El mármol blanco, los suelos envejecidos y las paredes antiquísimas, que parecen esconder bacilos de Koch de tuberculosos desaparecidos hace siglos, ya no atraen a los turistas. Incluso la fuente de aguas azufradas expulsa agua con lentitud y cansancio, como un cauce envejecido. Todo aquí parece condenado a desaparecer en poco tiempo. También Hugh, que intuye cierto boceto de sí mismo en lo que contempla.

Reconoce bien estos lugares de hermosa decadencia. Los ha incluido en algunos de sus libros de viajes, añadiendo las anécdotas culturalistas que caracterizan su estilo, esa particularidad que molestaba a sus editores más pragmáticos y comerciales y que desconcertaba a los empleados de las librerías, que no sabían si colocar sus libros junto a las simples guías para mochileros o en los estantes olvidados y arrinconados, dedicados a la alta y vieja

cultura.

Mientras recorren el largo pasillo, Hugh le recuerda a Violet algunos de sus balnearios preferidos: el de Baden-Baden, donde Brahms encuentra a Clara Schumann; el de Vichy, que alivió los cálculos de vejiga de Napoleón III; el de Aquisgrán, que sanó el padecimiento de gota de Carlomagno o el de Karlovy Vary, que curó las fiebres de melancolía de una Sissi obsesionada con las sesiones de adelgazamiento. Le apasionan los viejos balnearios y su elegante sordidez, fruto del desgaste de los siglos. En ellos se asiste a la lentísima y demorada ceremonia de la destrucción, de la ruina. En estos lugares, los relojes corren más lentos y se puede contemplar con detalle cómo el óxido devora con exquisita educación las tuberías por donde pasan las aguas medicinales. No parece muy diferente de lo que le ocurre a él: alguien que observa su propia decrepitud, demorándose en los detalles.

Los balnearios son escenarios por los que aún pasean, como si nada fuera a ocurrir, marqueses reumáticos y ricos burgueses con males del corazón, que se creen a salvo de la ronda de la muerte que los acecha. Hugh evoca una noche de hace muchos años en el balneario de Marienbad con su buen amigo, el artista Fritz Wolf. Ambos vieron una silueta de humo que parecía caminar hacia la fuente de aguas azufradas. ¿Sería una duquesa con los pulmones devorados por la tuberculosis, que seguía vagando por el balneario en el que pasó su último invierno?

Después de contemplar la extraña escena, Fritz le confesó a su amigo que no era el primer espectro que veía. Preparaba una obra memorial dedicada a la Gran Guerra y dijo que en más de una ocasión se había encontrado en su estudio con soldados muertos en aquella carnicería. Hugh solo sonrió. No se creyó lo que le contaba su amigo, pero le pareció una hermosa historia. No, no existían los fantasmas pero hacía algún tiempo que Hugh alimentaba al suyo, al fantasma que sería dentro de poco. Un espectro cargado de recuerdos. Una sombra que se despedía de todo con distinguida cortesía.

Deciden abrir una puerta cerrada al final del pasillo. Ya no tienen duda de que aquellas estancias están clausuradas y no se permiten las visitas, pero quizás el vino ha multiplicado su arrojo y les apetece seguir haciendo travesuras. Entran a oscuras. Hugh cree

reconocer en la estancia el olor de uno de los compañeros de habitación en el hospital. Un hombre que desprendía en sus últimas horas un aroma a galletas y jarabe y que murió con el hígado vencido. Pero prefiere no comentárselo a Violet. Ambos rozan a tientas la pared hasta que Hugh descubre un interruptor. Todo se ilumina con una luz amarilla, mortecina y cansada. Lo que ven es una gran sala con un estanque casi seco que debió de albergar baños terapéuticos. Se asoman al fondo, en el que apenas se ve un charco que desprende un intenso olor a yodoformo. Hugh tiene la sensación de haber abierto el armario de una consulta médica de hace siglos.

Suenan sus pasos con eco como en esas estancias en las que cualquier mínimo sonido no encuentra el obstáculo de los muebles y rebota, grave y profundo, en las paredes. Pasean por un viejo palacio deshabitado y temen interrumpir en cualquier momento un baño de fantasmas. Y es probable que en aquella sala hayan quedado atrapados cuerpos moribundos del pasado, viajeros o pacientes que nunca se curaron, que probaron aquellas aguas purificadoras que no sirvieron para nada. Aguas que recorrieron bocas secas con olor a medicinas, gargantas heridas y tripas llenas de podredumbre.

Se miran con cierto temor, así que abandonan la estancia después de apagar la luz y dejar la sala de nuevo a oscuras. Recorren otra vez el largo pasillo hasta la salida pero tienen la sensación de seguir bañados en esa luz espesa y amarilla, como de otro tiempo. Una luz enferma que los acompaña todo el camino. En el fondo, Hugh lamenta la visita porque no es precisamente el lugar liberador y ajeno a la enfermedad que hubiera escogido para esta prometedora tarde en Honfleur.

Regresan al hotel casi en silencio, aún impactados por la contemplación del balneario, ese extraño fragmento del pasado en el que sigue corriendo un aire viejo y corrompido, solo habitado por espectros con mala fortuna, condenados a seguir tomando agua azufrada tres veces al día, sin morir del todo ni vivir plenamente, en un eterno tránsito.

Al llegar a la habitación se sienten cansados y deciden que ni siquiera desharán la maleta. Han pensado tomar el tren a Ruán muy temprano por la mañana, así que solo sacan los pijamas y algunas

cosas imprescindibles para el aseo. Violet entra en el cuarto de baño con cuidado de no pisar con los pies desnudos la intrigante moqueta. Menos mal que al final se ha traído unas zapatillas de viaje. Cierra la puerta y se ducha para intentar quitarse ese olor a hospital. También siente una profunda tristeza. Ahora puede llorar después de haberse reprimido todo el día.

Hugh vuelve a sentarse en el sillón de insólitos estampados y observa detalles de la habitación para no pensar demasiado en la visita de la tarde. Es una vieja obsesión que tiene casi a modo de juego desde hace años. Siempre le ha fascinado anotar cosas descubiertas en las habitaciones de los hoteles. De hecho, hace algunos años publicó un opúsculo en clave de humor con historias de objetos olvidados en estas estancias de paso, como libros, gafas, agendas secretas, curiosas prendas de vestir o adminículos eróticos inconfesables que le servían para fabular sobre las posibles biografías de sus dueños.

Uno de los bodegones que cuelgan de la pared le llama la atención. Descubre que es una reproducción de un bodegón de *ontbijt*, el típico desayuno de la mesa holandesa, pintado en tantos cuadros barrocos. Se esfuerza por leer la firma del autor: Clara Peeters. Y se alegra al recordar una curiosidad sobre esta artista que pintaba minúsculos y minuciosos autorretratos en los reflejos de las jarras y copas dibujadas sobre blancos manteles. Observa cada detalle y de pronto tiene la sensación de que en realidad está en el otro lado del cuadro, dentro de la escena reflejada en las escudillas de fina loza y en las vasijas de metal del cuadro de Clara Peeters. Percibe con espanto que ya no está en la habitación del hotel, con los cortinajes color salmón, sino en la estancia de una casa flamenca en algún año perdido del siglo XVII y que él es un buen burgués con golilla de encaje y traje de brocado que está a punto de zamparse el *ontbijt* pintado con extremada delicadeza. Y mira a un espectador u observador que es él mismo desde el otro lado del tiempo y sonríe como en el cuadro preferido de Violet, *El caballero sonriente*.

¿Es una nueva alucinación? ¿Vuelve a confundir realidades como le había ocurrido en la playa de Le Havre? ¿Tendrá algo que ver que haya dejado el Godzilla? Quizás esté enganchado a la medicación y al abandonarla su cuerpo reacciona como si sufriera el síndrome de abstinencia de una droga. Tal vez se trate de un guiño

sin gracia a sus años de LSD, que regresan para recordarle los felices *swinging sixties*, como en uno de sus sueños recientes. Y ahora, atrapado en estos círculos de tiempo, entre el barroco y sus años de niño mod, piensa que está a punto de sonar la música de Cliff Richard, Adam Faith o Billy Fury. La risa del Hugh pintado termina en una sonora carcajada que incluso asusta a Violet, que está secándose la piel y las lágrimas en el cuarto de baño.

Violet sale precipitadamente para ver si le ocurre algo, pero él sonríe despreocupado, sintiéndose ya en el lado correcto de la habitación, feliz al reencontrarse con los cortinajes de horrible color salmón y la moqueta con memoria. Ella vuelve a entrar en el aseo y Hugh aprovecha para acercarse al bodegón y comprobar que, efectivamente, hay un rostro dibujado en la vasija. Por un momento tiene la vaga intuición de que es un retrato de sí mismo pintado hace siglos. A fin de cuentas, otra naturaleza muerta más en ese cuadro de alimentos que hace mucho fueron devorados por un burgués con golilla mientras una artista pintaba trampantojos para alguien que aún no había nacido.

Jardín y medicinas

Una vez, el viejo que me sueña saludó a la reina de Inglaterra. En realidad, fue ella la que se acercó, blanquísima y espectral, casi levitando sobre las alfombras. Estaba en el palacio ¿de Buckingham? ¿Windsor? ¿Balmoral? Audiencia privada para la *intelligentsia* del Reino. Escritores, profesores, académicos, historiadores, científicos. Lo mejor de *Oxbridge*.

Y ahora, no sé por qué, adivino en los ojos de la reina una estancia de palacio por la que van pasando todos sus antepasados mientras yo memorizo mis lecciones monárquicas en el colegio. *God save the King, God save the Queen*. Los Plantagenet, los Lancaster, los York y, entre los reyes sangrientos, Ricardo III devorando los hígados de sus enemigos. Monarcas ambiciosos, débiles, locos, crueles, estúpidos, fornicadores…

Crujen las maderas de aposentos Tudor. Camino —¿yo o quien me sueña?— por un salón que huele a cisnes recién asados. Enrique VIII, gotoso, barba rubia, apestando a grasa y supurando por heridas mal curadas. Entran, suspendidos en el aire de la estancia, los coños de Catalina de Aragón, devoto y no muy querido; de Ana Bolena, rebelde y sensual; de Juana Seymour, eficiente, fructífero, puntual y metódico; de Ana de Cleves, gigante, de jaca flamenca; de Catalina Howard, al punto, adolescente y frívolo; y el de Catalina Parr, viudo, canoso, apagado, pero apropiado para los tiempos de la casi senectud.

Entra ahora Eduardo VI, enclenque, canijo y enfermizo. Aún resuenan los tajos del verdugo y los pasos sobre las tarimas de madera bajo las que se pudre el corazón de las manzanas Tudor. Y arden herejes con María la Sangrienta, menopáusica, que cuenta relatos crueles de suplicios para el *Libro de los Mártires* que hay en todas las buenas casas inglesas, junto a la Biblia.

Luego, rodeada de bellos adolescentes, Isabel, la reina virgen

que huele a ultramar y tiene el pelo del color de las tormentas con las que hunde armadas invencibles en las costas de su isla poderosa. Mientras, flota a su lado la cabeza de su prima María Estuardo bordando lindos tapetitos en prisión. Por el útero de la reina escocesa asoma la cabeza de Jacobo Estuardo dando discursos grotescos para su corte de favoritos y su mozo Villiers, copero mayor y gentilhombre de cámara.

Alabarderos de palacio anunciando al desdichado, casto y piadoso Carlos I, que llega rodeado por cortesanos de larguísimas melenas rizadas y cuellos de encaje y sombreros adornados con plumas. Cromwell con sus costados de hierro ordena al verdugo mientras la reina Enriqueta María reza por los mártires católicos al pie de las horcas de Tyburn, sin poder lavar la sangre de su marido ni siquiera con el jabón papista.

Carlos II, déspota, afrancesado rey *burlesque* que camina por un Londres lleno de cadáveres apestados que intentan salir de las fosas. Y se queda solo en el escenario mientras las llamas del gran incendio dejan la ciudad convertida en un solar de cenizas. Jacobo II apenas está en escena un instante, seguido del taciturno Guillermo II de Orange, holandés frágil que olvida su papel y da paso a la reina Ana y sus favoritas, las damas del *sesentaynueve*.

Y luego la época georgiana en el Siglo de las Luces con los Jorges de amantes gordas (I), avaros y mezquinos (II), locos que pierden tronos ultramarinos (III) o *gentlemen* y mecenas no muy queridos (IV). Pasea el viejo Guillermo IV y de pronto surge oronda y paridora la gran reina Victoria que en la ceremonia del té suelta pedos *at five*
o'clock
. Reina todopoderosa que guarda disecado, dentro del Crystal Palace, a su esposo Alberto, gracias a las habilidades de un taxidermista de
Regent's
Park. Y asoma el precipicio del nuevo siglo con sus guerras terribles: Eduardo VII, Jorge V, Eduardo VIII escapando en pos de una vagina extranjera apellidada Simpson —ah, el aroma de las antiguas colonias— y Jorge VI, incapaz de decir una frase completa mientras el *Blitz* deshace otra vez Londres. Y, por fin, la blanca y espectral Isabel II, acompañada por la reina madre, conservada en

ginebra-formol.

A la reina le corren por las venas azulísimos ríos de sangre rancia, tan pasada de moda como sus sombreros. Se mezclan las sangres en su hijo Carlos, que corre a un lecho de moho y abolengo, mientras la esposa cornuda, elegante, bella y tonta, que adora los afeites y la moda tanto como posar con gente pobre y niños enfermos, muere en una diligencia de los tiempos modernos para ascender a la leyenda de las princesas frágiles de los cuentos.

Hugh y Violet están en un café de Ruán y leen en *The Times* una noticia sobre la reina de Inglaterra y los cachorros reales, que siguen naciendo con puntualidad británica. Él recuerda vagamente que, en el sueño que tuvo la víspera, aparecía la monarca, pero no logra reconstruir la historia. Brindan con una copa de calvados por la reina Isabel y su larga cola de descendientes y en este momento añoran no estar en su isla agitando banderitas mientras contemplan la ceremonia oficial. Gozar de las fiestas ridículas, la puesta en escena de comedias históricas donde los ciudadanos se disfrazan como antaño y muestran al mundo su orgullo de pertenecer a una nación que sigue representando el pasado a la perfección, como si nada hubiera cambiado desde hace siglos. Aunque todo sea un asunto de guardarropía que los convierte en exóticos personajes capaces de representar páginas de su historia ante un mundo enfermo de desmemoria.

Hugh sigue leyendo y le asalta otra vez el extraño sueño, pero al intentar reconstruirlo lo olvida casi por completo, salvo una escena en la que un monarca fornica con favoritas decapitadas. Reúne ya una inquietante galería de sueños raros y perturbadores. Algunos los recuerda, pero otros se pierden en la nada. A veces un detalle de la realidad los hace regresar por un instante, pero vuelven a desaparecer, como si su cerebro se hubiera convertido en un desagüe por el que se pierde este material sin sentido. ¿Hacia dónde irán esos sueños de desecho? ¿Tendrán algún sentido? Algunos son pasajes deformados de su vida, una especie de ensayo autobiográfico reflejado en los espejos grotescos de una atracción de feria. Deben de ser capítulos del pasado sin orden cronológico, rescatados por azar o por caprichos metabólicos de su mente cansada.

Sabe que con la vejez llega la hora de respetar los sueños y lo

que le ha sucedido en los últimos días no parece gratuito. Incluso han regresado sueños perdidos desde hacía décadas y recuerdos que creía olvidados. Sueños, trasueños, postsueños y antesueños que quizás buscan exhibirse antes de desaparecer del todo. Pero no quiere ahora pensar demasiado en esas fabulaciones que él mismo proyecta ante la pantalla de su vida. Si son sueños, que sigan siéndolo, pero que no pasen la frontera para habitar esta fría realidad.

Caminan hacia el Museo Flaubert y Hugh intenta no pensar demasiado en el dolor de estómago que siente desde hace un rato. Una molestia que no aguará su plan de una cena fabulosa a base de *foie* y burdeos. Una idea que piensa sugerir a Violet después de visitar este museo que adora y al que dedicó un capítulo entero en su guía sobre lugares literarios de Francia.

Siente el pinchazo de la nostalgia por aquellos viajes y experiencias de los que ya jamás volverá a escribir. Libros a los que no les queda más que reposar en estantes hasta que sean trasladados como mercancías almacenadas por haber pasado de moda. Ejemplares con seguridad destinados al fuego, para que no ocupen demasiado espacio en este tiempo sin memoria.

A estas alturas de su vida, Hugh de Galard ha visto cómo descatalogan sus libros y se venden a precio de saldo en librerías de segunda mano, aunque sean obras que resumen la historia de Europa, los itinerarios de su pasado, obras culturalistas que, sin embargo, tienen que pedir permiso para entrar en las librerías. Libros que son rechazados en los centros comerciales porque allí los escaparates se reservan para la seudoliteratura, que embauca a las masas que imponen sus gustos. Se pregunta dónde ha dejado Europa abandonada su cultura. Lo que durante un tiempo fue signo de orgullo y distinción está ahora arrumbado en los desvanes del continente mientras triunfan la banalidad, lo vulgar, el entretenimiento vacío. Piensa que a él al menos no le queda tanto para salir de escena, hacer mutis y abandonar una época en la que no se siente cómodo, como si hiciera mucho tiempo que lo hubieran expulsado por raro y excéntrico. Y, sin embargo, los libros han hecho más completa su vida, añadiendo otras dimensiones, creando túneles y mapas que lo conectan con el pensamiento de los grandes hombres del pasado.

Hugh de Galard es miembro de la Federación de Casas de Escritores y del Patrimonio Literario de Francia, así que cuenta con pases especiales para la visita al Museo Flaubert. La Federación lo ha invitado en numerosas ocasiones a congresos y encuentros, por eso la Francia literaria y artística es también parte de su mapa biográfico: esta Normandía de Flaubert o de Maupassant, el Languedoc de Paul Valéry o el Franco Condado de Victor Hugo. Y ahora recorre otra vez su querida Francia, en el último tramo del camino sentimental de su vida.

Violet tiene mucha curiosidad por visitar este extraño museo que además de casa natal es un antiguo hospital —el Hôtel Dieu— porque el padre del escritor trabajó como cirujano aquí. Por Hugh sabe que en una de las estancias hay un curiosísimo objeto, la máquina de parir de una matrona que recorrió los pueblos de Normandía en el siglo XVIII y que facilitó los alumbramientos con este artefacto de su invención.

Al entrar en el Hôtel Dieu llega un olor a medicinas semejante al que habían descubierto en el balneario abandonado. Hugh lo achaca a su obsesión o quizás es que su olfato ha quedado atrofiado en una eterna atmósfera medicinal, uno de los posibles efectos del Godzilla. A Violet tampoco le gusta este recibimiento, pero piensa que es inevitable que en ciertos lugares queden guardadas las corrientes de olor del pasado.

Antes de llegar a la sala en la que nació Flaubert, observan estudios anatómicos, material quirúrgico del siglo XIX, albarelos de farmacia y hasta curiosos botiquines portátiles para ir en carruaje. Se asombran con los bisturís afilados de punta oxidada —¿qué carnes y vísceras abrirían?— e imaginan terribles autopsias a personas que hace mucho que yacen olvidadas en los cementerios.

Es un museo de esos pasados de moda que exponen objetos dentro de vitrinas con breves explicaciones en cartelas de letra minúscula. Hugh ni siquiera se molesta en intentar leerlas. Ya conoce lo que cuentan de anteriores visitas. Prefiere observar y jugar a ver qué le sugiere cada pieza. Es curioso pero el instrumental médico antiguo no le da pánico, como el que ha visto frío, acerado y aséptico en los quirófanos visitados en su vida. Siente que forman parte de algo ajeno, de lecturas novelescas, cuentos viejos o lienzos de hace siglos.

En una pared cuelga el retrato de un médico que posa con sonrisa inquietante junto a un estudio anatómico, ¿o es un cadáver despellejado tras la autopsia que muestra la intimidad de arterias y músculos para la posteridad? Hugh adivina en el rostro cierto aire de familia con el doctor Fox, cuyo recuerdo también quiere espantar, como el dolor de estómago que, afortunadamente, parece haber desaparecido. Mientras observa el dibujo del paciente desollado, piensa con voracidad en el *foie* regado con un buen burdeos que le espera en la cena. Y se sorprende porque hacía tiempo que había perdido el apetito. Un nuevo milagro de este viaje. Repartirá su cena con el monstruo que lo devora: un bocado para mí, otro bocado para ti… Y sonríe imaginando qué cara pondría su querido y odiado doctor Fox ante la escena.

Entre santos intercesores como san Roque o una santa Águeda *gore* que muestra sus senos en una bandeja —¿martirio de santa o mastectomía de precisión quirúrgica?— llegan a la sala dedicada a la obstetricia. Allí está la máquina de la matrona *madame* du Coudray, que consiste en la pelvis de una muñeca gigante de trapo por cuyo sexo sale el cordón umbilical de un bebé también hecho con trapos pespunteados. Ríen ante la mezcla macabra e ingenua de esta lección de medicina que, sin embargo, ayudó a tantas parteras a conocer el paisaje íntimo de un alumbramiento.

Imaginan los viajes de la partera por la Francia anterior a la Revolución, recorriendo caminos polvorientos, atravesando ríos, saliendo en noches de tormenta, asistiendo a las mujeres en casas infames llenas de suciedad y miseria, entre sábanas de sangre, luchando con la fiebre puerperal que aún no se había descubierto y que condenó a la muerte a las paridoras por sobreparto después de alumbrar fetos incompletos o niños rollizos que, sin embargo, tendrían que esquivar decenas de enfermedades antes de llegar a ser adultos. El complejo camino de la vida en el pasado. Ninguno de los dos habríamos llegado a los veinte años, dice Hugh, yo tuve paperas a los diez y tú, con esa apendicitis tan grave a los ocho años, tampoco habrías sobrevivido, añade, pero no dice lo que piensa, que ahora él sucumbirá por una enfermedad que ha acompañado al hombre en su historia, triunfando atrozmente en las estadísticas.

Lamenta no haber ganado y quizás haberse rendido antes de tiempo. Triste decisión en el siglo en el que la vejez es un lujo. El

siglo de las enfermedades lentas pero eficientes, males de los que quizás no se muere, pero que acompañan fidelísimos, hasta el final. El siglo en el que la medicina ha creado la ficción de la no-muerte y en el que el deceso es un tabú que intenta disimularse y jamás se nombra. ¿Por qué nunca tuvimos hijos, Violet?, pregunta Hugh al contemplar el aparato de la matrona. Ella se queda muy sorprendida. No se esperaba semejante comentario. ¿Que por qué no habían tenido hijos? Por muchísimas razones, piensa ella, pero no dice nada. Nunca sintieron el deseo de ser padres, de seguir las inercias que arrastran a las parejas a tener hijos simplemente porque otros amigos de la misma edad lo hacen, porque toca, porque qué decepción si no tienes continuidad. No, ellos no habían querido nada de eso. Habían preferido seguir con total intensidad sus carreras profesionales, con horarios que no se limitaban a jornadas de oficina sino que se extendían todo el día, adentrándose en la noche, los fines de semana, las vacaciones. Hugh no habría renunciado a seguir viajando y acudiendo con libertad a sus congresos en universidades e instituciones del extranjero. Y a Violet nunca se le pasó por la cabeza abandonar, ni siquiera por un breve periodo, su brillante carrera de concertista, que también la obligaba a viajar con asiduidad y ensayar durante jornadas extenuantes. No se trataba de egoísmo sino todo lo contrario. Hubiera sido una decisión alocada y frívola tener hijos y luego dejar su educación a la inercia, sin respeto por ellos, sin dedicarles el tiempo adecuado. Era un asunto muy serio tener hijos y ellos no habían querido incluirlo como esa parte de la vida que se sucedía por norma después del casamiento, de la compra del piso y del coche. No querían que eso fuera una página previsible, un formulario que hay que rellenar porque todo el mundo lo hace, porque toca biológicamente o porque otros esperan eso de nosotros. ¿Por qué me has hecho esa pregunta?, dice Violet después de un rato en silencio, pero Hugh se limita a sonreír y le pellizca una mejilla con cariño. No te enfades, solo es algo que se me ha ocurrido, dice él. Pero ella sigue sin comprender esa pregunta a estas alturas de sus vidas y precisamente en este viaje, cuando se asoman al final de todo. ¿Es un reproche a destiempo o simplemente un comentario banal? No quiere pensar demasiado en el tema. Es lo que está haciendo continuamente durante este viaje, pasar de forma superficial por todo, no ahondar

en las frases, en los momentos que recuerden demasiado lo poco que queda para el final. Así que, tras un nuevo silencio, continúan visitando el resto de las estancias.

Atraviesan salas con cráneos de frenología y, ante una reproducción de la calavera del marqués de Sade, Hugh bromea señalando en qué parte se condensan las escenas de alta intensidad erótica sucedidas en un tocador de señoras. Así intenta desactivar el desconcierto que ha provocado en Violet con su comentario, pero lo consigue solo a medias. Ella sigue en silencio.

Finalmente llegan a la habitación en la que nació Flaubert. Hugh roza la cama, el escritorio, la mesa, las sillas y las paredes con esa devoción fetichista que provoca siempre la hilaridad de Violet. Parece un niño ante juguetes nuevos, seducido y hechizado al pensar que quizás sobre ese mueble se escribió *Madame Bovary*, que esas sábanas albergaron los sueños del escritor o que en ese orinal se aliviaba el genio, entre página y página, en noches regadas con grandes cantidades de coñac. Una deliciosa recreación en la que cae rendido sin remedio. Sabe que es probable que ningún mueble fuera usado realmente por el escritor, pero le da igual. Es como una ceremonia teatral en la que el espectador reconoce que está siendo engañado. Todo es una hermosa ficción, una idea aproximada de cómo debía de ser una casa de la época y alguna recreación exacta, gracias a cuadros y grabados. Lo sabía, sabía que era una invención, pero quedaba subyugado por la mentira. El pasado como un fabuloso parque temático; quizás lo único que le queda al viejo continente como salvación en este mundo de juegos superficiales, aunque corra el peligro de convertirse en una cáscara vacía en la que solo se crían ya los falsos cuentos del pasado.

El loro disecado de Flaubert parece observar a Hugh desde el escritorio con sus ojos de vidrio. Al enfrentar su mirada con la mascota se acuerda de esa novela de Julian Barnes en la que se cuenta la historia de un especialista en Flaubert que analiza su vida y su obra, pero que al mismo tiempo esconde un secreto de enfermedad y muerte. Como él…

Abandonan la estancia, pero sigue sintiendo el peso de la mirada del loro, con sus ojos siniestramente amuñecados. No es la primera vez que tiene esa sensación. Le ocurre con los maniquíes en los escaparates, pero también con algunos retratos o con fotografías en

las que aparece alguien que observa a la cámara. También recuerda su retrato reflejado en el *ontbijt* del cuadro en el hotel de Honfleur. Y ahora, con esa obsesiva mirada de vidrio y paja del loro de Flaubert a su espalda, se percata de que tal vez se deba a que él, de forma imperceptible, también se está convirtiendo en un objeto inanimado, en un espantapájaros sin alma, en un cuerpo hueco en el que las cosas están desapareciendo poco a poco.

Salen del museo a la zona del jardín y el rostro de Violet se transforma al ver que hay un espacio dedicado a las plantas medicinales usadas en el antiguo hospital. Ella repasa en voz alta las propiedades sanadoras de cada planta, satisfecha de emular a Hugh en sabiduría. Y él divaga pensando en si alguno de los emplastos y cataplasmas herbales curaron a los pacientes del padre de Flaubert mientras este observaba atentamente las lecciones, para nutrir de vida y dolor a sus futuros personajes. Mira, eso es melisa, dice ella, podríamos comprar agua de melisa, que tiene propiedades digestivas. El comentario no está exento de sarcasmo, ironía e intencionado humor negro. ¿Agua de melisa para Hugh? ¿A estas alturas? Los dos ríen. Puede que sea una señal de que han asumido con humor la mayor de las desgracias. Violet compra en la tienda de recuerdos algunos saquitos con semillas para su jardín, pero no se los enseña. Sabe que él no verá crecer esas plantas.

Camino del restaurante en el que los espera la cena de *foie* y burdeos en la que Hugh lleva pensando todo el día, pasan delante de la catedral. Y otra vez aparece Monet en este viaje, la fabulosa serie del monumento pintado a distintas horas del día. Hugh busca la corsetería que había enfrente de la catedral porque sabe que allí se sentaba el artista para captar los matices de la luz. Pero ya no queda nada. Sin embargo, vuelve a sugestionarse con las dimensiones del pasado y es capaz de imaginar a Monet pintando, separado por un biombo, para que las clientas del establecimiento no se sintieran cohibidas por la presencia de este hombre capaz de percibir los sutiles y levísimos cambios de luz. Le divierte pensar que alguna de ellas quizás imaginó, con cosquilleo lúbrico, a ese hombre pintando senos en la penumbra y curvas a la luz de las velas, para luego despertar entre sábanas aún enfebrecidas de sudor y esperma. Discretas y morales damas del siglo recatado, divinas Bovarys de las dulces apariencias, experimentadas en insinuar con

extrema delicadeza el secreto que se esconde bajo las crinolinas.

Se sientan en un banco ante la catedral, descubriendo cómo la luz se va alejando de las piedras, pasando de los matices del bronce, los ocres y dorados hasta que aparecen los azules, malvas, el gris, el color de la niebla, la oscuridad y la negrura. Es el final del día. Y, por un momento, ambos piensan lo mismo. Sin decirse nada, aprietan aún más sus manos. Saben que también ellos están entrando en la última escena de su vida juntos. Y apenas queda luz para alumbrarlos.

Sin embargo, Violet sí estuvo embarazada, aunque nunca tuvo un hijo. Se deshizo de él en una aséptica y blanquísima clínica de la capital. Se arrepentía de aquello; no de no haber tenido el bebé sino de abortar por culpa de unos años alocados. Un acto que añadir a toda una colección de acontecimientos irracionales y absurdos. En una época de nieblas que ahora quisiera borrar del todo.

Hay varios episodios que le parece imposible que formen parte de su vida, momentos que demuestran que hasta una vida destinada a la felicidad se puede truncar, deshacer y continuar por caminos inesperados de fango y malezas. Primero fue el abandono de su padre y luego, aquel año que a ella le cuesta reconocer como propio porque a veces piensa que no le ocurrió, que solo fue un mal sueño, como si en realidad se tratara de una experiencia ajena que le relatara alguien que conoce.

Pasar de una infancia en una venerable mansión en la campiña a vomitar en un cuarto infecto después de una noche de borrachera y drogas. ¿Es posible que esa sea la imagen de la delicada y elegante concertino de la Orquesta Filarmónica de Londres? Vivir la adolescencia en un carísimo internado de estricta educación para terminar abortando sin recordar siquiera quién es el padre de lo que está creciendo en su vientre.

Violet Harper, hija de la vieja nobleza del condado de Berkshire, con un pasado glorioso de antepasados que siempre la observaron desde los retratos de la mansión familiar, una antigua abadía que la familia obtuvo durante los tiempos de la Reforma, cuando el rey Enrique VIII quiso agradecer el apoyo a su causa con uno de los edificios incautados a la vieja iglesia de Roma.

Niña educada con mimo por institutrices y servida por un cuerpo de casa que aún funcionaba a la manera eduardiana y que

contaba con doncellas, cocinera, lacayos, mayordomo y ama de llaves, *valet*, cochero, mozos de cuadra y jardineros. Crecer en un mundo que se empeñaba en sobrevivir orgullosamente en el pasado y en el que la ropa de casa se guardaba en gigantescos armarios de roble. Un paraíso fosilizado en el que se desarrollaba la vida del condado, casi inalterable desde la Edad Media y en la que los aparadores y las mesas de la cocina se frotaban con jabón, arena y agua caliente. Estampas en las que las doncellas limpiaban las alfombras extendiendo hojas de té húmedas para que absorbieran el polvo, mientras se sucedían las guerras modernas, las huelgas obreras, el avance científico o la lucha por los derechos de las mujeres. Ceremonias en las que no importaba la lentitud con la que se hacían las cosas, porque así había sido desde siempre y así tenía que seguir siendo. ¿Cómo piensa alguien que ha nacido en ese mundo irreal?

Su infancia era el escenario de una Inglaterra que ya había desaparecido, pero que hasta mediados del siglo XX resistió como una más de las mentiras del pasado que lograba sobrevivir en este país de longevas comedias históricas.

Ya hacía mucho tiempo de aquello. La propiedad había sido vendida y su familia reposaba en el hermoso cementerio de Berkshire, criando delicadas hierbas con esa elegancia con la que solo aquí crecen los jardines de la muerte.

La casa se transformó en un hotel histórico. Hace varios años ella y Hugh se alojaron un fin de semana. Fue un atrevido y masoquista ejercicio de nostalgia que, sin embargo, la ayudó a cerrar varias páginas del pasado. Qué extraño descubrir que el gran salón era ahora un *hall* lleno de desconocidos; que la maravillosa biblioteca de su padre servía para que los viajeros de paso distrajeran las horas de tedio; que la cocina de la señora Sullivan había sido adaptada como moderno laboratorio de experimentación gastronómica para un chef francés con una estrella Michelin.

La habitación de sus padres, con el enorme vestidor y la sala de estar, era la *suite* principal y allí se alojaron. Violet no pudo dormir en toda la noche. Recorrió todos y cada uno de los rincones de la habitación. Se asomó a la ventana para redescubrir los paisajes añorados. Rozaba la mano por las paredes para preguntarles qué había ocurrido durante su ausencia. Se emocionó especialmente al

reencontrarse con los dibujos caprichosos que la madera formaba en los casetones del techo: el oso negro, la ardilla boca abajo, el zorro sin cola, la sirena calva. Allí estaban todos, esperándola, como si apenas hiciera una hora desde que los había contado, uno a uno, cuando era niña, antes de entregarse al sueño. Le faltó solo hallar a su querido y entrañable elefante cojo, pero había desaparecido por necesidades del nuevo diseño del hotel para hacer sitio a una lámpara de techo más moderna que la que alumbró las noches frías de sus padres.

Violet pasó allí muchas noches con su madre, *lady* Edna. Las dos repasaban el zoológico fantástico del techo hasta que lograban dormirse, la madre intentando que Violet no oyera su llanto: el oso negro, la ardilla boca abajo, el zorro sin cola, la sirena calva, la sirena que llora, la sirena que agoniza fuera del agua buscando al elefante perdido…

Dicen que en la vida de todo el mundo hay un momento en el que pasea por dentro la idea del suicidio. Era por la mañana muy temprano y Violet despertó sola en la enorme habitación de sus padres. Su madre ya se había levantado y ella decidió quedarse entre las sábanas un rato más. Aún quedaba un rescoldo de fuego en la chimenea y faltaba poco para que Rose, la doncella, abriera las ventanas para airear la estancia antes de limpiar. Pero antes de rendirse a ese breve y confortable sueño de la mañana oyó gritar a la señora Sullivan desde el jardín. Se asomó asustada a la ventana y la vio señalando el tejado. Pronto acudieron más criados. Su madre paseaba por los tejados de la mansión, sorteando las chimeneas y los chapiteles de los desvanes.

No recuerda cómo salió de la habitación ni cómo corrió por los enormes pasillos ni cómo bajó aquellas escaleras. Solo que al salir vio a su madre con un camisón blanco, quizás adelantándose al fantasma que sería en las leyendas del condado. Madre e hija se cruzaron las miradas y *lady* Edna sintió que las piernas le temblaban. Tuvo que acuclillarse para no resbalar y entonces deseó que alguien la rescatara porque su hija estaba allí abajo y su marido no merecía un sacrificio tan estúpido. Solo era un niño malcriado que se cansó pronto del matrimonio y que se entretenía saltando a otros dormitorios. Un tipo al que era mejor olvidar.

Violet también pensó una vez en desaparecer. Fue poco después

de haber decidido abortar. Justo ese día en el que se despertó vomitando en un cuartucho infecto. El día en el que ni siquiera recordaba lo que había hecho unas horas antes. Aquella jornada en la que, mirándose con amargura al espejo, se vio sucia y monstruosa. Una mujer irreconocible que había ido borrando poco a poco a la joven Violet, excelente estudiante, hija de buena familia, de exquisitos modales, bella y envidiada. Fue entonces cuando su pelo empezó a clarear. Era curioso que uno de los detalles más hermosos de su aspecto tuviera su origen en una época tan desgraciada.

Ese día el espejo le devolvió un inquietante retrato en el que se dibujaba un destino inesperado, un precipicio perfilado que se hacía cada vez más atrayente. Un abismo desde el que estuvo a punto de saltar cuando vio entre las medicinas del armario del cuarto de baño unas pastillas cuyo nombre ni siquiera recuerda. Un bote que abrió con cuidado y lentitud porque le temblaban las manos y temía que las pastillas se le cayeran. No hubiera soportado esa escena ridícula y angustiosa de verse de rodillas tragando las píldoras del suelo, tomando el veneno mezclado con el polvo y la suciedad del suelo.

Toda su vida fue esbozándose en aquel espejo mientras desenroscaba el tapón del recipiente. Y en ese reflejo se encontró con la mirada de su madre vestida con el camisón blanco, paseando por los tejados de la gran casa de su infancia. Tembló como ella, avergonzada por atreverse a entrar en la oscuridad sin permiso, antes de tiempo.

Violet demacrada ante el espejo, mirándose a los ojos vidriosos de su imagen reflejada, a punto de entrar en el abismo. Volviendo a cerrar el bote de pastillas, limpiando el cristal y su boca amarga de bilis y vómito. Peinándose el cabello rubio que ya comenzaba a platear. Admirada por su lucidez dolorosa que la impulsaba a dar un salto y salir de ese sendero de su vida que no había sido el correcto. Lavándose la cara con una lentitud elegante y exquisita, y reencontrándose con la verdadera Violet, decidiendo muchas cosas trascendentales para toda la vida que le quedaba por delante. Viajando al día siguiente a la casa familiar para dar un abrazo a su madre, agradeciéndole que se le apareciera en esa imagen de funambulista blanca por los tejados de Berkshire, mirándola desde

el fondo de un lugar que ambas reconocían.

Y, años después, ofreciéndole a su madre ya anciana el ramo de flores que el director de orquesta entrega a la brillante concertino. Aquella noche, que fue la más feliz de la vida de su madre y en la que ambas volvieron a mirarse desde dentro mientras paseaban de la mano por los tejados, en equilibrio sobre la muerte y la vida.

Pan de molde, queso de la tierra, dos latas de cerveza, un par de manzanas. No, mejor un par de plátanos, de la isla de Martinica, dulces y blandos plátanos de las antiguas colonias del gran imperio francés. Plátanos y no manzanas duras, en guerra contra las dentaduras postizas. Quizás sea porque ha adelgazado mucho, pero Hugh nota que el pegamento ya no ajusta bien su dentadura. Cuando habla parece que la parte superior está a punto de huir de su boca, sobre todo cuando pronuncia los sonidos interdentales. Qué ridículo se siente al intuir que en medio de una conversación se le escaparán los dientes, tan armónicos como irreales. Y vuelve a pensar en su imagen como un espantajo, un maniquí ya sin vida al que hay que colocarle partes postizas, o un autómata que debe encajar las piezas de un mecanismo. Un Hugh que empieza a disecarse por dentro, como el loro de Flaubert.

Los mismos dientes, antes serviciales y eficientes, que entregaron a Violet en la última operación, junto a sus gafas y el reloj. Ella pensó que quizás su marido ya no volvería a usarlos porque no saldría de aquel quirófano. Tendría que guardarlos, como hacen las viudas con las pertenencias fosilizadas, esas cosas inservibles que entran en el desván de los recuerdos que ya no pertenecen a nadie. La dentadura que guardó en una cajita pensando en dejarla intacta, para que conservara su olor, su saliva, recordando que aquellos dientes asomaban en su sonrisa y permitían una curiosa pronunciación con acento *cockney* de niño criado en el fango del East End.

Son los mismos dientes que ahora intentan escapar de la boca de Hugh en una escena tragicómica y le impiden comprar manzanas en el supermercado de Ruán para el viaje que harán en el tren, camino de París. Prótesis salvífica que solo aguardó en la cajita unas horas. Lo que duró la operación. Luego regresaron, junto con el reloj y las gafas, a Hugh, un Hugh ya muy cansado, más envejecido después de una operación que en realidad había durado menos de lo previsto,

porque ya no se podía hacer nada más que esperar. Esperar el final, cuando quiera que llegue, apenas unos meses, quizás. Unos meses en los que aguardaba un deterioro progresivo, una lentitud devorando la vida, unas malditas células cancerosas que harían su trabajo con todo el tiempo del mundo, con paciencia y un mecanismo controlado, porque ellas iban ganando la partida. Y a él solo le quedaba tener paciencia.

Pan de molde, queso de la tierra, dos latas de cerveza y un par de plátanos de la Martinica. También se lleva chocolatinas, mientras sonríe a la chica de la caja que va pasando los alimentos por el escáner de la máquina registradora sin pensar, sin que este viejito inglés con cara simpática signifique nada en su jornada tediosa, gris y aburrida que no se diferencia de la de ayer ni de la de mañana. Casi veinte euros de chucherías para calmar el hambre en el camino. ¿Volverá a tener hambre? Ojalá. Ha sido uno de los curiosos efectos de esta aventura, despertarle el apetito, que permanecía dormido desde que comenzó esta enfermedad voraz que está acabando con un hombre que ha cumplido los ochenta años y que no alcanzará su próximo cumpleaños, el 14 de noviembre. La fecha que le obsesiona y que le ha hecho iniciar una curiosa manía: la de anotar hechos históricos y también triviales sucedidos en la fecha de su nacimiento.

En 1501 se casa el desdichado Arturo Tudor con Catalina de Aragón.

En 1840 nace Renoir.

En 1871 Flaubert envía una carta a George Sand.

En 1922 empieza su servicio la BBC.

Juegos con los que distraer a la muerte.

Y sí, sí tiene hambre, a pesar del recuerdo de la cena opípara de la noche anterior a base de *foie* y burdeos. Por eso es feliz como un niño que acaba de comprar el bocata para una primera excursión con su novia, una hermosa muchacha que sabe tocar el violín y con la que ahora viaja nada más y nada menos que al gran París. Un París al que saludará con gran emoción, la ciudad a la que tanto había ansiado viajar desde pequeño, la ciudad que ahora conquistará, acompañado por la más hermosa de las mujeres, la ciudad leída en cientos de libros y vista en tantas películas de celuloide, no en blanco y negro sino en azul, que es el color de las

películas del cine silente. La ciudad contemplada en cuadros. París, la ciudad que se acerca, aunque en realidad se esté alejando porque será la última ocasión en que la vea, porque no está estrenando su mirada de joven que por primera vez llega a París sino que es la de un viejo que se despide de ella.

Pero, de todas formas, se siente eufórico porque volverá a pasear por París y no pensará en nada más que eso. Y, además, después de comprar esas chucherías, tiene hambre. Haber abandonado el *Godzilla* le ha traído milagrosamente consecuencias afortunadas, a pesar de que el doctor Fox le ha advertido de que es una locura dejar la quimioterapia que Hugh llama en broma «Godzilla» porque la primera vez que aquel veneno sanador penetró por sus venas a él le pareció que le había pisoteado ese monstruo aterrador que veía en las películas de su infancia, extrañas películas japonesas en las que aparecía un *kaiju* que a él le daba mucho más miedo que King Kong amenazando desde el Empire State Building. Un *Godzilla* que quizás devorara las células malas, pero también las buenas, arrastrándolo hasta las cloacas de Tokyo, en las que el monstruo se alimenta de sus víctimas.

El Godzilla ya no está. Ahora es otro veneno el que corre por sus venas a sus anchas, sin fronteras, sin enemigos, totalmente libre. Y él vuelve a tener hambre. Ya piensa en una magnífica cena al llegar a París, y luego a Fontainebleau, a Dijón, a Besanzón y así hasta el final, porque ahora le apetece comer y nada importan el colesterol ni la hipertensión ni el corazón ni las arterias ni nada. Porque ya hay un plazo para todo y piensa que más vale leer el libro del buen morir para desaparecer con valentía, feliz por lo vivido, consciente de que al mirar atrás se dejan buenos momentos y que ha valido la pena. Cerrar la puerta con educación, lentamente y sin dar portazos. Con dignidad.

Gran viaje este último itinerario por los caminos que recorrió para narrarlos en los libros, relatando las historias de viajeros históricos, de escritores, de artistas, llenando de cultura los caminos de esta vieja Europa de la que ahora se está despidiendo. Qué felicidad y qué hambre. Tanta que al salir del supermercado decide abrir la chocolatina para ir disfrutándola por las calles de Ruán camino del hotel donde Violet lo espera con las maletas. Un bocado de exquisito chocolate con almendras, una pequeña batalla para su

dentadura que no ha tenido en cuenta, así que da vueltas y vueltas a la onza en la boca mientras se va deshaciendo. El aroma intenso del chocolate y las almendras salivadas se mezcla con el olor de unas flores recién cortadas: ¿margaritas?, ¿pensamientos?, ¿amapolas? Descubre que a pocos metros hay un puesto de flores y decide comprarle un ramo a Violet. Esta vez la vendedora le responde con otra sonrisa y sigue feliz su camino hasta que se para en una librería de viejo. Duda si entrar porque es su debilidad y se distraerá más de la cuenta. Siempre buscó estos paraísos de bibliófilos en todas las ciudades por las que viajó, así que cómo no hacerlo en este último itinerario. Mira el reloj y confirma que tiene al menos veinte minutos antes de que Violet empiece a inquietarse por su tardanza.

Entra e intenta repasar rápidamente los anaqueles, algo que le incomoda porque a él le gusta quedarse durante horas mirando los lomos, repasando los ejemplares, decidiendo qué libros se llevará, intuyendo las historias que cuentan sobre sus antiguos dueños. Ya desde adolescente era asiduo a las librerías de viejo y de lance. De hecho, en su biblioteca atesora libros que pertenecían a amigos desconocidos. Por ejemplo, Louis Kent, de Bloomsbury Square, 7. Era el propietario de libros que Hugh había comprado a lo largo de los años y de cuya existencia sabía solo por el exlibris y la dirección del antiguo dueño, que aparecía en la página de respeto. ¿Por qué la gente se desprende de sus libros? A veces es una cuestión de dinero y otras, de la ignorancia de los parientes que venden al peso la biblioteca de un familiar ya difunto. ¿Es que no saben que la biografía de un hombre está escrita en su biblioteca? Repasando los anaqueles de Hugh se podría describir su vida, pasiones, obsesiones, los derroteros de su oficio, intereses, curiosidades, aficiones. También los de Louis Kent, de quien tan solo siguiendo los subrayados de sus libros Hugh intuía que era un hombre que sabía que estaba a punto de morir. Quién mejor que él para darse cuenta de esos tonos de melancolía y fragilidad en la lectura que hacen pasar el trazo del lápiz para apuntalar frases que parecen estremecedoramente escritas para él. Subrayar ideas en las que, de alguna forma, quien lee también busca entenderse y refugiarse.

Se había imaginado la vida del lector desconocido. Louis Kent debía de ser un hombre mayor, probablemente veterano de la Gran

Guerra porque había comprado varios ejemplares de memorias de combatientes de aquel conflicto. También era un hombre interesado en las historias del viejo Londres. En la biblioteca de Hugh descansan volúmenes que abordan temas tan intrigantes como la distribución de las alcantarillas del Londres del siglo XVIII o las tablas de mareas del río Támesis.

Cada vez que encontraba en alguna librería un ejemplar de Louis Kent se emocionaba, como el que encuentra a un viejo amigo de la infancia al que hace mucho tiempo que no ve. Un día incluso decidió visitar a la familia de Kent en la dirección de Bloomsbury Square que aparecía en el exlibris. Resultó ser una familia muy educada pero le sorprendió la pobre idea que tenían del Louis lector como un tío abuelo que contaba viejas historias de la guerra y de un Londres que ya no existía. Por sus comentarios, dedujo que Louis Kent y su biblioteca eran considerados por su propia familia como un atrezo pasado de moda que se guarda en buhardillas o en sótanos para que no estorbe demasiado. Apenas lo conocían e incluso intuyó que a raíz de su visita comenzaron a sospechar que habían hecho un mal negocio al vender la biblioteca al peso. ¿Qué razones tendría alguien para interesarse por esos simples libros? Se despidieron educadamente y a partir de entonces Hugh se empeñó en rescatar todos los libros de Louis que fue encontrando en las librerías de Londres, con el fin de recrear la biblioteca dispersa de aquel lector. De hecho, tuvo una inesperada sorpresa al encontrar en una librería de Praga un par de ejemplares de Louis en una caja de cartón que se mostraba en la puerta, junto a otros títulos de curiosidades inglesas vendidas a tres coronas el volumen.

Ahora también rastrea en esta librería de Ruán con la intención secreta de hallar algún ejemplar de su viejo amigo. De pronto lo asalta el temor, el miedo, el pavor al pensar en sí mismo. Ahora es él el lector a punto de desaparecer. Ya no volverá a su biblioteca con ejemplares reunidos tras una vida de bibliofilia y con dedicación especial a los libros de viajes. Y recuerda su excepcional colección de cuadernos de viajeros ingleses de todas las épocas. Suspira y siente algo de alivio al saber que su biblioteca está a salvo. Cuando todo esto termine, Violet la donará a su universidad, donde siendo muy joven leyó uno de sus libros talismán, el ejemplar que le abrió todo un mundo de posibilidades, un fabuloso

descubrimiento, *Historia de un viaje de seis semanas*, el libro que escribió Mary Shelley y que, de alguna forma, está intentando recrear en este último recorrido. Un itinerario por la Europa en ruinas inmediatamente posterior a las guerras napoleónicas, un continente aterrorizado que intenta reponerse de su obsesión por devorarse a sí mismo, como ocurriría cien años más tarde con la carnicería de la Gran Guerra. Una historia de un viaje de seis semanas en el que dos viejos recorren Europa, una Europa también en decadencia, en crisis, una Europa que vuelve a caminar sin rumbo cierto, cuestionada, habiendo dejado hace mucho su papel hegemónico en el mundo. Otra vez un continente sonámbulo que parece haber olvidado su pasado y que se empeña en mostrarse como un mercado, con insulsos juegos presentistas, cayendo en el pecado del memoricidio contra las lecciones de su historia. Una Europa que Hugh contempla en ruinas como las que vio Mary Shelley. Seis semanas antes del final. Seis semanas para el último viaje.

De pronto se para ante uno de los anaqueles al observar un ejemplar curioso de un autor que conoce bien de sus años de estudiante de literatura española: Antonio Enrique Gómez, el judío, el sefardita que tuvo que huir de España y establecerse aquí mismo, en Ruán, donde publicó el libro *El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña*. Y Hugh abre el volumen, una edición facsímil de la publicada en las prensas de Ruán en 1644. Un Antonio Enríquez Gómez que fue quemado en efigie en un auto de fe celebrado en Sevilla, la ciudad de la que tuvo que salir huyendo por hereje. Un escritor que, según afirman ciertas historias no del todo confirmadas, viajó hasta Sevilla desde su refugio francés en Ruán para asistir a la ceremonia macabra en la que quemaban una imagen con su nombre.

Hugh decide llevarse ese libro con la historia de don Gregorio Guadaña porque se le ha cruzado al final de su vida y, aunque él ya tiene un ejemplar en su biblioteca, le fascina haberse topado con el libro de un hombre que asistió a su propio funeral. Porque piensa, antes de dar otro bocado a su deliciosa chocolatina, que él también está contemplando las exequias de su propia muerte.

Trenes

Estoy en la estación de mercancías de Camden. Decían que había unas catacumbas y yo quería internarme para descubrir si era verdad eso de que existía otra ciudad debajo de la ciudad. Huele a humedad, a charcos de orines, a peces muertos mientras desciendo por unas escaleras de la vieja estación. Resbalo y casi pierdo la linterna, me sangra la rodilla, pero ahora no me importa. La aventura es más importante. Y yo tengo que descubrir el secreto del Londres subterráneo. El mismo juego que me obsesionó en mi infancia. Pero ¿sigo siendo un niño o un viejo que se empeña en recordar demasiado?

Camino por el túnel y a lo lejos se oyen voces. ¿O son los sonidos del río que llegan aquí distorsionados? Hay una figura al fondo. ¿Una sombra? Sigo avanzando casi sin miedo porque ya sé que camino dentro de un sueño. El sueño del hombre viejo que soy, el hombre que se acerca a su final. Quizás esto sea el túnel simbólico por el que deambula ese mismo hombre pero con muy pocos años. ¿Qué habrá al final?

Tengo miedo de haberme perdido. Ya no sé dónde está la salida. Si me llegaran los ruidos de la estación, podría orientarme, pero no sé por dónde camino. Marcho rápido y ágil porque aún soy apenas un niño. Me faltan muchos años para sufrir aquel accidente de tren o ese mal que ahora está matando lentamente al hombre que me sueña.

Descubro un lugar familiar. Es uno de los refugios de la guerra. No sé si la cripta de una iglesia o un sótano de los que nos resguardaban de los bombardeos. Londres de cenizas. Londres derrumbándose. Londres vencido. Es la caverna Tilbury, la que protegió a medio East End. Tantas veces bajábamos a esta caverna que nos fuimos haciendo viejos conocidos. Los bombardeos eran tan puntuales que nos reuníamos antes de que sonaran las alarmas. Allí

todos los vecinos improvisaban la cena, apenas unos arenques fríos y un poco de cerveza. Qué bien sabía ese banquete en el refugio de Tilbury mientras arriba los nazis destrozaban la ciudad. No he vuelto a probar una cerveza igual. O será que saboreaba la cerveza a un palmo de la muerte y por eso sabía como si fuera la última. Ahora reconozco también el sabor que tienen las cosas que nunca volveré a tomar. Se desvelan claros sabores sensuales que se despiden de mi paladar y me hacen olvidar el gusto repetido y aburrido de siempre.

En la caverna de Tilbury era aterrador el sonido de las bombas, pero no interrumpía nuestra vida. Allí abajo charlábamos, comíamos y bebíamos, jugábamos y hasta hubo flirteos que terminaron en boda. No importaba que nos quedáramos a oscuras porque entonces nos poníamos a cantar, a reír, a contar historias, a vivir. Creo que mi madre me dejaba que bebiera cerveza siendo un niño porque pensaba que no llegaría a la edad adulta para probarla.

Cuando terminó la guerra siguieron las redes de amistad forjadas durante el *Blitz*. Fueron años duros de racionamiento pero aquellas relaciones surgidas en lo oscuro de las noches de terror sirvieron para que compartiéramos lo poco que teníamos: leche en polvo para los niños, trozos de carne hervida, algo de carbón. ¿Por qué recuerdo aquellos años como tiempos de felicidad? Qué juegos de paradoja fabrica la memoria.

Y ahora…

Qué silencio estremecedor el de este Londres subterráneo. Una catedral de oscuridad, roca y humedad en las entrañas de una ciudad.

Y esto es una estación de metro que fue abandonada hace mucho tiempo. Aún hay anuncios antiguos de refrescos que ya no se comercializan. ¿Estaciones abandonadas de City Road? ¿King William Street? ¿South Kentish Town? Hay un silencio pavoroso, aunque, concentrándome mucho, diría que muy a lo lejos suena un vagón de metro. ¿O es un viejo tren que se perdió en las vías de este Londres bajo tierra? ¿Subo? ¿Me pierdo por el túnel del Támesis? Siempre quise caminar por ese túnel bajo el río. Se contaban leyendas de trabajadores devorados por monstruos prehistóricos.

Ahora huele a alcantarillas. Y a tumbas. Y a viviendas de bodega, esos miserables agujeros donde parece mentira que viviera

gente, aquellas salitas llenas de hollín a varios metros del suelo a las que se llegaba tras bajar una angosta escalera que parecía terminar en la misma puerta del infierno. Así es esta ciudad terrible. Esta ciudad que ahora bosteza. ¿O soy yo mismo desde el otro lado del sueño?

El tren se para por una avería poco antes de llegar a Auvers-sur-Oise, a unos treinta kilómetros de París. Por la megafonía anuncian que hasta que no llegue una máquina por una vía auxiliar no se podrá reanudar el viaje. Sugieren a los viajeros que bajen y tomen algo en un pequeño restaurante que aún resiste junto a una antigua estación ferroviaria ya fuera de servicio. Violet y Hugh se bajan del tren, pero no van al restaurante como el resto de viajeros sino que deciden pasear por la estación abandonada para curiosear y hacer tiempo.

Conforme se van alejando queda atrás el bullicio de los viajeros, contrariados por la interrupción del viaje. También el ruido del tráfico de la cercana carretera, que forma parte de una transitada ruta de camioneros que viajan desde la costa normanda a la capital. Sin embargo, la vieja estación parece congelada en otro tiempo, es un no-lugar que flota en la nada, un espacio que ya no es pero que tampoco ha dejado de ser. Tienen la misma sensación que en la visita al balneario de Honfleur, la de pasear entre fantasmas por un lugar en ruinas olvidado hace tiempo, un escenario donde sigue deambulando gente que no quiere marcharse del todo, un paisaje de paso, intermedio entre un origen y un destino. Una pausa. Una interrupción en medio de la vida.

Se levanta un ligero viento que balancea los carteles de anuncios descoloridos y pasados de moda que aún cuelgan de la fachada. Suenan como gatos heridos. Hugh recuerda vagamente que la noche anterior ha soñado con un lugar que también mostraba anuncios trasnochados, de colores desvaídos, de productos que parecían reposar en supermercados cerrados hace décadas. Comienza a acostumbrarse a la rareza con la que su memoria atraviesa caprichosa el camino entre la realidad y la ficción. Y siente con toda certeza que es su cuerpo el que le reta a forzar el mecanismo del recuerdo. Lo único que en realidad puede aún salvarle de su completa extinción.

Hace calor y deciden tomarse el almuerzo allí mismo, en un

banco a la sombra, como en una excursión improvisada. Mientras abren el envoltorio de los bocadillos de queso comprados en el supermercado, Hugh intenta contarle a Violet lo que recuerda del sueño, pero solo puede citar la escena de algún viejo anuncio de publicidad que no veía desde la infancia. Marcas que, por cierto, ha olvidado por completo, pero que misteriosamente han regresado al presente gracias a esa galería de sueños absurdos. Da un mordisco al bocadillo con la misma ansiedad que un niño en el recreo del colegio, jugando a ser un travieso colegial que devora su merienda sin pensar en nada más que en lo sabrosa que está y que cuando la termine seguirá jugando. Violet se da cuenta y da otro bocado semejante como si los dos compartieran un mismo fragmento de sus lejanísimas infancias.

Otra vez sopla un leve viento que hace crujir los anuncios de la fachada de la estación. Esta vez suena una voz quejumbrosa que termina en una especie de bostezo largo y melancólico. Se miran sorprendidos y no ocultan cierto temor que intentan conjurar con liberadoras carcajadas. Qué pensarían de dos viejos atemorizados por voces sobrenaturales en una estación abandonada.

No falta mucho para que atardezca y empiezan a inquietarse, así que Violet se acerca para preguntar si se ha solucionado la avería. Él se queda sentado esperando para así ocultar el malestar que le ha provocado devorar a grandes mordiscos el bocadillo. Prefiere descansar un rato. Ve cómo Violet se aleja mientras él se queda completamente solo en la estación. Observa la finura extrema del tendón de Aquiles de su mujer, tan fino que a cada paso parece a punto de romperse como una cuerda tensa de su violín. Incluso parece que el viento provoca notas, como un arco que frotara la cuerda fragilísima de su tendón. Los pasos alejándose de la estación abandonada suenan a una hermosa melodía dentro de una catedral gótica. Se sorprende de todas las cosas de Violet que le siguen asombrando y los mapas de su cuerpo que aún le quedan por descubrir. Y se lamenta porque sabe que ya no tiene tiempo.

La ve alejarse y sin saber por qué se siente reconfortado de estar solo en aquel lugar de la nada. Le gustan las estaciones, porque buena parte de su vida se ha desarrollado en estos lugares. Es un escritor de libros de viajes, un profesor de travesías históricas que ha dado la vuelta al mundo en cientos de trenes, así que su final

bien podría suceder en una estación como esta. A fin de cuentas, está al final del trayecto y su cuerpo ya se asemeja a esta estación abandonada. Aunque, por un momento, tiene miedo de morirse de repente. ¿Y si su cuerpo se declara vencido y se rinde en este lugar solitario? No, no es posible. Tiene todo preparado para que no sea así. No quiere morir en cualquier parte, por eso ha abandonado el hospital y el tratamiento. Ha huido de los asépticos hospitales, de las compasivas unidades de cuidados paliativos, de esas habitaciones blanquísimas con olor a medicinas que disimulan la corrupción, de esas mesitas de noche de moribundo en las que todo está espantosamente ordenado para la última hora, de esos largos pasillos donde se oyen timbres educados porque los que van a morir tienen la elegante deferencia de no gritar y donde las únicas que escuchan las últimas frases del que agoniza son las enfermeras del turno de noche. No ha organizado todo esto para morir en una estación sin nombre antes de llegar a París, en medio de ninguna parte.

Hugh intenta apartar los malos pensamientos que tantas veces le acechan. No quiere pensar, pero su maldito cerebro está demasiado acostumbrado a razonar. Cuánto hubiera dado por no saber, por no tener la exacta información de lo que le está ocurriendo a su cuerpo. Qué felicidad la de los que no meditan demasiado, los que no consultan libros ni manuales, ni preguntan para conservar así su bendita ignorancia, y suspira pensando en la felicidad de los simples.

Se levanta y decide andar un rato. Mientras alivia algunos gases que se le han acumulado, se dirige al edificio de la estación y observa que junto a la puerta hay un panel que no lee bien porque el tiempo, la lluvia, el viento y el olvido han borrado sus letras. Se acerca y comprueba que es un horario de trenes. Su lectura le parece un hermoso cuento francés: Ruán-Vernon-Mantes-Plaisir, con destino final en París. Y luego enlaces —que son como otras versiones alternativas del mismo cuento— con Amiens, Dieppe, Serquigny. Una fabulosa geografía de vértigos en el tiempo: expreso con paradas en Montreuil y Serqueux. ¿Cuántos viajeros habrían hecho estos recorridos durante décadas? ¿Qué ocurriría en aquellos viajes? ¿Dónde estarían ahora? ¿Seguirían esperando el último tren en esta estación?

Siente la necesidad de anotar el horario de los trenes, pero chasquea la lengua al comprender que da igual. ¿Para qué lo hace? Ya no es el intrépido escritor de viajes que apunta detalles curiosos y pistas para sus lectores. Y ahora este gesto es solo una deformación profesional que le ha asaltado por hábito, por una costumbre que a estas alturas no tiene sentido. Para qué puede servir si nadie leerá la crónica de este viaje. Siente una profunda amargura y melancolía al darse cuenta de que esta también es la última vez de algo. La travesía está llena del final de todo, de mirada postrera, de epílogo, de la fría y brutal conciencia de que nunca volverá a hacer determinadas cosas. Ya no habrá más oportunidades. Detrás de él se cierran todas las puertas y solo queda esperar el momento exacto para apagar la luz antes de salir.

Mira hacia el tren por si Violet regresa con noticias, pero no la ve. Decide entonces continuar con el paseo para calmar la espantosa digestión del bocadillo. ¿Qué luchas internas estaría librando su pobre cuerpo enfermo contra el traidor queso francés? Desde que conoció su enfermedad había desarrollado una obsesión por sus vísceras. ¿Es posible sentir el bazo? ¿Y el esófago? ¿Alguien sería capaz de reconocer cuándo está en pleno funcionamiento su hígado? Al principio fue una simple necesidad de conocer dónde estaban exactamente el estómago, el páncreas, el intestino delgado, y así poder interpretar lo que le decían los médicos en su cruel lenguaje críptico. Desgraciadamente, tanto Violet como él habían desarrollado un vasto conocimiento del cuerpo humano, sobre todo del aparato digestivo, el territorio donde la enfermedad había instalado su campamento base. Eran capaces de reconocer dónde estaba el píloro, cuándo los niveles de creatinina estaban peligrosamente alterados o algo no funcionaba en la cabeza del páncreas. Por eso ahora Hugh sabía exactamente por qué lugar deambulaba el bocadillo y qué problemas había encontrado en su cruce con el antro pilórico.

Tanto conocimiento sobre el estómago había terminado por formar parte de sus bromas privadas. A fin de cuentas, era la única forma de liberarse del tono trágico y luctuoso que tenía todo. Hugh lo tuvo claro muy pronto, a él su sistema digestivo le parecía semejante a un barco que iba a la deriva y que había sido secuestrado por una tripulación impostora. En la escotadura del

cardias —cuyo nombre le confirmó que se refería a las partes de una embarcación— era donde probablemente todo había comenzado a hacer aguas. Y el resultado era dramático: estadio IV. Imposible recuperación. La nave estaba condenada al hundimiento. Pero ¿cuándo comenzó todo? Se lo había preguntado muchas veces. ¿En qué momento se creó la primera célula maligna? ¿Cuándo se dividió por primera vez de forma errónea, alterando el funcionamiento de su cuerpo? ¿Había sido culpa de su dieta, pobre en frutas y verduras durante algunos años? ¿O era un mal agazapado desde siempre?

Ahora lo tenía claro. La culpa fue solo suya al retrasar la consulta médica ante las primeras sospechas. Cuando lo descubrieron era demasiado tarde, el monstruo ya llevaba dentro de él cierto tiempo, sin síntomas que alarmaran de que lo iba devorando por dentro. Estaba ahí desde el principio, quizás en sus genes, heredados de distintas generaciones. El mal solo había esperado su turno. Ahora Hugh sabía que venía lo peor y quería evitarlo.

Ya da igual todo eso. Sigue andando y se alivia de nuevo. Nadie lo escucha. Está totalmente libre para que sus tripas se expresen como quieran en este paisaje de desolación. Sonríe por este insólito momento de libertad.

Da la vuelta a la estación y encuentra un vagón desvencijado y destartalado cuya superficie está pintada con grafitis. ¿Desde cuándo estaría en esta vía muerta? Parece un vagón de los años ochenta. Hace mucho que no ve ese tipo de tren y piensa en lo curioso que resulta que los cambios de diseño apenas se perciban en el tiempo, solo cuando se contempla un ejemplar que quedó parado en algún momento de su decadencia. O cuando se observa qué anacrónicos quedaron los trajes de los muertos en sus fotografías. Igual que ocurre al comparar la instantánea de alguien de niño con otra imagen de esa misma persona tomada en su vejez. La transformación es lenta e imperceptible para quien la sufre, hasta que se contempla a sí mismo en la distancia y se asombra con la pavorosa metamorfosis de la vida.

Se asoma al interior del vagón. Solo queda una hilera de asientos que han sido destripados a conciencia. Tiene la sensación de estar contemplando a un ser desamparado. Por un momento

imagina la escena del vagón lleno de viajeros, cargado de maletas y en cuyas ventanas pasan veloces los paisajes. Se detiene en detalles de esta olvidada pieza de museo, como los ceniceros, que advierten sobre otras épocas. Algunos están aún llenos de colillas. También encuentra una revista sobre un asiento. La hojea y descubre que es del año 1996. Le sorprende lo anticuadas que aparentan ser las personas de las fotografías. Parece que regresaran de una época lejanísima. Sonríe al pensar que, en ese año de 1996, Hugh de Galard ya era un señor maduro. Intenta recordar qué libro estaba escribiendo por entonces, así que se sienta en uno de los asientos que no está destripado. Precisamente aquel fue el año de su libro de viajes por Europa en tren, un fabuloso proyecto para recorrer el continente por los caminos de hierro tomando ferrocarriles o los ultramodernos trenes de alta velocidad. Había disfrutado describiendo los detalles artísticos de las viejas estaciones que habían sido pintadas por los impresionistas y evocando famosos viajes en tren.

Fue un reto describir su amado continente desde la ventanilla de un tren. Contemplar las ruinas clásicas que asomaban en acantilados donde seguían cantando las hechizantes sirenas de Ulises. Atravesar el corazón de la Europa danubiana, congelado en medio de un vals, o remontar el macizo helado y fabuloso de San Gotardo en el Glacier Express.

Y recuerda cómo fue absolutamente feliz tomando un café en la Gare de Lyon, de donde partían los trenes que iban al sur, en aquella cafetería desde donde se veían las vías del tren que llevaban a lugares fantásticos mientras tomaba té en sofás Chesterfield. Un lugar pensado para los viajeros británicos, para que estuvieran a gusto y no echaran de menos sus medidas y reglamentadas costumbres. Curiosos compatriotas los suyos, que se habían ganado la fama de ser los más grandes viajeros del mundo pero que, en los distintos destinos, corrían a refugiarse en lugares adaptados para ellos, donde se servía puntualmente el té y se cenaba a la hora de Londres, aunque estuvieran en el otro extremo del mundo y cayera un sol de justicia. Le disgustaban esos hábitos, que demostraban cierta prepotencia además de poca curiosidad por las costumbres ajenas. Él siempre intentó adaptarse al país visitado, probar su comida por extravagante que fuera e intentar comprender lo nuevo

e inesperado.

Suspira y, a través de las ventanillas, ve que comienza a atardecer, así que decide salir. Antes de bajar del vagón echa un último vistazo y piensa en las posibles razones por las que está en una vía muerta. ¿Quizás sufrió un accidente y decidieron no desguazarlo por respeto a las víctimas, dejarlo para la posteridad y el recuerdo? Busca restos de sangre o destrozos más allá de los provocados por la desidia del tiempo. Sale y rodea el vagón por si en el exterior hubiera una placa que no ha visto y que pudiera explicar la razón de la permanencia de esta reliquia en medio de una estación abandonada, pero no la encuentra.

Vuelve a la parte delantera de la estación y se detiene en otra vía muerta, donde crecen matorrales salvajes y jaramagos. Hay raíles retorcidos, quizás por el calor o por el simple y devorador paso del tiempo. La herrumbre impregna el lugar de un olor a óxido y da al suelo matices de cobre sucio que le recuerdan al color de algunas tardes de octubre en su querido Londres.

Las maderas son antiguas y desprenden un efluvio de carburo que a Hugh le evoca aquella cabecera de cama hecha con viejas traviesas de ferrocarril. Fue en una casa de campo que alquilaron en Lídice, en la República Checa un verano de hace veinte años. El propietario les dijo que la hermosa cabecera la había realizado un artesano de la zona que aprovechó la madera de una vía de tren que había sido clausurada. Y que por esa razón notarían el olor de la resina y el carburo que se utilizaban para proteger la madera de las inclemencias del tiempo y el paso de cientos de trenes durante años. Ese detalle le fascinó tanto que soñó varias noches con viajeros anónimos que hacían itinerarios en tren, cuyas biografías olvidaba al despertar. Viajeros que atravesaban Europa en trenes, líneas de ferrocarril que herían las geografías y cerraban con frágiles e inciertas cremalleras los países. Estaciones lejanas y exóticas, vagones que recorrían antiguos campos de batalla, que horadaban el vientre de las montañas con sus secretos geológicos, que corrían veloces sobre puentes altísimos y se internaban en túneles de sombras.

Ahora se da cuenta de que en los trenes le han sucedido cosas maravillosas, pero también algún susto, como el accidente que sufrió por un descarrilamiento poco antes de llegar a Nápoles y en

el que murieron cinco personas. Él logró salvar la vida por azares increíbles —una maleta que impidió que un hierro lo atravesara—, aunque por el impacto le quedó una leve cojera y dolores en las piernas, que asomaban en las tardes demasiado húmedas.

En las estaciones, Hugh de Galard había aprendido los mapas de Europa y también comprendió las terribles tragedias de su historia. Ahora mismo le asalta en la memoria un invierno en la estación berlinesa de Friedrichstrasse, en la zona fronteriza de las dos Alemanias. Recorría con cierta prisa el laberinto de pasillos, barreras, puntos de control y vigilancia que separaban las estaciones de un lado y de otro, hasta que se dio cuenta de que atravesaba uno de esos lugares frágiles y dolorosos de su querida Europa, un área enferma, una zona de abismo, muerte y fiebre. Percibió con inquietud que tras las paredes del pasillo estaban los viajeros del otro Berlín, gente en tránsito a la que no podía ver, porque esa estación era como una extensión más del muro, de la gran cicatriz de Europa. En aquella tenebrosa estación de la Friedrichstrasse que dividía Europa en dos, tuvo conciencia de deambular dentro de una de las pesadillas del viejo continente. Y sintió el dolor por Europa, la compasión por aquel hermoso y terrible lugar que tantas veces había caído, se había desangrado y había vuelto a revivir.

Aparta unos jaramagos junto a la vía al ver que algo brilla bajo la tierra. Por un segundo le asalta la misma sensación de su infancia cuando estaba a punto de internarse en una aventura, aunque solo fuera atravesar un pasillo a oscuras o hacer un hoyo profundo en la arena de la playa para descubrir un imposible tesoro. Escarba con ansiedad. ¿Y si encuentra un anillo? Se lo regalará a Violet, pero ¿querrá ella algo hallado bajo la tierra? ¿Y si es la sortija de una mujer que aquí intentó suicidarse arrojándose al paso del expreso Ruán-París? Descarta por absurda su ridícula tendencia al melodrama.

Por fin descubre de qué se trata. Simplemente, el envoltorio plateado de un paquete de galletas
McVitie's.
Sin embargo, el diseño no es actual sino el de hace décadas, quizás de los años cincuenta. Y se da cuenta de que le ha ocurrido lo mismo que con el vagón de la vía muerta, reencontrarse con un

objeto que pertenece a otro tiempo, pero a una época muy reciente, a un pasado que ni siquiera llega a serlo del todo. Algo que vaga en una incertidumbre, en un limbo porque ya es inservible, inevitable basura, y que solo con el transcurso de los años llegará a ser lo suficientemente antiguo como para pasar a un museo. Hugh fabula con la posibilidad de que exista una especie de purgatorio de las cosas que aún no gozan de la inmortalidad histórica.

Observa el envoltorio, tan familiar pero que estaba olvidado en algún rincón de su memoria. Y rememora aquella vez, cuando su madre, haciendo un gran esfuerzo, compró un paquete de galletas de chocolate de la marca

McVitie's

en la Navidad de 1951. Qué fascinante espectáculo el de ese papel de colores, qué delicia ver cómo su madre lo abría delicada y cuidadosamente, y un aroma fabuloso se extendía por el salón. Recuerda ese bocado y el chocolate deshaciéndose y esa evocación le lleva a componer la escena y todos sus detalles: su madre estaba junto a la chimenea, en la que apenas ardía un leño, su padre, sentado en el sillón que cada vez se hundía más mientras su hermano Thomas daba vueltas alrededor de su madre, extasiado ante la contemplación de ese tesoro. Están otra vez la alfombra, el papel pintado de la pared, la radio sobre el aparador, las sillas, la mesa con la pata coja, el jarrón sobre la consola y la ventana que da a la calle y a través de la que ahora —gracias a los sorprendentes artificios de la memoria— puede ver cómo juegan sus amigos, tirándose bolas de nieve.

Hugh, este Hugh viejo y moribundo que recorre la Europa de su última batalla, está saboreando el dulzor de un momento lejano de su vida y se pregunta por qué esas galletas de chocolate de la posguerra le saben tan bien en la memoria. ¿Fue así en realidad o solo es un nuevo y turbador engaño de sus recuerdos? El envoltorio de las galletas

McVitie's

que un viajero se comió hace décadas en este lugar desolado sigue animando el espectáculo de su memoria. Y ahora vuelve a recordar, pero casi completo, el sueño de la víspera. El sabor de las galletas se mezcla entonces con el de la intensa cerveza negra de la caverna de Tilbury mientras afuera —en la vida— caen las bombas.

Leche agria

No sé por qué la leche me recordaba el olor de los gatos y los desvanes, de los patios que aparecían al final oscuro de los pasillos, donde se hacía la colada y caía la luz cenicienta de las tardes de invierno. La leche caliente era un aroma blando, como de pan y azúcar. Imaginaba yo, claro. La leche caliente ascendiendo por la escalera del patio mientras hervía, la leche cantando, subiendo en el cazo con prisas, dejando en la casa ese olor a gato y desvanes. Pero solo lo imaginaba porque yo fui uno de esos niños sin leche. Niños que soñaban con paraísos construidos con cajas de Vitality Goat Milk y la alegre cabra de grandes ubres. Jardines con árboles tapizados de envoltorios de Oheka Dairy. Grado B. Pasteurizada.

A casa la leche llegaba en un carro y un señor de Hampton servía a mi madre por cuartos. Una vez vi una cucaracha flotando en la lechera, pero no me dio asco. Supuse que era algo que se le echaba para que tuviera ese olor a campo. El carro olía a leche fermentada, derramada y olvidada en los rincones hasta que se agriaba y apestaba a queso, lo que le añadía un sabor muy particular. Me encantaba asomarme y meter la nariz dentro del carro, entre las lecheras, y oler a hierbas, a excremento de vaca y a charcos de leche podrida.

Leche por cartillas de racionamiento. Tristes juegos de la infancia. Leche, cuatro onzas de margarina, zumo de naranja concentrada en frasco medicinal, pan negro y carne enlatada. Pero solo para celebrar la coronación de la reina.

Luego la leche me supo a otras cosas. Mezclada con té o con café, en cremas y mantequillas. Pero eso ya fueron otros tiempos mejores. Tiempos de leche caliente y nata burbujeando, pasteles de crema. ¿Es posible que cuando era joven el sudor oliera a leche?

Más tarde llegó el hedor de la leche vomitada, cuando enfermó el hombre que me sueña.

Y, al final, la leche que me sabe/le sabe a metal. Los ciclos de quimioterapia cambian el olor y el sabor de las cosas. Las fresas saben a naranjas y los plátanos a peras. De la sopa asombra un gusto ferruginoso, como si se sorbieran gotas de sangre disueltas en agua salada y caliente. El pescado blanco sabe a acero. El *roastbeef*, a cartón, pero un cartón que, increíblemente, es sabroso, incluso con un matiz especiado, como si se le hubieran añadido aromas de las colonias. Y se descubre una fragancia dulce en los tomates. Para mí —o para él— las cosas tienen un gusto aún más raro por culpa de esta nariz asombrosa capaz de deconstruir los aromas. Ya no queda nada de la piel que destilaba un leve efluvio a leche caliente cuando era un bebé o un joven con esencia de nata fresca.

El pudin fue lo más increíble. ¿Qué podría ocurrir con mi dulce preferido? En el pudin se esconde el sabor de la madera mojada y un olor azul y frío. También se podría añadir cierto aroma a nieblas amarillas del Támesis. Brumas de un río vaporizado y lechoso.

Leche de Támesis en cuartos racionados durante la posguerra.

El viejo que me sueña es más sofisticado y bromista, y cuando orina juega a definir el líquido de enfermo como si fuera un enólogo, con toda la gama de los blancos fríos y solo de vez en cuando asomando un inquietante matiz de vinos rosados que le advierte de que algo se ha quebrado por culpa de una fermentación sanguinolenta. ¿Habrá probado su propia orina?

Yo ya no soy el niño Hugh sino el viejo Hugh que recuerda al niño que fue a través de un tratado de olores. Un moribundo que repasa las páginas de un álbum. Las noches de este viejo están llenas de hedor, apestan y hermosean paisajes soñados a partes iguales. Hay campiñas y estercoleros, porque ya todo es un muladar de recuerdos.

Hugh/yo es un viejo que juega a fabricar su propio fantasma. ¿Cómo se alimenta a un fantasma? Atrás queda el largo camino de mi pasado. Delante no hay nada. Yo ya no tengo futuro. ¿Será mi fantasma, que está llamando impaciente a la puerta?

Un viejo que juega con el olfato, porque los aromas son la memoria más antigua, lo último que se olvida, lo que se esconde en inquietantes rincones inconscientes del cerebro. Por ejemplo, en este lugar en el que ahora sueño/sueña hay olores que quieren escaparse por las ventanas y los pasillos asépticos y blanquísimos.

Veamos:

Planta primera. Traumatología. Heridas infectadas: manzanas a punto de pudrirse.

Planta segunda. Aparato digestivo, asuntos del páncreas. Diabetes: efluvios de acetona. Pasillo a la derecha. Insuficiencia hepática: olor a pescado crudo.

Planta octava. Enfermedades mentales. Esquizofrenia: líquido avinagrado.

Planta ático. Epidemias y otros desastres olvidados. Fiebre tifoidea: pan integral.

Pero ¿cuál será esta enfermedad que huele a leche caliente?

Hugh descubre que está en la habitación de un hospital. Quien ha dormido durante muchas noches en un lugar como este reconoce pronto el matiz turbio de las luces, el olor y los muebles cargados de tristeza blanca. Recuerda vagamente lo ocurrido. Habían llegado con retraso a París por la avería del tren en el camino desde Rúan y después de instalarse en el hotel salieron a pasear por la noche.

Tiene en la mente el recuerdo de una avenida muy larga —¿iban por los Campos Elíseos?— y cómo había sentido un mareo hasta que todo se volvió negro. Antes de caer al suelo creyó ver vacas que paseaban por la avenida y que impregnaban de un raro olor a establo la arteria de la ciudad moderna. Quizás sean otra vez las alucinaciones que le asaltan a ratos en este viaje, aunque teme que en realidad hayan vuelto los delirios que tuvo en los primeros días del *Godzilla*. Algo que no tiene sentido, porque por sus venas ya no corre ese torrente de bombardeos químicos. Lo que pasea ahora es un líquido ponzoñoso que lo matará lentamente, un caudal de negrura y veneno que nace de su mismo vientre. Un acíbar que ya huele como él. Un viejo conocido que deambula a sus anchas, hasta que quiera salir y terminar con todo de una vez.

Se incorpora en la cama. En la habitación, junto a él, hay un hombre que duerme. Cree ver a un anciano por el pelo blanco que asoma del embozo, un viejo como él pero que ya es apenas un breve dibujo bajo las sábanas. Al levantarse se marea y siente que un líquido le sube por las entrañas dejando en la boca un sabor a vómito de leche, como le ocurría de pequeño al beber la leche del racionamiento. Escupe en un vaso que hay sobre la mesita de noche y le inquieta descubrir ese aire doméstico que tienen las cosas. La

mesa perfectamente ordenada le sugiere que lleva varios días en la habitación del hospital, porque cada objeto —el vaso de agua, las pastillas, la lámpara, las gafas, el reloj— está en el lugar exacto fruto del hábito y la costumbre, sin que se estorben entre sí y para que puedan reconocerse al buscarlos en la oscuridad de la noche. Teme que definitivamente el final llegue demasiado rápido, antes de concluir el viaje. Ahora se da cuenta de que ha sido demasiado optimista sobre su estado de salud, porque es probable que aparezca antes de tiempo la degeneración que tanto le asusta.

Se asoma a la ventana. Está comenzando a atardecer, pero no sabe de qué día. ¿Cuántas jornadas lleva allí? ¿Y dónde estará Violet? Observa la ciudad y descubre que nieva. La nieve cae en silencio, flotando en un aire algodonado, levísimo, un paisaje que parece dibujado para andar de puntillas. Cree por un momento que está contemplando un cuadro en un museo, uno de esos cuadros de escenas parisinas del siglo XIX, lienzos de calles mojadas o cubiertas de blanco. Pero, de pronto, se da cuenta de que es imposible que esté nevando en verano y que lo que cae sobre la ciudad con una lentitud asombrosa son pelusas de los chopos, esas semillas que flotan en el aire con la más mínima brisa y que él ha confundido con copos de nieve. Sonríe pensando en que París es ciudad de prodigios y luces engañosas. La nieve es ya solo parte de su memoria, un recuerdo debidamente guardado, pero que nunca volverá a ser recobrado con nuevas visiones. Adiós a los paisajes de nieve cayendo lentamente en silencio.

Ahora se siente bien, rejuvenecido, sano, limpio de ríos negros y venenosos. Y piensa que se debe a algo impreciso que se reactiva por dentro, como un viento purificador que limpia los rincones sucios o una marea que arrastra las basuras hasta hacerlas desaparecer de las orillas de su cuerpo enfermo.

Vuelve a la cama. Su compañero de habitación sigue acurrucado entre las sábanas, apenas un garabato en el que se adivinaba la huella de una noche de pesadilla, de fiebre y dolor. ¿Cuál será su padecimiento? ¿Será otro moribundo como él? ¿Están quizás en una de esas unidades de nombres eufemísticos que disimulan el título terrible de lo que allí ocurre? ¿O en esos espacios que alivian, sedando al enfermo mientras avanza cruelmente la muerte? La muerte aplazada con los modernos avances científicos, aunque allí

no hay máquinas de las que mantienen artificialmente la vida. Sin embargo, huele a espera, a paciencia, a última hora que se avecina, lenta, cansada y viscosa. ¿De qué estará muriendo este hombre? ¿Sucederá esta noche? Sí, tal vez la muerte haga una visita esta misma madrugada. Pero ¿a él o a su anónimo vecino? Es imposible. No se siente tan mal como para que todo acabe en unas horas. Después de su decisión no piensa morirse ahora en un hospital.

Intenta distraerse pensando en otras cosas, ojalá que anodinas y fútiles. Así que, quizás porque aún tiene el sabor a leche agria en la boca, recuerda su infancia de niño de la guerra, de niño-milagro que, a pesar de todo lo que se avecina, ha logrado cumplir los ochenta años. En realidad, Hugh de Galard, como buena parte de su generación, es un prodigio de las estadísticas. Un número salvado de las cifras de una época en la que cinco de cada diez niños morían. Alguna vez había jugado a esos azares que han marcado a los habitantes del siglo XX. Uno: disparo de guerra. Dos: campo de exterminio. Tres: derrumbe por bombardeo, destino especialmente habitual entre los niños del *Blitz* londinense. Cuatro: hambre. Cinco: enfermedad. Y ahí entra un amplio catálogo de subestadísticas: ¿Habrías esquivado la tuberculosis? ¿El raquitismo? ¿La disentería? ¿Quizás las pandemias que están por venir? Estos juegos macabros le parecen uno de esos videojuegos que obsesionan a los niños de hoy, pero para él no son un entretenimiento. El fin de la partida es ya inminente, la muerte dentro de la pantalla, la desaparición entre bits de olvido. También le gusta incluir la sexta posibilidad: si la guerra no hubiera sucedido, ese habría sido tu padre, pero murió en el campo de batalla; no está, luego no existes. Simbolizas la estadística más absurda, así que desapareces, no eres nada. Pero él estaba allí, cumplidos los ochenta, burlando cualquier estadística. A fin de cuentas, es un tipo afortunado.

En ese momento, Violet entra en la habitación acompañada por un par de médicos que no pueden disimular un semblante de gravedad. Saludan a Hugh y corren la cortina que separa la cama del otro paciente, creando una fingida atmósfera de privacidad. Mientras, Violet le guiña un ojo con el gesto cómplice con el que suele advertirle de una broma privada. Señor Hugh, está en este hospital porque perdió el conocimiento en la calle, explica uno de los médicos en un inglés balbuceante, y ha estado inconsciente un

par de días, por eso le hemos hecho unas pruebas. Cáncer terminal, te quedan unos meses, se anticipa Violet, sin poder disimular la sonrisa.

Hugh también comienza a reírse y lo hace de una forma incontrolable, con carcajadas alimentadas por todos los momentos divertidos que le han ocurrido durante este viaje. Los médicos no comprenden nada, piensan en la excentricidad de los ingleses y de pronto creen entender todos los chistes británicos de humor negro.

Hugh y Violet se disculpan y piden el alta médica voluntaria, asegurando que asumirán todas las consecuencias. Se sienten extrañamente liberados como si la noticia —ya tan vieja y asumida — no fuera con ellos, como si en realidad se tratara de algo ajeno. Hace tiempo que pasaron ese trago terrible y ahora están en otro momento de sus vidas.

Los médicos salen de la habitación, aún sorprendidos, y Violet comienza a guardar las cosas de la mesita de noche que de pronto se queda vacía, esperando nuevas historias y añorando ese macabro y perfectísimo orden de las cosas.

Después de recoger el documento del alta médica, bajan en el ascensor. Violet le detalla los pormenores de aquellos dos días en el hospital y el aparatoso desmayo que sufrió cuando paseaban. Te caíste de una forma muy ridícula y yo no dejaba de reírme pensando que estabas con una de tus bromas, dice Violet, mientras se arregla el pelo en el espejo del ascensor. Luego me di cuenta de que te habías desmayado y tuve miedo.

Pasan junto a la cafetería y Hugh siente otra vez ganas de vomitar al reconocer el olor de la leche caliente. Sabe que es una nueva alucinación sensorial porque allí huele como en todas las cafeterías de hospital: a sopas medicamentadas, café recalentado, tortilla fría y tristeza guisada a fuego lento.

A fuerza de experiencia ha desarrollado una capacidad especial para orientarse en los hospitales. Sin esfuerzo reconoce dónde están las salas de espera, los quirófanos, las lavanderías, la admisión o las unidades de vigilancia intensiva. Por eso sabe lo que se encontrará al final de este pasillo. Es por aquí, estoy seguro, dice señalando el pasaje.

Violet le sigue, sorprendida de que la estancia en el hospital le haya dado tantos ánimos y energías. Sin dejar de andar le acaricia

el pelo e intenta colocarle en su sitio un mechón de la coronilla que está a contrapelo por haber dormido dos días en la misma postura. Se miran, felices de que el viaje no termine en este hospital, y continúan caminando. Ya sabe Hugh que se dirige a cumplir con su rito. Llegan a la salida de los coches fúnebres, esa boca última por la que salen los que mueren en los hospitales. Para Hugh es muy importante volver a salir por su propio pie de este sitio. Es consciente de que le quedan pocas puertas que atravesar vivo. Está al final de todas las cosas. Es la última vez que viaja. La última ocasión en la que estará en París. Y piensa con tristeza que también ha sido la última escena de un París nevado, aunque solo sea por una afortunada confusión de luces y formas. No llegará al invierno. Es duro tener que estar despidiéndose constantemente de todo. Qué gozo sería no saber cuándo se va a morir, toparse por sorpresa con el final, no tener que decir adiós por abandonar otra estancia. ¡La volví a pasar! Y ahora, al sur, dice eufórico, mientras Violet se queda paralizada ante la puerta de los muertos.
Han decidido alquilar un coche. Conduce Violet todo el tiempo porque habría sido una temeridad arriesgarse a que él sufriera un nuevo mareo. Aunque también puede considerarse peligroso que sea ella quien conduzca, ya que está convencida de que en el continente el volante se encuentra en el lado equivocado. La salida de París ha sido una odisea, con Violet enfadada con el resto de los conductores y Hugh riñéndole por su torpeza.

Finalmente abandonan París. Hugh no quiere volver la vista atrás porque habría sido demasiado doloroso. La estancia en su querida ciudad no ha sido como esperaba. En vez de recorrer los lugares en los que tantas veces fue feliz ha permanecido en un hospital, el sitio donde siempre termina, su segunda casa, el escenario que parece su destino inevitable, la pesadilla más fiel y recurrente.

Ya han pasado el bosque de Fontainebleau, entre las fabulosas luces del mediodía. Hugh recuerda las escenas de tapices y cuadros de la escuela de Fontainebleau con escenas mitológicas en las que aparecen diosas de piel lechosa. Incluso ha creído ver, en un recodo junto a la carretera, la pierna blanquísima de una Diana que se había parado a descansar tras una dura jornada de caza.

Violet conduce ya con cierta tranquilidad, orgullosa de haber

comenzado a controlar el volante y las direcciones. También se siente feliz y absolutamente satisfecha por acompañar a su marido. Al principio no quiso saber nada de la decisión de Hugh y esperó que él rectificara, pero no fue así. Incapaz de convencerlo para que cambiara de opinión, decidió ponerse de su lado aunque estuviera aterrorizada. Debía estar con él hasta el final. Ahora no tenía ninguna duda. Por eso se propone no pensar en nada más allá de este viaje, nada que nuble la breve felicidad de los últimos días. También, como él, ha aprendido a apartar los malos pensamientos como si fueran moscas molestas. Y a guardar las pesadillas en cajones.

Violet, que escucha atenta los comentarios de Hugh sobre los maestros de la escuela de Fontainebleau, está embargada por cierta idea de felicidad, esa felicidad basada en lo frágil y breve, cimentada en saber que ese placer durará apenas unos instantes pero que se recordará toda la vida.

Y piensa, mientras disfruta tomando las curvas de la carretera, en los momentos dichosos de su vida. Cuando dormía acurrucada con su madre en las noches de invierno, las salidas con sus amigas los sábados por la noche después de escaparse del internado para escuchar a sus grupos favoritos, el día en el que interpretó su primera melodía con el violín, el concierto en el que entregó a su querida madre el ramo de flores por su primer éxito como concertino, la noche que conoció a Hugh en Le Havre, su primer viaje con él a París, alojados en un mísero apartamento, la madrugada en la que hicieron el amor en Capri, ocultos en unos jardines históricos, los fines de semana en casa cuando cultivaban juntos el jardín, el té de las tardes, aquel maravilloso viaje a Florencia, cuando presentaron la edición italiana de la guía literaria de Hugh…

Y todo está a punto de terminar. ¿Cómo será la vida sin él? ¿Está preparada para eso? De nuevo intenta apartar las moscas molestas. Hugh, que sigue relatándole anécdotas sobre los paisajes y pueblos que van atravesando, se extraña cuando ella da un manotazo al aire, sin intuir que es el gesto simbólico con el que intenta apartar lo que amenaza con enturbiar su brevísima felicidad.

En esta parte de la travesía quieren introducir el alma de todos los viajes: lo imprevisible ante una encrucijada, la confusión de los

caminos, la duda sobre dónde alojarse por las noches. Solo conocen el destino, pero él quiere recorrer el valle del Ródano en las próximas jornadas sin un itinerario trazado. Seguirán las indicaciones de la carretera, pero sin la obsesión del viajero moderno. Al llegar la noche pararán en cualquier lugar y al día siguiente reanudarán el camino. Si un lugar les gusta, se quedarán más de un día. Y así, hasta la fecha que han planeado para el epílogo.

En realidad, Hugh parece contradecir lo que ha hecho toda la vida: aconsejar qué camino seguir a los viajeros poco amigos de la incertidumbre, librarlos de la duda ante los cruces de caminos, masticarles la aventura para que puedan aprovechar el tiempo sin ensayos. Ahora quiere viajar sin guías ni recomendaciones, incluso hubiera preferido olvidar sus propios recuerdos de anteriores recorridos por el valle del Ródano. Pero eso es imposible. Ya no es otra cosa que un saco de recuerdos, de pasado, de ayeres, de páginas archileídas.

A Violet la idea no le seduce, pero no quiere discutir con su marido. Por si acaso, guarda escondido un cuadernito con las direcciones de hoteles en los que pueden alojarse durante el recorrido. No quiere que, con tanta improvisación, los sorprenda la noche en la carretera.

Y no es lo único que le oculta. También, sin que él se dé cuenta, le hace fotografías. Es lógico que quiera llevarse todos los recuerdos del último viaje, pero no se lo confesará porque se sentiría algo molesto. Pensaría que lo está convirtiendo en uno más de esos objetos o lugares que suele fotografiar para decorar las paredes de su casa. En el viaje ha hecho fotos a la cabina del *ferry* que los llevó al continente, a la playa de Le Havre en la que se bañaron desnudos, a la habitación del hotel en Ruán, a la estación de ninguna parte en el camino a París o a la mesita de noche del hospital. Pero en ellas siempre aparece Hugh. Un Hugh que no percibe que alguien intenta atraparlo para que no desaparezca, para que no se vaya del todo.

Cómo no hacer fotos de Hugh en el último viaje. Y continuará haciéndolas hasta el final con su minúscula cámara digital, que guarda disimuladamente en el bolso, junto al cuaderno de las direcciones. Ella hace fotografías de todas las cosas de su vida y así,

si se rompen, las incorpora a un álbum doméstico, un álbum casi familiar. De esa forma, no desaparecen, siguen posando contra el tiempo, como las fotografías de los abuelos y de otros familiares ya ausentes. El azucarero de porcelana de Sèvres junto al retrato de la abuela. El naranjo español que no sobrevivió al lluvioso otoño. El retrato del tío abuelo Jones y su bigote de soldado de la Gran Guerra. Las zapatillas de raso malva compradas en un viaje a Estambul. La taza del juego de té con dibujos de Alicia, que le regaló por su último cumpleaños. Todo queda atrapado y a resguardo en los bits de una moderna cámara digital. ¿Cómo no hacerlo con Hugh? Y ahora mismo, si no hubiera estado conduciendo, le habría hecho una foto mientras él relata distraídamente sus historias.

De pronto se encuentran con la primera bifurcación del camino. ¿Izquierda o derecha? ¿Vida o muerte? ¿Sufrimiento o descanso? ¿Qué nombre te suena mejor, Nemours o Darvault?, pregunta bromista Hugh. Dime que ninguno de esos lugares será una aldea perdida sin un lugar para almorzar, dice Violet siguiendo el juego. Solo te diré como pista que en Nemours, Catalina de Médici firmó un tratado, añade él misterioso. Pues entonces elijo Darvault, responde ella, ocultando que sabe que a las afueras de ese pueblo hay un motel de carretera de dos estrellas en el que podrán refugiarse al caer la tarde.

Atraviesan un paisaje fabuloso. Hugh no tiene memoria del lugar o, al menos, no lo recuerda. Parece un niño fascinado por los horizontes que ve desde la ventana del coche en el que sus padres lo llevan a destinos desconocidos y extraordinarios. Sin embargo, al cabo de un rato se dan cuenta de que no han vuelto a ver ningún cartel con el nombre de Darvault, solo cultivos y casas dispersas a ambos lados del camino. Violet comienza a ponerse nerviosa, pero él no puede disimular su emoción de niño aventurero. ¿Me dejas que mire el mapa, por favor?, suplica Violet. Ni hablar, déjate llevar por tu instinto. Mira, allí, detrás de esa curva parece que hay un letrero con indicaciones.

Siguen adelante y se topan con una desviación y un desconcertante rótulo en un lugar que parece abandonado: Parque Acuático Mercure. Es lo último que esperan encontrarse allí. Tras unos árboles del camino se adivina un aparcamiento en el que

parece que no haya estacionado un coche desde hace décadas. Hugh tiene la sensación de estar contemplando una de las fotografías de la revista olvidada en el vagón de la estación. Un lugar que surge directamente de 1996, por ejemplo. Por otro lado, ¿quién acudiría a un parque acuático en esta zona, donde los veranos no se caracterizan por la intensidad del sol y las piscinas son algo casi extravagante? Es lógico que este negocio perdido en medio de la nada no haya funcionado, de ahí su aspecto desolador. Sin embargo, hay algo raro, como si hubiera sido abandonado de forma precipitada, antes de que las instalaciones quedaran obsoletas, con empleados y clientes que se marcharon con prisas, dejándolo todo intacto e incluso olvidando cosas importantes.

Este parque acuático parece haber quedado deshabitado antes de comenzar a ser una ruina, olvidado sin haber pasado de moda. El viento suena como en los lugares desiertos y los jardines enfermos, adquiriendo una sonoridad de grito casi humano o de ulular de aves nocturnas.

En la inmensa piscina con forma de trébol ni siquiera ha sido evacuada toda el agua. Una capa de musgo cubre la superficie, con ese comportamiento lagunar de crianza de algas que tienen algunas piscinas cuya actividad solo se ve interrumpida en las temporadas de otoño e invierno. El fondo está lleno de hojas y dos flotadores deshinchados de color rojo producen una sensación inquietante, con cierto aire de apocalipsis silencioso, de vida suspendida y gente que se hubiera volatilizado sin hacer mucho ruido.

En los bordes de la piscina hay centenares de libélulas muertas y Violet evoca los juegos en la piscina de su prima Emily en la campiña de Berkshire. Iba todos los veranos a disfrutar de la última moda: tener piscina en una mansión rural. Cuando hacía calor y las libélulas pasaban rasando la superficie del agua para beber, había algunas que se mojaban las alas y quedaban flotando. Morían ahogadas. Sin embargo, Violet y Emily se empeñaban en salvarlas rescatándolas del agua. A Violet le provocaban repulsión cuando intentaban mover las alas entre sus manos, así que las dejaba rápidamente en el borde de la piscina. Algunas conseguían que las alas se secaran al sol y al poco volvían a salir volando, intentando olvidar —si es que las libélulas tienen memoria del horror— su pesadilla acuática y a las extrañas nereidas que las habían salvado.

Otras yacían agonizantes en el borde caliente de la piscina. Un espectáculo que Violet no podía soportar y que ahora ha reaparecido en esta piscina.

Hay un enorme tobogán en perfecto estado, aunque en el suelo han comenzado a crecer plantas silvestres. Ella las reconoce al instante. Su pasión por los jardines le hace descubrir con desagrado aquellos habitantes incómodos de los espacios domesticados: la flor azulada de la gatuña, la cebada de las ratas, el jaramago, los cardos y las zarzas. Ve que en la fachada de un edificio donde se encontraba el bar han surgido doradillas y tortulas, más propias de los viejos muros que de un lugar moderno, relativamente reciente. Y piensa que el bosque silvestre se ha dado prisa en comenzar a borrar este lugar.

Caminan como hipnotizados por la belleza extraña de aquel parque acuático. Pasan junto a unos desniveles en los que hubo una piscina de olas, y en la zona del solárium descubren que aún hay sombrillas abiertas aunque están prácticamente destrozadas por el viento y el deterioro de la lluvia. Hugh intuye un lejano aroma a bronceador de coco en el aire. En una hamaca ven una revista de papel cuché en la que se cuenta un asunto de amores ocurrido hace más de una década y un *best seller* con un separador en la mitad del volumen, que delata que el dueño no había terminado aún su lectura. No me extraña que con semejante novela haya huido despavorido, dice irónico Hugh.

Junto a otra de las hamacas hay una bolsa de playa con toallas. No pueden evitar mirar dentro: unas gafas de sol, pañuelos de papel, una bolsita con cosméticos, unas llaves y un monedero. No hay dinero ni documentación, pero sí unas fotografías familiares. En una de ellas aparece una mujer acompañada por un niño y en otra un joven vestido de soldado. Se miran, preguntándose quiénes serían y por qué razón abandonaron cosas tan personales. Si el parque acuático cerró por falta de clientes, no había ninguna razón para que estos se hubieran ido precipitadamente, olvidando sus objetos personales.

Hugh piensa en preguntar cuando lleguen a un hotel o bien rastrear en internet para saber qué ocurrió con este parque de ruinas. Sin embargo, descarta pronto la idea porque le seduce más no saber exactamente qué pasó. Le hechiza la belleza de la duda, de

no conocer del todo la historia de las cosas. Tiene la sensación de encontrarse ante un monumento antiquísimo pero que carece de papeles históricos y cuyos orígenes se desconocen, una ruina intrigante cuya memoria se ha olvidado.

Dejan el bolso y las cosas junto a las hamacas, intentando ocultarlas para que nadie las robe, aunque sea un detalle absurdo porque todo está condenado de forma inevitable a la desaparición o al saqueo. Hugh señala el bar y se dirigen curiosos por si también han quedado bebidas sin terminar y banquetes interrumpidos. Al acercarse, sale corriendo del mostrador una rata, así que deciden no echar un vistazo a la cocina, temerosos de la escena dantesca con la que podrían encontrarse. Se sientan en unos taburetes junto a la barra pero con cierto temor, por si estuvieran rotos, aunque resisten su peso sin ningún problema. En realidad, son muy nuevos y solo están sucios y algo oxidados. Todo el mobiliario tiene ese aspecto. Parecen cadáveres prematuros, jóvenes desaparecidos en la flor de la vida, cosas que agonizan sin apenas haber sido usadas. Ellos dos se sienten mucho más viejos que los objetos de aquel bar fosilizado.

En una esquina descubren una máquina de aspecto psicodélico llena de polvo. ¡Una *jukebox*!, dice Hugh muy excitado. Es un aparato de música que les recuerda a su juventud de cachorros de los míticos *swinging sixties*. ¿Será posible que funcione?, se pregunta Violet. Introduce una moneda, convencida de que la perderá. El aparato hace un ruido extraño y suena la moneda, internándose en un mundo extraño, como viajando en el tiempo o atravesando un laberinto inhóspito. Se encienden las luces y con indisimulada emoción repasan la lista de temas. Pero si hay canciones de los Who y The Kinks. ¡Hasta de los Small Faces! Esto es increíble, dice emocionada Violet.

Hugh presiona el botón de la canción *Lazy Sunday*. Sabe que es especial y aunque se siente ridículamente romántico se alegra de esta situación inesperada. Bailan con aquella canción que tantas veces escucharon en noches de locuras salvajes, de psicodelia, de madrugadas sin final. Violet se mueve como si no hubiera pasado el tiempo. Otra vez es una joven dentro del disfraz de una anciana. Se quita las horquillas y cae su melena blanca, se desprende de los zapatos y baila descalza con movimientos impropios de una mujer de su edad. Él se limita a observarla, acompañándola con unos

mínimos compases de ritmo.

Aquella canción es mágica y trae hasta este lugar desolado un océano de recuerdos. Hugh, que siempre ha creído que el olfato es su verdadero sentido evocador, el que potencia las virtudes de su memoria, se sorprende de que la música esconda un mueble lleno de cajones de recuerdos. Y suena tan bien dentro…

Es probable que esa sea una de las canciones de sus vidas, un fragmento imperceptiblemente cosido a sus biografías. Hugh recuerda esta música subyugante y cómo se convirtió para ellos en un clásico que ponían en el tocadiscos todos los domingos por la mañana mientras él preparaba el desayuno y Violet cuidaba el jardín. Luego compraron una versión mejorada en un casete que gastaron por culpa de tantos domingos musicados. Un día se rompió y Hugh decidió hacer una extraña ceremonia. Sacó la cinta magnética de la carcasa y la colocó entre las ramas del árbol preferido de Violet, una acacia junto a la ventana mirador del salón. La cinta de los Small Faces se agitaba con la brisa como una extraña melena musical. Y Hugh quiso creer que una tarde de temporal el viento agitó la cinta-cabellera, haciéndola sonar maravillosamente. Allí había quedado, enredada entre las ramas y mezclándose con las hojas nuevas.

Mientras bailan, Hugh lamenta no haber comprado el disco en algún formato de los nuevos tiempos para seguir escuchándolo otros domingos. Quizás es que la canción sonó tantas veces que la habían agotado. Sin embargo, el caudal de emociones que les provoca ahora escucharla de nuevo desmiente esa posibilidad. Decide que, en la primera tienda de música que encuentre en el camino, comprará el compacto de ese grupo para escucharlo en el coche durante el viaje. No es mala idea que esa sea la banda sonora de la última travesía. La canción con la que se despedirán. Una melodía que forma parte de ellos mismos.

La canción termina, pero ella sigue bailando, así que Hugh introduce otra moneda. Están atrapados en un hermoso bucle melancólico del que no quieren salir. Parecen estar solos en el mundo, bailando canciones como si los relojes no avanzaran en este lugar olvidado en medio de la nada. Otra escena que Hugh quisiera congelar para que no terminara nunca.

Tan emocionados están que no se dan cuenta de que alguien se

acerca. Son dos jóvenes vestidos de negro con aspecto de góticos que al principio se emocionan pensando que Hugh y Violet son lo que han esperado durante mucho tiempo: fantasmas. La confirmación de que aquel lugar está encantando, tal y como murmuran en el pueblo. Pero luego quedan decepcionados al ver bailar a dos viejos que, además, con tanto ruido impedirán las grabaciones psicofónicas.

Sin embargo, deciden no molestarlos. Parecen tan felices con su baile alocado. Se irán a otra parte para ver si captan las voces de los niños ahogados. Los niños que murieron en la piscina de olas y que, según la gente, seguían jugando y nadando en el parque acuático, sin salir del agua, sin obedecer a nadie, ni siquiera a la muerte, ajenos al destino, jugando en una escena que nunca tendría fin.

Los jóvenes se marchan al otro lado del parque acuático. Quizás consigan grabar algo en la zona de vestuarios. Mientras, Hugh y Violet bailan con la música de Small Faces sin darse cuenta de que atardece, desconociendo la historia de esta piscina embrujada por la muerte de dos niños que continúan chapoteando en su última tarde de juegos. Dos niños como ellos, que también intentan seguir jugando en los laberintos de su memoria antes de que la muerte llegue para interrumpirlos.

Blackout

A veces camino por la oscuridad total. *Blackout*, un Londres en penumbra cuando llegaban los aviones nazis. La ciudad desaparecía en un fundido en negro y nos convertíamos en sombras que corrían a refugiarse en el metro, en las criptas de las iglesias, en los sótanos de los edificios.

Ahora el viejo que me sueña camina hacia su propio *blackout*. Pronto se adentrará en las tinieblas de su biografía. Por eso vuelvo a recordar aquellas largas noches de bombardeos, el *Blitz* de los nazis. Pasó la guerra y yo seguía soñando con esa oscuridad. Creía que, al apagar las luces de la habitación, volverían las bombas, el fuego, los temblores, los escombros y los muertos. Casi creía haberme curado de aquel horror cuando explotó la bomba olvidada y murieron mis amigos. Aquellos muñecos negros. Jamás volví a jugar en los solares de la guerra.

Allí encontré todos los tesoros de mi infancia. Recuerdo el tenedor retorcido por el fuego, la caja de cromos de soldados, la postal enviada en 1921 por un señor Smith desde la Alhambra de Granada, la foto de una chica solo vestida con gasas, un frasco con el perfume ya evaporado.

Esto es lo que encontré de verdad, pero gracias a estos trasueños podría incluir otros tesoros. Por ejemplo, la pata del elefante que se paseaba por la Strand de Londres hace más de un siglo y cuyo esqueleto terminó en el Museo de Caza del Real Colegio de Cirujanos. Apareció muchas veces en mis sueños, avanzando por los pasajes de mi cerebro como si anduviera tranquilamente por una selva de la India.

En este sueño del *blackout* veo un Londres apocalíptico en el que despierta el dinosaurio del Museo de Historia Natural. Qué fabuloso verlo atravesar Hyde Park mientras las ardillas huyen despavoridas. Y por Bloomsbury aparecen los leones heridos de

Nínive, que han escapado del Museo Británico en estas noches de guerra.

Dentro del viejo que me sueña también se desarrollan batallas campales entre las células negras y las blancas, las del *blackout* y las de la vida. Avanzan las negras implacables, pero aún no han conseguido la victoria final.

Así que juguemos. Paseo por este Londres del apocalipsis para recoger los restos del cerebro frito de un campesino que murió en 1768 y que jamás imaginó que sus sesos, guardados en formol en el Hunterian Museum, hervirían siglos más tarde por culpa de una bomba de la Segunda Guerra Mundial. El cerebro frito de alguien anterior a que el mundo cambiara, un simple campesino que ni siquiera vivió las revoluciones y que pertenece a un tiempo miserable pero tranquilo, confuso pero previsible. Un hombre que contempla el atardecer cayendo sobre su plantación de patatas, yéndose a dormir tras una cena frugal, fornicando en silencio con su esposa bajo ásperos camisones sucios de sudores nocturnos y levantándose al alba para trabajar intensamente mientras crecen los hijos y van doliendo más los huesos, hasta que llega la muerte. ¿Cómo y por qué terminó su cerebro como objeto de estudio? El cerebro tiene pasajes en los que se quedan recuerdos olvidados y ahora veo cómo se fríen sus pensamientos de hombre simple, los atardeceres sobre el campo de patatas, los quejidos de placer, el dolor de la muerte. Todo en un espeso caldo que hierve.

La guerra fue un gran espectáculo. Crecieron en los escombros hierbas que no se conocían desde hacía siglos, como las margaritas Tudor o las amapolas georgianas, con nostalgia de las perdidas colonias americanas. Tuvo éxito en los rincones sombríos la violeta victoriana, aunque su naturaleza extremadamente delicada hizo que no sobreviviera a los crueles y sórdidos tiempos de la posguerra. Cuando estallaron las bombas en los muelles de la West India Company volaron por los aires especias que aromaron la ciudad varios días y arraigaron plantas coloniales en los jardines arrasados. Días de guerra y plantas exóticas.

Con las bombas del *Blitz* cambió el perfil de Londres, como ocurre con todas las ciudades en guerra. Desaparecen casas y campanarios, parques y plazas, y con esos edificios los mapas de sombras que proyectaban. Un día doblas la esquina y ya no existe el

edificio de la escuela. ¿Dónde terminaría mi cuaderno de clase? ¿Y aquella fórmula que el profesor dejó escrita en la pizarra?

La negrura es intensa ahora mismo. No veo nada aunque me parece escuchar un galope lejano. Un jinete que cada vez está más cerca. Aquí huele a resina, a pintura. Debo de estar dentro de un cuadro. Ya está aquí. Va tan veloz que casi no puedo verlo. Es Carlos II a caballo, sin cabeza, huyendo de las salas de la Galería Nacional. Cuántas horas pasé aquí contemplando la cara boba y lastimosa del rey decapitado e intentando comprender cómo el primer país que ejecutó a un rey seguía creyendo en la vieja farsa de la monarquía. Ahora me reconozco en el joven Hugh que trabajó con una beca en esta pinacoteca.

¿Cuáles eran los cuadros que más me gustaban? Cuando era pequeño había en casa un libro con cuadros de Rembrandt. Me encantaba pasar las tardes mirando esas pinturas llenas de *blackout* en las que los personajes salían de una oscuridad que solo existe en los aposentos del pasado. Una penumbra desaparecida, que pertenece a otro tiempo, a un tiempo iluminado por candelabros, velas y soles turbios.

Cuánto miedo me daba el buey desollado de Rembrandt. Yo creía que era alguien muy gordo y deforme al que habían descuartizado y colgado por haber hecho algo terrible. Un día que acompañaba a mi madre al mercado lo vi. Vi el cuadro de Rembrandt allí mismo, delante de mí, con ese cuerpo sin cabeza y abierto en canal mostrando un bodegón macabro de vísceras que apestaban. En aquel tiempo de hambre y racionamiento un buey destripado en el mercado era un espectáculo. Desapareció una mañana, cortado en minúsculos trozos que se vendieron a precio de oro. El buey mutilado de Rembrandt sirvió para aliviar el hambre del East End. Nunca volví al mercado y también dejé de repasar por un tiempo el libro de las pinturas.

Ahora vuelvo a caminar por las salas oscuras de la Galería Nacional y una luz sobrenatural surge del vientre oleaginoso de los cuadros. Veo a una anciana pintada —¿será otra vez de Rembrandt? — y descubro que el viejo que me sueña tiene las mismas arrugas. ¿Cuándo moriría la mujer del cuadro? ¿Qué vida tuvo? ¿Cuándo y por qué la pintaron? En el cuadro de al lado hay una joven pelirroja, llena de vida e incluso con una mirada pícara y descarada.

La vieja y la joven. La muerte y la vida.

En esta penumbra aparece ahora el retrato de un caballero que ríe. Violet me confesó que, siendo adolescente, se había enamorado platónicamente de ese hombre de otro siglo y del que ni siquiera se sabe su nombre. Le gustaban sus ojos vivaces, el rubor en las mejillas, el rubio ocre de sus cabellos, el bigote y la perilla. Decía que se notaba que se había criado con manteca de Flandes. Era un retrato de felicidad, salud y juventud.

Violet dice que Hugh se parece a él. Que yo me parezco a él. Bueno, me parecía. Ahora soy el niño que fue Hugh y que se ha colado en sus sueños de viejo moribundo. Así que aún no soy ese caballero que ríe, pero lo seré. Y por eso ella se enamorará de mí, como si me hubiera estado esperando desde siempre, desde la primera vez que vio esa pintura en una visita escolar al museo.

Es extraño. El caballero que ríe entra y sale de esta historia. Me miro al espejo para asistir al espectáculo de mi decrepitud. Se van dibujando en el rostro del caballero las arrugas de las contrasombras. Y así, hasta que surge el Hugh de ahora mismo, el que casi está a punto de despertar de este sueño que comenzó en un Londres apocalíptico con monstruos que caminan en una noche de guerra.

Pero él sigue mirándose en el espejo y tiene la sensación extraña de que otra persona ha entrado sigilosamente dentro de su cuerpo, dejando su huella y hasta su olor, dibujándole geografías ajenas en los ojos. Dándose cuenta de que el rostro es el cementerio en el que reposan todos los hombres que fue en cada jornada de su vida y que desaparecieron con la noche. Todos los Hugh que pudo ser y no fue. Eso que llaman la vida y sus ruinas.

En ese pueblo a medio camino del viaje final de su vida, Hugh encuentra un lugar que no reconoce. Una página en blanco. Un paisaje virgen. Aparcan en las afueras y Violet señala un letrero con el nombre del pueblo. No me lo digas, me da igual, dice Hugh. No quiero tener ninguna referencia ni compararlo con nada anterior. Violet lo lee, pero decide olvidarlo, porque sería una traición. Quiere embarcarse en la misma aventura que Hugh, como si el mundo y la vida aún estuvieran por descubrir y ellos llevaran livianas mochilas de jóvenes que emprenden su primer viaje en vez de un equipaje que es un lastre lleno de pasado.

Se alegran de encontrar pronto alojamiento, a pesar de que el pueblo está en fiestas. Han alquilado una minúscula habitación con baño en una pequeña casita del centro. Un lugar coqueto, con la fachada decorada con vigas de madera al estilo típico de esos pueblos franceses que parecen creados expresamente para aparecer en las postales. La habitación no tiene tanto encanto como el exterior, porque está decorada con muebles impersonales y el colchón parece demasiado blando, pero da igual. Allí solo se quedarán para dormir. Piensan pasar toda la jornada descubriendo el pueblo. Son dos jóvenes apurando la vida, sin detenerse a descansar, guiados solo por la curiosidad y las emociones.

Se sientan en un merendero donde se hacen degustaciones de quesos y vinos de la región. A Hugh le asoman pronto los colores en las mejillas y la punta de la nariz. ¿Sabes que así vuelves a parecerte a mi caballero que ríe?, dice Violet. Y ríen al recordar el hermoso, querido y entrañable retrato pintado por Frans Hals que Violet colgó hace muchos años en el despacho. Bromeaba diciendo que así ejercería cierta influencia especular y Hugh acabaría pareciéndose más a su amor platónico de la adolescencia. Ahora Violet contempla en este pueblo sin nombre cómo Frans Hals da las últimas pinceladas a su caballero que ríe, un caballero sobre el que pesan los años y otras sombras. Sé que me suplantará bien cuando no esté, dice Hugh, levantando su copa y brindando por el caballero que ríe.

Beben, pero se hace un incómodo silencio. Hugh se arrepiente de la broma porque de pronto ve su frase despojada de humor, desnuda y ridícula, desvelando lo que ocurrirá en casa cuando él ya no esté. Esa casa vacía en la que Violet contemplará todos los días el cuadro-espejo. La vida sin Hugh.

Una orquestina local comienza a tocar melodías populares. Sonríen intentando borrar la escena que ambos han intuido detrás de la broma inoportuna. Vuelven a brindar otra vez por la vida. O lo que quede de ella, porque estos días tienen que ser muy felices. Es una obligación, un pacto que no pueden traicionar poniéndose amargamente sentimentales.

Deciden dar un paseo para ver las casas típicas del pueblo anónimo. Hugh está convencido de que nunca ha estado allí, pero su memoria impaciente se empeña en comparar esta calle curva que

da a un mercado con otra que vio en un viaje por Valonia. Y está casi seguro de que si tuerce a la derecha, se topará con una casa de tres plantas pintada de verde que recuerda de una estancia en Lombardía. Este pueblo parece un cuaderno ilustrado que reuniera estampas de lugares que pasaron alguna vez delante de sus ojos. Su memoria provoca mecanismos del recuerdo que comienzan a agotarlo, así que decide rendirse. Ha sido absurdo pensar que podría contemplar el mundo como si lo hiciera por primera vez.

Por la calle del mercado aparece un desfile de gente disfrazada como antaño, con ropas campesinas arrancadas de los viejos álbumes de la familia. Se sientan para ver pasar la alegre comitiva, que a Hugh le trae a la memoria —qué remedio— uno de sus viajes a Florencia. Debía de hacer unos treinta años e iba acompañado por Violet. Tenía que presentar un libro de rutas históricas por la Toscana, pero antes de llegar a Florencia los sorprendió la noche y tuvieron que parar en un pueblecito. En medio de su divagación por los territorios de la memoria, se alegra de no recordar el nombre de ese pueblo, que llega al presente desnudo de letreros y etiquetas. También allí estaban en fiestas y la gente iba disfrazada de época. De hecho, tuvo la impresión de haberse sumergido dentro de un lienzo de Ghirlandaio. Violet incluso alquiló un precioso vestido de corte renacentista y a él le pareció la mismísima Giovanna Tornabuoni pintada por el maestro italiano.

Mira ahora de reojo a Violet mientras pasa la comitiva histórica que va ofreciendo panes de fabricación artesanal al público. A él le sigue pareciendo tan hermosa como en aquel lejano viaje y se sorprende de que la luz haga aún más traslúcida la piel de su cara, un cutis que ya es un delicado pergamino lleno de arrugas, pero que parece pintado con finísimo albayalde. Violet se da cuenta de que su marido la mira y le sonríe cómplice. Ahora mismo le hubiera gustado hacerle una fotografía y guardarla para siempre porque sospecha que los recuerdos podrían difuminarse. Sabe que con el tiempo necesitará agarrarse a las imágenes y siente pavor al pensar que un día pueda borrarse el recuerdo del rostro de Hugh y sea suplantado poco a poco por su caballero que ríe. Y medita sobre la posibilidad de quitar ese cuadro cuando regrese, para que nada haga sombra a la imagen real. ¿Recuerdas aquel pueblo de la Toscana en el que la gente también iba vestida de época?, pregunta

Hugh. Y Violet se alegra de que aparezca en escena el recuerdo común de aquel viaje florentino. Es hermoso recrearse en el tibio caldo del pasado. Hace frío en el futuro.

Ese libro de rutas históricas fue un libro afortunado que a Hugh le valió elogiosas críticas, varias ediciones e incluso un premio del Ministerio de Cultura de Italia cuando se tradujo porque se consideró que otra vez los ingleses daban una lección a los italianos en la reivindicación de sus propios tesoros. Quizás ahora un libro de ese tipo no tendría tanto éxito popular. Los pocos y exquisitos lectores de siempre cada vez eran más ninguneados por las editoriales, que no dudaban en rendirse a los pies de los lectores menos exigentes, más burdos, los lectores que no leen, pero que eran mucho más numerosos. Desgraciadamente, las salvajes leyes del mercado habían entrado en el mundo de la cultura y lo que se imponía era un panorama desolador. Hugh es consciente de que, para alguien como él, quizás no era mal momento para salir de escena. Me acuerdo de que en aquel viaje tuviste un sueño muy hermoso, dice Violet para seguir evocando los recuerdos felices, pero Hugh se queda extrañado. No recuerda nada y supone que tal vez los sueños raros de los últimos días están confundiendo su memoria, expulsando a los sueños antiguos y ocupando toda la reserva de su exhausto y archipoblado cerebro. Puede que los sueños nuevos sean como el mal que lo corroe por dentro y que devora sus células para sustituirlas por otras enfermas y anómalas. Sospecha que el mecanismo perverso hace que fabrique sueños raros que están cambiando su identidad. Aunque, al evocarlos, piensa en cuánto se identifica con ellos, mucho más que con los anteriores, los sueños normales que solo eran material de desecho de su cerebro. Ya no le ocurre como cuando estaba sano y al despertar tenía que borrar las distorsiones de las pesadillas, expulsar las ficciones oníricas y recomponer su historia anterior a la interrupción del sueño. Ahora no, ahora es como si con sus sueños se leyera por dentro. Sueños narrativos que forman un perplejo retrato, una autobiografía audaz. Me dijiste que habías tenido un sueño erótico, insiste Violet, despertando a Hugh de sus divagaciones, y yo esperé como una ilusa cierto protagonismo en la historia, pero confesaste que habías paseado por Florencia como si fueras el *David* de Miguel Ángel.

Y entonces a Hugh se le aparece completo ese olvidado sueño en el que imaginó ser el hermoso coloso. Un David como el que fue transportado desde el taller del artista hasta la plaza de la Señoría y que en el tránsito de un lugar a otro parecía un gigante que paseara por Florencia, cuya cabeza alcanzaba las ventanas de los edificios más altos. Yo me asomaba a las alcobas donde aún dormían damas que amanecían sin sábanas en sus camas, recuerda Hugh con picardía. Y viste una doncella que se reflejaba en un indiscreto espejo, continúa Violet, simulando estar celosa. Imagina el tumulto que se formó abajo en la calle al ver cómo cambiaba mi naturaleza de coloso por la visión del aposento, ríe a carcajadas Hugh. Y entonces ella no puede evitarlo y saca rápidamente del bolso su cámara para hacerle una fotografía por sorpresa. Ahora sí, ¿te pareces o no a mi caballero que ríe?, dice Violet, feliz porque Hugh se ha dejado fotografiar y no parece sospechar que ella guarda un álbum secreto.

Ya está, ya lo tiene. Conservará ese rostro feliz para siempre. Está satisfecha y ya imagina hasta el marco en el que colocará esa fotografía que resume la absoluta felicidad de un instante. Un bálsamo contra la soledad que le espera.

En la conversación siguen sucediéndose escenas divertidas en las que se encadena el sabor de la pasta fresca que probaron en el mercado de San Lorenzo, ¿era de pera y limón o de albahaca y atún?; el olor intenso a lluvia en los jardines de Boboli y el recorrido por la iglesia de la Madonna della Santissima Annunziata. Violet recuerda con emoción esa iglesia y las historias relatadas por Hugh. ¿Cómo podrá volver a viajar sin el consuelo de sus cuentos y sus fabulosos paseos por las dimensiones del pasado? En la Annunziata me dijiste que en esa capilla colgaban piernas, brazos, corazones y cabezas, dice Violet, sin querer salir del pasado. Y Hugh vuelve a recordar aquella historia sobre los exvotos de la capilla, que daban un aspecto tétrico y macabro al lugar, aunque en realidad representaran todos los milagros que supuestamente había concedido la Madonna. Un día las autoridades quemaron aquellos exvotos de cera. Esos despojos eran un criadero de suciedad.

Hugh, educado en el mundo protestante, también sentía repulsión cada vez que visitaba alguna iglesia católica en la que colgaban esas ofrendas, pero en el fondo adoraba encontrar aquellas

piezas de un pasado no totalmente desaparecido. Era como si esa versión del cristianismo no hubiera perdido las ficciones, la carga mitológica, la deliciosa mentira.

Los mejores exvotos, capaces de inspirar historias milagreras, los había visto en España, en una antiquísima capilla barroca en un pueblo del sur. Ya no se trataba de los pequeños exvotos que simulaban vísceras o trozos del cuerpo que habían sido curados por una supuesta intercesión divina. No, allí, colgando de las paredes de la capilla —como debieron de estar en la Annunziata antes del viento higienista del Siglo de las Luces— había decenas de trajecitos de bebé oscurecidos por el polvo del tiempo y el humo de las velas. También vio trajes de toreros que se salvaron milagrosamente de peligrosas cornadas y cuyas chaquetillas aún conservaban, enredados en sus alamares, pelos de toros bravos. No faltaban otros objetos intrigantes que invitaban a la crianza de leyendas y fabulaciones. Trenzas de muchachas vírgenes sanadas de fiebres mortíferas y cuyos cabellos habían perdido el brillo, como si fueran pelucas de muñecas. Una navaja en cuyo filo aún quedaba un rastro de sangre seca que podía proceder de una reyerta que no acabó en muerte. O una gran espina de pescado, anudada al dedo índice de la Virgen venerada, que sugería el milagro probable de alguien que logró expulsarla antes de ahogarse mientras imploraba la salvación divina. Una de las mejores cosas de aquel viaje fue la visita al corredor de Vasari, dice Violet arrastrando de nuevo el pensamiento de Hugh hacia Florencia. Era un pasaje creado por los Médici que conectaba el Palacio Vecchio y el Palacio Pitti y que albergaba una colección de autorretratos. Estaban todos los maestros del pasado, dice Hugh, animado por el nuevo recuerdo, todos posando para la posteridad y diciendo: ¡Contempladme, los que aún no habéis nacido!

Habían paseado entre los autorretratos totalmente extasiados, sabiendo que recorrían una máquina del tiempo, una carrera de siglos en la que se veía a un Tiziano de mirada astuta embutido en un traje de mangas acuchilladas, un travieso Johan Zoffany con elegante casaca dieciochesca o un Velázquez de sombrías luces barrocas. ¿De qué hablarían por las noches cuando se quedaran solos? Hugh recuerda que hubo un momento en el que creyó escuchar sus conversaciones.

Hace treinta años no escuchó nada. Era solo una sugestión, pero ahora está seguro de que sería capaz de percibir conversaciones inexistentes. Ahí está su tercer oído, su oído interior, el que ha desarrollado con la enfermedad y que le permite escuchar los ecos del mundo. Ahora mismo, por ejemplo, está oyendo algo dentro de sí mismo. Algo que comienza a descomponerse, que inicia su desaparición y para lo que ya no hay marcha atrás. Una conversación de fantasmas en su particular corredor de Vasari, donde cuelgan autorretratos de Hugh en todas las épocas de su vida.

De pronto, salen expulsados de los amables rincones del recuerdo al oír gritos del público que asiste a la fiesta del pueblo sin nombre. Se acercan y ven una escena dantesca. Un joven ha sido atropellado por uno de los tractores convertidos en carrozas para el desfile histórico. Violet aparta la mirada, pero Hugh sí lo ve. Ve al joven con medio cuerpo aplastado y no puede dejar de mirar, hechizado por el horror, concentrándose en detalles terribles e incapaz de asumir el garabato sangriento de vísceras que le sugiere la forma espeluznante de un nido de serpientes. Y entonces recuerda la escena descrita por Malaparte en *La piel*, cuando un hombre muere atropellado por un carro de combate de los norteamericanos que han liberado Roma y festejan la victoria. Esa «alfombrilla de piel humana» está allí como en la novela de Malaparte, transformando la alegría de la fiesta en una tragedia por culpa de un traspié. Qué muerte tan absurda y, sin embargo, qué liberadoramente rápida.

Se enfada consigo mismo por comparar la muerte de ese muchacho con uno más de sus recuerdos librescos, sin darle a ese joven la posibilidad de tener una muerte única y diferente que no tenga que ver con algo ya narrado o leído antes. Está harto de ser tan viejo y haber vivido y leído tanto como para que las cosas parezcan una repetición o una versión perversa de lo mismo.

Hugh busca una nueva rareza: un perfume que tenga aroma de mostaza. Llevan un día en Dijón y quiere que Violet se lleve en la maleta un *souvenir* con ese olor intuido en la lluvia de la víspera, cuando paseaban por la ciudad. Según Hugh, los residentes desprenden aquí un sutilísimo aroma a mostaza porque forma parte de la dieta local en todas sus versiones. Su olfato delirante no se

conforma con limitar el intenso y picante sabor de la mostaza a la mísera condición de un simple condimento sino que le lleva a asociar olores extraños y sinestesias audaces. La ropa tendida en las azoteas soleándose se llena del viento amostazado que impregna a los habitantes de Dijón y se adentra en los pulmones para habitar dentro de su sangre.

Sonríe pensando en sus juegos de olfato, que terminan en deducciones extravagantes y absurdas, como le ocurrió hace muchos años en un viaje a Perú. Un ceviche aderezado con delicioso aceite de maíz le sentó mal y a partir de ese momento comenzó a sentir repulsión por casi todo lo que comía, porque el maíz era la base de la comida peruana. Rechazaba los guisos al descubrir el maíz en parte del proceso de cocción, despreciaba el pescado frito con harina de maíz y hasta un bizcocho que parecía libre del sagrado ingrediente. Ahí estaba, oculto y disimulado, en la masa o quizás en las manos de quien preparó el dulce. Era imposible escapar a la maldición del maíz. Decidió rendirse cuando un día, al entrar en un cuarto de baño y secarse con una toalla, también halló el aroma agazapado en el tejido. ¿Cómo era posible? Pensó que aquella toalla, tras haberse lavado, había sido tendida para secarse en algún patio al que daba la ventana de una cocina en la que inevitablemente se guisaba a fuego lento el maligno y perverso maíz de sus pesadillas digestivas, quedando así atrapado en la tela. Como este aire de mostaza que impregna en Dijón el alma de las cosas.

Violet se ha quedado descansando en el hotel después del opíparo almuerzo, naturalmente condimentado con mostaza de Dijón en salsas, caldos, bebidas y hasta en un delicioso helado. Él, mientras tanto, pasea por la ciudad buscando algo parecido a una colonia de mostaza. A veces sonríe por dentro ante su rareza. Ya lo ha intentado en otros lugares: atrapar el olor de las ciudades, aunque sea en las falseadas fórmulas químicas de la industria perfumística. A veces tenía que ver con quintaesenciar el aroma de la flor típica, de la fruta más común o incluso de la bebida o el alimento característico de un lugar, como le ocurre ahora en Dijón. En casa guarda esencia de violetas de Toulouse, agua de limones de Capri, de azahares de Sevilla y también colonia con aroma de azafrán de San Gimignano, en la hermosa y apacible Toscana. Otra

vez, el lugar al que quiso retirarse al final de su vida. Allí, en San Gimignano, descubrió al pasear por sus calles un leve aroma a azafrán que flotaba en el aire, rodeando las soberbias torres, esos rascacielos medievales que se levantaron por la prosperidad del comercio de la preciada especia.

Hugh se aficionó a la búsqueda del perfume de cada lugar y, si bien en su colección había fórmulas muy conseguidas, en otros casos se trataba de farsas que solo servían para engañar a narices incautas. En la galería de *topoaromas* acumulaba muchos fracasos, como su infructuosa búsqueda del perfume de maíz de Lima —se obsesionó con buscar al ingrato responsable de sus fatigas—, el agua de malta fermentada de Praga o la colonia de arroz de Tokyo. Nunca consiguió encontrarlos.

Así que ahora se lanza a buscar el perfume de Dijón concentrado a base de mostaza. Le divierte. No es más que un juego, un divertimento para aplazar la muerte, una distracción para no pensar en otras cosas. Por ejemplo, en cómo, sin que apenas lo perciba, va cambiando el olor de su cuerpo. Ya no se trata de esa inevitable fermentación que desprende su piel de anciano. Es algo que va más allá, algo semejante a la destilación de un perfume cuya fórmula de fabricación es errónea o fallida porque se ha introducido un ingrediente que convierte todo en acíbar, vitriolo, veneno. Un vago hedor encubierto bajo el sudor normal, que asoma para advertir que algo no marcha bien. La pista que seguían los médicos humorales de la Antigüedad para descubrir enfermedades guiándose por el olor de los orines o los excrementos.

Una vez leyó que la gente triste pierde su olor, pero no es solo eso. Ha perdido muchas cosas y ya no se reconoce en los olores que salen de la caverna de su cuerpo. En el baño no hay nada que quede de Hugh de Galard, de ese olor que era también parte de su identidad, un hedor propio, mezcla de vida y putrefacción, como el caldo íntimo en el que se cuece la naturaleza del cuerpo. Recordaba cuando era niño y compartía esos momentos con su hermano, los orinales juntos en el aseo y su madre llamándolos detrás de la puerta, esperando a que terminaran. Su hermano se colocaba en un rincón y él en otro, y allí jugaban y se reían sin pudor. Reconocían sus olores y Hugh era incluso capaz de deducir si su hermano se había hartado de guisantes o de pudin de ciruelas porque quedaba

en el retrete una nube amarga y alcaloide. Pero ahora hacía mucho que Hugh no era Hugh y que la caverna de su cuerpo era un laboratorio de ensayo para la muerte. Un lugar alquímico con olor a medicinas y cosas rotas.

Hugh de Galard es una *vanitas* andante que pasea por Europa, una *vanitas* huida, quizás, de un viejo museo olvidado, con un reloj de arena por vientre y una fruta a punto de corromperse por corazón. Un bodegón ajado, lleno de vasijas destrozadas y una copa con sangre dentro —su sangre—, que debe de oler a estas alturas a rosas sin pétalos. Una calavera que se dibuja audaz sobre la mesa proyectando la sombra de lo que fue y que un día se llamó Hugh de Galard. Un lienzo con flores barrocas en el que se adivina un escarabajo, a la espera de que todo se marchite. A fin de cuentas, la muerte no es más que una cuestión de paciencia.

En su paseo meditativo y aromático por Dijón llega hasta el famoso palacio de los duques de Borgoña. Le apetece deambular por los salones de la vieja estirpe. Allí dentro huele a maderas solariegas y a mármoles. Hugh intenta evitar a las ruidosas corrientes de turistas y se adentra en una estancia más alejada, que debió de albergar la cocina del palacio. Le parece descubrir cierto aroma de mostaza antigua flotando en el aire, pero descarta este nuevo delirio de su olfato. Camina sin rumbo hasta que llega a la sala de las tumbas de los duques de Borgoña. Aquí reina el silencio y Hugh reconoce que es el lugar más tranquilo y placentero del palacio. Podría admitir que siente cierta sensación de felicidad al saber que tampoco le falta tanto para el sueño eterno. Y piensa en la serena elegancia con la que se pudrieron estos duques. ¿Cómo sonará dentro de sus tumbas la melodía monocorde de las noches de lluvia, el estruendo de las tormentas y las voces de los vivos?

El ruido del rebaño turístico lo despierta de sus ensoñaciones, justo cuando se había colado, en el sueño abstracto del duque de Borgoña, Juan Sin Miedo. En su divagación de ultratumba no se ha dado cuenta de que no está solo en la sala. Una señora lo observa con una atención excesiva, como si lo reconociera de algo. Pero rápidamente se olvida de Hugh para dirigirse con avidez al grupo de turistas. Se presenta y rápidamente consigue hechizarlos contando anécdotas banales sobre los duques: leyendas, amantes, pavorosas enfermedades. Tiene habilidad para el relato. Cuando se

adentra en una parte supuestamente interesante de la historia, ahueca la voz, creando suspense. Esta mujer le hace recordar a otra que tenía olvidada desde hace mucho tiempo. Era una mujer española que solía acudir casi todas las tardes a la Galería Nacional y que vestía con la intención de que la confundieran con una reencarnación de Simone de Beauvoir, con su típico pañuelo-turbante.

Hugh trabajaba entonces con una beca en la pinacoteca y acudía por las tardes, de lunes a viernes. Ella siempre estaba allí, en la sala en la que se exhibía un cuadro de Tintoretto frente al que se llevaba largas horas. Por esa razón, al principio creyó que era una amante de la pintura italiana que necesitaba acudir cada tarde a contemplar el hermoso lienzo. Pero pronto se dio cuenta de que todos los días hacía lo mismo. Cuando aparecía un grupo de españoles, abandonaba su sueño hipnótico frente al cuadro para dirigirse a sus compatriotas. Hugh veía, bajo su apariencia de dulzura y cortesía, ciertos rasgos de felino o ave rapaz al acecho. Y, sin duda, sus paisanos eran las piezas que necesitaba para alimentarse cada tarde.

Hugh no dominaba el español, pero sí entendía algo de las conversaciones y fue reconstruyendo parte de la historia que la extraña mujer relataba a los turistas. Primero los captaba con el truco de la complicidad que se crea de forma inmediata cuando alguien encuentra a un paisano en el extranjero. Luego les explicaba un curioso detalle del cuadro, basado en un espectacular juego de perspectivas. Todos quedaban fascinados. Entonces comenzaba a contar su historia en Londres, una historia que él sospechaba que era mitad realidad y mitad ficción, porque cada día introducía cambios y daba distintas versiones. En el fondo le parecía una narradora de fabulaciones, de historias inventadas que sabía cómo conseguir la atención de su público envolviendo a las víctimas en una pegajosa telaraña. Naturalmente, yo les cuento esto porque sé que nunca volveré a verlos, terminaba diciendo a los turistas, que veían cómo se alejaba de la sala mientras ellos se quedaban sorprendidos y un poco bobos ante el cuadro de Tintoretto.

Hugh siempre pensó que era una loca o quizás una novelista frustrada que necesitaba ofrecer sus ficciones para no quedar empachada por las fantasías que fabricaba sin descanso. Por entonces aún era un joven siervo de sus fiebres hormonales y fraguó

también una delirante biografía sobre aquella española que engatusaba a los turistas. Imaginó que en realidad se dedicaba al discreto comercio sexual para señores mayores con gustos excéntricos. La imaginó vestida de cuero y azotando las nalgas rosadas de viejos con tendencia al sadomasoquismo o provocando a voyeristas masturbadores. Su pasión por Tintoretto no era más que una coartada, una pista falsa. Y su búsqueda de oyentes españoles, una debilidad nostálgica por la patria perdida. Poco a poco Hugh comenzó a verla con otros ojos. No era hermosa pero sí sabía sacar partido a las virtudes de su rostro.

Un día la abordó y estuvieron hablando durante un rato sobre Tintoretto. Aquella tarde descubrió —en un asalto rápido y algo sucio en la planta segunda de los almacenes— que sus senos eran un pellejo triste y arrugado, y que bajo el pañuelo a lo Simone de Beauvoir se escondía una peluca. Nada tenía que ver con la madama experimentada que él había imaginado. De hecho, la mujer misteriosa dejó todo en manos de un Hugh aún más bisoño en estas cuestiones. Y ahora cree recordar que su cuello olía a mostaza, aunque achaca la sugestión a la atmósfera de este palacio ducal que aún huele a antiquísimas sopas aderezadas.

Después de aquel sórdido encuentro, intentó evitarla, no pasar jamás por la sala de Tintoretto por si se topaba con ella, pero lo cierto es que nunca volvió a verla. Aun así, siguió fabulando con su vida, imaginando qué había sido de ella y aportando incluso versiones delirantes, como las que había escuchado de sus labios en aquellas tardes en la pinacoteca. A veces, sin saber por qué, se acordaba de ella.

Años después de su estancia como becario y tras recorrer el mundo en múltiples viajes, Hugh volvió a reunirse con los antiguos compañeros del museo. En medio de las charlas de camaradería aprovechó para preguntar al vigilante de la sala de Tintoretto si recordaba a aquella señora española tan singular. Le dijo que se había suicidado hacía varios años. Después del golpe inicial por la noticia, Hugh se sintió reconfortado por haberla mantenido viva gracias a sus ficciones. Era una difunta que solo seguía existiendo en su memoria, como si los muertos no fueran más que una invención de los vivos. Y ahora piensa con tristeza en sí mismo y en si habrá alguien que continúe imaginando su vida, esa mínima vida

que ya se le escapa de las manos.

Se levanta del asiento. Tiene las piernas entumecidas porque lleva sin moverse un buen rato. Pasa al lado de la señora que sigue engatusando a los turistas y ve en sus ojos —o, al menos, así quiere creerlo— un aire vagamente familiar al de aquella muerta tan lejana, pero que ha vuelto a revivir por este intrigante aroma de mostazas.

Sale del palacio y se alegra de recibir la brisa fresca de la tarde. Atraviesa un parque y se asombra de encontrar extrañas formas en los árboles y también en los animales que pasan a su lado. De pronto recuerda al loro de Flaubert en Ruán y sus ojos disecados. Tiene la sensación de que esa mirada de espantajo le sigue los pasos desde entonces. Un perro no deja de ladrarle, como si hubiera descubierto a un enemigo y los pájaros vuelan bajo, amenazando con despeinarlo.

No es la primera vez que le ocurre esta absurda idea de ser observado por las cosas, los animales o las plantas. Recuerda con horror cómo el jardín de su casa comenzó a amenazar con metamorfosis extrañas. Hugh descubría que el arbusto de lavandas se convertía en la forma de un cuerpo amortajado o que el roble que crecía frente al ventanal del salón adquiría la forma de un patíbulo.

Sucedió en los días en los que supo que la enfermedad ya no tenía marcha atrás. Fue entonces cuando se obsesionó, como no podía ser de otro modo, con la muerte. La muerte se aparecía en todas las cosas, pero sobre todo en las cosas inanimadas o en los animales sin alma. Una tarde creyó conversar con una hormiga de su jardín.

Las hojas secas adoptaban la forma del cadáver de un pájaro con las alas rotas, los charcos adquirían el perfil de insectos aplastados y las nubes parecían leones muertos. Una tarde, al pasar por un parque en el que unos niños jugaban a la rayuela, vio cómo dibujaban con tiza su propio cadáver. Esperó a que se hiciera de noche y se marcharan, y entonces cogió una piedra a modo de tejo y comenzó a saltar a la pata coja, sin rozar las líneas dibujadas de sus piernas, el cuerpo convertido en varias casillas que representaban la vida y sus dificultades, apoyando los dos pies y luego cojeando, guardando el equilibrio y así, hasta llegar a la

meta. Saltando sobre el fantasma que sería. Algún día de estos…

No sabe por qué pero necesita seguir caminando. ¿Adónde se dirige? ¿No tendría que regresar al hotel para encontrarse con Violet antes de la cena? ¿Por qué continúa adelante sin rumbo, como un *flâneur* que vagabundea dentro de su cadáver pintado de tiza? Se da cuenta de que está llegando a una zona de las afueras con calles sin asfaltar y muros sucios en los que hay pegados viejos carteles de espectáculos que se celebraron hace mucho tiempo, con los colores desvaídos, casi borrados por la intemperie. Nadie se molestó en retirarlos y siguieron pegando uno encima de otro, así que ahora tienen las esquinas vencidas por el peso. Parece que saludaran con una reverencia a los pocos peatones que atraviesan este Dijón desolado y vacío.

Llega a un polígono que a esa hora comienza a deshabitarse de trabajadores que se dirigen a sus casas a descansar. Qué felicidad poder regresar a casa después de una aburrida jornada de trabajo, piensa, mientras continúa su deriva por el extrarradio.

La ciudad moderna se va transformando en un Dijón desdibujado, una parte del mapa que se quedó a medio hacer o que alguien olvidó terminar. Ve a lo lejos unas cometas sobre el cielo que hacen trazos caprichosos en el aire y que le parece que son palabras dibujadas destinadas a que él las lea. Pero no lo hace y continúa caminando.

De pronto, le llega un hedor a basura quemada. A lo lejos ve una columna de humo. Es un asentamiento chabolista, probablemente de inmigrantes porque hay letreros con grafías árabes y otras que no reconoce. Le inquieta ver que no hay nadie, aunque por un momento cree escuchar risas y canciones de niños. Quizás están escondidos y corren entre los desechos o están escondidos tras los tablones y paneles oxidados. No se atreve a acercarse y se limita a observar desde una prudente distancia. En el fondo lamenta su cobardía, ese temor inculcado por tantas noticias y discursos de los que temen a los extranjeros. Y piensa en esta lamentable reacción de su amada Europa, nutrida de nuevo por perversas corrientes nacionalistas. El bucle melancólico que aparece cada siglo para alimentar a los bárbaros y sus guerras.

Observa ese otro Dijón de pobreza y hambre. Seguramente es el miserable hogar de jornaleros contratados para trabajar de sol a sol

en los campos cercanos o en las fábricas que rodean la ciudad. Imagina qué dejaron atrás, cuál es su historia. De pronto descubre a alguien que se mueve entre las chabolas y la basura. Es una niña pequeña negra que juega sola dando vueltas alrededor de la fogata. Canta, ríe, aplaude como si viviera junto a otros niños una divertida tarde de juegos. Pero está inquietantemente sola. ¿Será otro más de los fantasmas que ha intuido en este viaje de recuerdos y ruinas? Aparta esa nueva idea absurda. La niña es totalmente real. Tendrá unos diez años y tiene una hermosa piel de ébano que brilla al débil sol del atardecer. ¿De dónde vendrá? ¿Habrá nacido en Senegal? ¿En Mauritania? ¿En Mali? Si pudiera ver de cerca sus ojos, quizás adivinaría los paisajes que aún guarda en su pequeña memoria. O tal vez los ha olvidado. Puede que, junto a su familia, haya dejado atrás guerras, hambrunas y epidemias atroces. Por eso olvida, para continuar viviendo. ¿Tendrá futuro en Europa? Piensa Hugh que ojalá pudiera seguir el curso de su existencia, saber si podrá ir a la escuela, trabajar con dignidad, salvarse y tener una oportunidad en este mundo «civilizado», forjado también por siglos de guerras, hambrunas y epidemias. El porvenir de la niña es un mapa lleno de complejos accidentes geográficos. Europa también debería ser suya.

Decide alejarse pensando en esa niña y en ese Dijón de chabolas miserables, que acaso protejan de las intemperies de la vida. Allí sí que sonarán las tormentas, piensa, recordando el silencio placentero de las tumbas de los duques de Borgoña.

Hugh & Violet

Entrar en una casa en silencio, una casa que lleva solo algunos días sin sus dueños, pero en la que hay una extraña atmósfera de ausencia, como si las paredes intuyeran que algo no regresará, que nada volverá a ser igual. Me adentro en la casa de Hugh y Violet, en mi casa. Está a oscuras, pero lo veo todo. Lo recuerdo todo. Es mi refugio, el lienzo o el libro en el que se puede leer mi biografía.

Ahí están los cuadros de aguadas y marinas, los libros marítimos y de viajes que donaré a la universidad. Los cuadros de escenas de caballos en la campiña que Violet colocó en la pared más amplia del salón, rodeando la ventana que da al jardín, como una pequeña ficción campestre.

A la izquierda se encuentra la cocina, en la que descubro un olor familiar flotando en el ambiente: el olor acre de los pepinos encurtidos. Quedaron olvidados en el frigorífico y seguro que ya están descompuestos. Me gustaban cuando era pequeño por ese sabor un punto agrio y fortísimo. Mi madre los escondía porque yo había sufrido más de un empacho.

Sigo caminando a oscuras, dejándome llevar solo por el recuerdo de los olores. Ahora huele intensamente a madera, a madera de bosque umbrío en el que acaba de llover. Ahí está el violín de Violet, junto a la inevitable reproducción de la partitura del *Mesías* de Haendel. Un violín cuya madera fue escogida en una preciosa ceremonia con su lutier. Viajaron hasta uno de los bosques de Berkshire, cerca de la casa de la familia de Violet. Ella fue abrazando los troncos, escuchando el alma de los árboles, hasta que eligió uno. Decía que dentro del árbol había oído la voz del bosque y un sonido como de galopes de hacía siglos. Talaron el árbol y de ahí salió su violín, en cuya espalda quedó un nudo de la madera que parecía un símbolo del infinito. Aquí está, esperando a que vuelvan a tocarlo, respirando en la oscuridad, viendo cómo pasan

las noches en medio de esta soledad turbia y pavorosa.

Hay otras cosas que suenan en la oscuridad, como los cuadros de escenas musicales con ninfas tocando violines, ángeles soplando trompetas celestiales y dioses durmiendo al arrullo de las arpas. El que más le gusta a Violet es el de un ermitaño que rechaza la seducción de hermosas damas que tocan instrumentos. La música que simboliza el placer y la lujuria de los sentidos de los que se privan los ascetas.

En el salón entra la luz de la tarde a través de la ventana mirador, el lugar preferido de Violet cuando llueve o hace demasiado frío para salir al jardín. Ahora me gustaría pasear por el jardín. Un jardín pensado, organizado según colores, aromas y luces. La fragancia de las rosas blancas es más intensa por la tarde, por eso hay que colocar los arriates donde da el breve y efímero sol inglés del mediodía. Ella ideó el jardín según las horas, el sol y las sombras, los vientos y dónde caería la lluvia. Yo ordené los espacios del jardín según los olores para que las rosas no eclipsaran a los pensamientos, los lirios o las aquilegias. Mi mayor triunfo había sido el merendero de los heliotropos. El aroma de la vainilla se acoplaba a la perfección al sabor del té. Allí lo tomábamos todas las tardes. Nos veo ahora, felices, puntualísimos, en el mejor momento del día. Si Violet no tenía concierto y yo no estaba de viaje, nos encantaba coincidir a esa hora. Luego cada uno seguía con sus cosas: yo con mis libros y la programación de los itinerarios y ella ensayando con su violín en el gabinete de música.

Ahora mismo ellos —estos Violet y Hugh de aire y sueño— están tomando el té y aspirando el aroma dulzón y delicado de los heliotropos. Y observan que se levanta un poco de viento que agita la cinta-melena de los Small Faces que hace años colocaron entre las ramas del roble. Me parece que vuelve a sonar la melodía.

También oigo otros sonidos.

Los pulgones que devoran los rosales desde hace unos días.

Cuando Violet regrese, los rosales ya no existirán.

Hace frío. Quizás comienza a anochecer, pero ¿de qué día?, ¿dónde estoy?, ¿cuánto falta? Entro en la casa. Aquí también hace frío. Y era una casa tan cálida… Ya siempre hará frío. Estaba pensada para que cada habitación guardara la calidez, con las chimeneas colocadas estratégicamente y las ventanas situadas para

que entraran el sol tibio y el delicioso aroma de la lluvia.

Cuánta felicidad ha quedado aquí atrapada. Ahí cuelga el cuadro del caballero que ríe, cuya carcajada suena en medio del silencio. Una sonrisa que recorre la casa, sale de mi biblioteca, se interna discreta en el gabinete de música de Violet, con cuidado de no perturbar la melodía de los músicos pintados, entra en la cocina para buscar manteca de Flandes, aunque termina comiendo pepinos encurtidos, y luego sube a los dormitorios.

Pero yo aún no quiero subir a los dormitorios. Quiero quedarme en la biblioteca y repasar las viejas ediciones de Everyman, con sus tapas de color aceituna, en las que aprendí a hacerme un hombre de provecho, la enciclopedia de lo que debe saber todo ciudadano británico, para luego seguir descubriendo el mundo a través de los libros, viajando por las épocas en fabulosas aventuras librescas.

Ahí está la edición especial de la historia de un viaje de seis semanas con destino a Ginebra. Los poetas románticos que atraviesan la Europa de pueblos asolados por las guerras napoleónicas y están a punto de entrar en una época gélida y conservadora en la que las ciudades terminarán llenándose de barricadas revolucionarias. Los Shelley recorriendo una Europa en ruinas a punto de reinventarse otra vez.

De Londres a Ginebra.

Fin de trayecto.

Fin de biografía.

En eso estamos ¿verdad, Hugh? Al final del viaje o al principio de todo. Pero no despiertes aún. Me queda subir al cuarto. No, no te empeñes en seguir en la biblioteca. Ya sé que has dejado notas con mensajes dentro de los libros para que ella los encuentre algún día. No los habrás dejado en los que donarás a la universidad, ¿verdad? Qué inquietante sería para quien los hallara. Quién sabe si habrá otros Hugh que seguirán la pista del señor Louis Kent de tus ejemplares en las librerías de viejo. Pobres espectros perdidos dentro de un volumen sin dueño. ¿Quién inventará tu historia, como tú hiciste con él?

Ya es hora de subir. En la escalera están colgadas las fotografías de objetos del álbum de Violet. Está la taza de porcelana de Sèvres que se te rompió una tarde tomando el té, la regadera verde que le regalaste en tu viaje a Polonia —¿cómo desapareció?, ¿estará

enterrada en algún lugar del jardín?—, la cucharita con vuestras iniciales grabadas —un poco cursi, ¿no?—, el azucarero comprado en la Cartuja de Sevilla. Todo lo que un día se rompió o se perdió.

¿Colocará ella tu último retrato sonriente al final de la escalera?

Ya entro en la habitación. ¿Cómo se podrían resumir los olores que dos personas han dejado durante cuarenta años en una casa? ¿Qué mezcla enumerar aquí? Grasa de pelo, perfume, sudor, respiración, ropa usada, células muertas de la piel, cabellos. Todas las canas que reposan en la cañería del lavabo desde hace años, sedimentadas en las tuberías con restos de jabón, uñas cortadas y saliva fluorada escupida tras lavarse los dientes. Una pasta untuosa que podría llamarse Hugh & Violet. Una piedra bezoar alojada en el estómago de la casa, siempre a punto de perderse por las alcantarillas del monstruoso Londres.

Abro el armario y la huella Hugh & Violet ya es total. También hay ramitas de lavanda guardadas en los cajones. En el altillo veo mi caja de cromos de soldados, con los característicos dibujos de época eduardiana. Mis preferidos eran los *poilú*, los soldados franceses que luchaban en la Gran Guerra con sus quepis y los pantalones rojos que los convertían en el blanco perfecto para el sofisticado armamento alemán. Pobres *poilús*, agonizando en las trincheras porque les habían puesto uniformes anticuados, muriendo en los mismos campos de Francia que ahora recorro yo en mi último viaje.

Por nada del mundo quería cambiar mis *poilús*. Quién me iba a decir que mi batallón de soldados me acompañaría en la última batalla.

También están los zapatos y mi chaqueta de terciopelo y los pantalones de pitillo de mi breve etapa de *Teddy Boy*. Mi tocadiscos roto y la colección de vinilos que compré con el primer sueldo. Toda la vida dentro de un armario que huele a Hugh & Violet con lavandas.

Pero hay un abismo en los cajones vacíos y en las perchas, que se balancean porque ya no sostienen prendas. Decidí deshacerme de mi ropa para que ella no la viera al regresar. Era estremecedor pensar en la escena de Violet oliendo mis camisas cuando ya no esté. Es terrible cómo los vivos se aferran a las minúsculas huellas de los muertos. Escogí las que me llevaría al viaje y las coloqué

ordenadamente en la maleta, sabiendo que serían las últimas. Para el día especial elegí la blusa de lino y el pantalón de algodón.

Iré vestido de blanco.

Empaqueté el resto y lo entregué a una asociación de caridad que había cerca de casa. Allí sin duda pensarán: Caramba, qué señor tan amable que dona su armario completo, qué generoso y desprendido ahora que la crisis azota a los que nunca han sido pobres. Quién sabe, quizás lo entreguen a un hombre más o menos de mi edad que malvive con su pensión, alguien con mala suerte que ahora vestirá de forma limpia y decente. ¿Mala suerte? No saben que el regalo se lo hace un casi difunto cuya imaginación no deja de fantasear con las personas que llevarán mi querida chaqueta de estambre que compré en Washington, la blusa azul de seda de Milán o el pañuelo para el cuello que me regaló Violet en mi último cumpleaños.

No, ese no, ese lo llevas también en la maleta para usarlo el último día.

¿Cómo prepara su último equipaje alguien que viaja para morir?

¿Cómo se despide de su casa?

¿Qué será lo último que vea antes de irse?

¿Cómo se cierra la puerta de la vida?

Violet conduce ya con cierta habilidad. Controla con eficacia —¿quién lo iba a decir?— el volante del lado equivocado. Cae la tarde y se dirigen a Besanzón. Hugh aún tiene en la cabeza el intenso sonido con el que se ha despertado por la mañana. Un sonido que parecía viajar desde el fondo de su memoria hasta la realidad del cuarto de hotel de Dijón.

Era el timbre interior de su casa.

Puede recordar solo vagamente el sueño de la noche anterior. La caja de cromos, pelos y jabón en el lavabo, pepinos encurtidos, el violín de Violet, el merendero de los heliotropos y la melena-cinta de Small Faces en el árbol. Aún enganchado a las redes viscosas del sueño, regresa al presente. Decide poner en el reproductor del coche el compacto que ha comprado en Dijón. Ya está decidido que será la banda sonora de los últimos días. Todo el viaje sonará Small Faces como cuando bailaron en aquel parque acuático abandonado. Violet comienza a tararear la canción *Lazy Sunday*. Y, por un segundo, Hugh imagina una fotografía de este momento enmarcada y colgada

en la pared de la escalera, donde ella coloca las instantáneas de todo lo que se rompió o se perdió. Como él mismo, que ya parece un trasto destinado al desván de las cosas inservibles.

En medio de los bosques y el paisaje oscurecido de la tarde surge un edificio extraño, como si alguien hubiera colocado una base de aeronaves espaciales. El coloso inesperado permanece casi oculto en una semipenumbra, apenas advertido por los que pasan por la carretera. Parece una instalación eléctrica sin terminar. Ya han visto otros lugares similares a lo largo del viaje: grandes construcciones ultramodernas no culminadas. Metáforas de una Europa llena de desechos de última generación. Proyectos de estaciones de tren en medio de la nada, aeropuertos desiertos, macrorresidencias vacías, campos de golf sin concluir, agonizando bajo malezas silvestres. Edificios que empezaron a envejecer antes de tiempo, congelados como fetos en un bote de cloroformo, ruinas de una Europa que del despilfarro ha pasado a la miseria. Y también poblados de chabolas en las afueras donde habitan los desarraigados del mundo. Todo eso es el continente que vaga en una continua contradicción.

Sigue sonando *Lazy Sunday* y terminan cantando a dúo el estribillo que arrastra escenas de tiempos felices: los domingos soleados escuchando esa canción, Violet arreglando el jardín, Hugh sacando su portátil para aprovechar la luz de la mañana al aire libre. Tan enfrascados están en la música que ella sigue por la carretera pero sin atender a las señales. Pronto se da cuenta de que se han perdido otra vez. Viajan por carreteras secundarias con múltiples bifurcaciones y hace tiempo que no ven un letrero que indique la dirección de Besanzón. Violet lamenta no haber estado más atenta. Ahí parece que hay una ermita, señala Hugh, acerquémonos a ver si hay alguien.

Llegan a la iglesia y aparcan. Es una ermita de origen románico, pero con añadidos de varias épocas, incluso muy recientes, como si estuviera recién acabada. Antes de entrar, Hugh cree detectar el inconfundible olor a cerveza que siempre descubre en las construcciones románicas, ese estilo tan antiguo que sospecha que en la piedra quedaron hierbas, insectos y restos de los antiguos constructores medievales, que con los siglos fermentaron, como el trigo o la cebada, hasta desprender ese aroma característico. Al menos para el olfato de Hugh. ¿Entramos?, propone con emoción al

descubrir de nuevo un lugar del que no tiene referencias. Es muy tarde, mejor volvemos al camino, contesta Violet intranquila, pensando si tendrá anotado en su cuaderno secreto algún lugar cercano para alojarse. Veamos al menos si hay alguien y preguntamos, dice Hugh. No se detiene a escuchar la respuesta de Violet. Ya está dentro. La capilla es pequeña y huele intensamente a clavo, el aroma que desprenden ciertas maderas resinosas. Hay un pequeño altar con un santo de apariencia muy tosca, que identifica como san Francisco por la pista que le dan los animales que lo rodean. Las velas permanecen encendidas y hay flores frescas, así que a pesar de que en ese momento no haya nadie, debe de ser un lugar visitado con cierta frecuencia. En un rincón alguien ha acumulado ramos de flores marchitas.

En un lateral, Violet ve unas escaleras y un letrero que indica el acceso a una cripta. Duda si decírselo a Hugh porque adivina cuál será su reacción. Él adora esos sitios, así que Violet tiene compasión y le señala el lugar con ternura, aunque ella decide no bajar. Violet ha decidido relajarse y olvidar que pronto caerá la noche y que no saben dónde están. En realidad, casi espera con ansiedad una aventura, por ejemplo, pasar la noche en medio de este espacio olvidado del mundo. Le emociona ver a Hugh con esa felicidad juvenil en el rostro.

Hugh baja a la cripta ansioso y expectante, aunque teme llevarse la decepción de encontrar un lugar aséptico e higiénico, uno de esos ultramodernos panteones de mármol que parecen archivadores de cuerpos en los que se intenta disimular la muerte como si fuera un discreto y distante asunto burocrático.

Sin embargo, esta cripta es diferente. Desde el techo hasta el suelo, todo está decorado con huesos en una interpretación macabra más de esa religión que detesta y adora a partes iguales por su curioso sentido estético y fabulador. Queda fascinado y espantado al ver cómo los minúsculos huesos de los pies de decenas de difuntos anónimos sirven para dibujar los nervios de la cúpula fingida, mientras que largos fémures ornamentan las paredes. Colocadas sobre una cornisa, las calaveras observan a Hugh. Se pregunta de quiénes serán esos huesos. ¿Qué pensarían al ver sus cráneos convertidos en adorno? ¿Qué paisajes vieron esos ojos que ya no existen? ¿Qué pensamientos circularon dentro de esas cuevas

fosilizadas? Se acerca un poco más y descubre que en las calaveras hay frases escritas. Violet, baja, mira lo que he descubierto, dice Hugh sin poder contener la emoción. Ella decide bajar a pesar de la repulsión que sabe que le provocará el espectáculo. Han escrito frases en los cráneos, dice Hugh. Tiene dificultad para leerlas, pero deduce que son breves pasajes de la Biblia, junto al nombre y las fechas de nacimiento y muerte del difunto. También hay otras frases que no imaginaba encontrar escritas en una calavera: versos de Baudelaire, Verlaine, Nerval, Mallarmé, Valéry…

En ese momento Hugh es absolutamente feliz, un hombre arrastrado por pasiones librescas que ni siquiera recuerda su enfermedad ni la razón del viaje. Ahora mismo es el hombre de siempre, fascinado por la historia y la cultura, observador de pequeños detalles, con una curiosidad que le impide envejecer, aunque dentro de él estén sucediendo cosas terribles. Y es como si, en realidad, en aquella capilla se estuviera mirando a sí mismo, a lo que será dentro de poco. Un lugar que es un espejo de lucidez estremecedora. Este parece el cráneo más reciente, dice Hugh, Marie Chavanel, 12 de junio de 1968 y 14 de noviembre de 2003, es raro, yo creía que eran muertos antiguos. Hugh se da cuenta de que el día del óbito es el mismo que el de su propio nacimiento. Duda si apuntarlo, como hace siempre que descubre algún hecho sucedido el mismo día de su cumpleaños, pero lo descarta porque le parece poco respetuoso. Ya clausuró aquel cuaderno con una última anotación y no tiene sentido traicionar ese punto final.

Durante su vida ha recorrido muchas de esas catedrales de osarios, criptas lúgubres adornadas con lámparas de araña hechas a base de huesecillos anónimos rescatados de catacumbas o fosas comunes. Recuerda la hermosa y siniestra Casa de los Huesos en Hallstatt, Austria, donde también había cráneos con imágenes pintadas en el hueso: un dibujo de hiedra si era un hombre y una rosa si era una mujer. O la cripta de las clarisas del Castillo Aragonés, en la isla de Isquia, donde contempló las sillas de piedra en las que colocaban a las monjas difuntas para que allí se pudrieran lentamente. Hugh imaginó a las momias orando y charlando en aquella sala de estar que era un simulacro de pudridero, mientras se secaban y fosilizaban lo que antes habían sido pieles, músculos, venas y vísceras. Nunca había podido olvidar

el olor de aquella tumba abierta con los antiquísimos hábitos macerados por siglos de salitre y sol.

Sin embargo, siempre se trataba de muertos antiguos, fantasmas de otro tiempo, difuntos que parecían de mentira, que nada tenían que ver con el presente, que eran ajenos a esta época, espectros que no estorbaban porque formaban parte de ficciones del pasado. Había transcurrido tanto tiempo de sus muertes que parecían personajes de novela o de una vieja película pasada de moda. Pero ahora contempla el cráneo de esa muchacha y tiene la sensación de estar observándola desde el pasado porque en realidad quien está muerto es Hugh de Galard y es una chica curiosa y pizpireta la que mira la calavera de este viejo que falleció en un tiempo remoto. Otra vez sufre una alucinación, un salto extraño en el tiempo, como le había ocurrido al mirar el bodegón pintado en la habitación del hotel de Ruán. Quizás es que ya no sabe en qué lado se encuentra, si en el de la vida o en el de la muerte, y por eso confunde las fronteras y pasea con incertidumbre por los límites de algo que ni siquiera reconoce.

Para espantar pensamientos siniestros decide tomarse con humor su desvarío y busca un hueco en la capilla para que sus huesos se adapten a la decoración. Para el fémur habría problemas pero las costillas dispersas y los huesos del brazo cabrían en algunos espacios libres. ¿Y la calavera? ¿Quizás en la clave de la bóveda, presidiéndolo todo desde las alturas? Se le ocurre que no quedaría nada mal convertido en una lámpara *art déco*. Está a punto de contarle a Violet su pensamiento macabro, pero se da cuenta de que ella ya ha salido de la cripta. Hugh se convence de que es hora de marcharse. Es evidente que debe de andar preocupada porque están perdidos en medio de la nada y se hace de noche. Pero, tal vez porque dentro de él hace tiempo que cae la noche, no tiene miedo a esos contratiempos del viaje. Qué más da que se haga la oscuridad en este paraje desolado, que aparezcan alimañas o ladrones que aprovechan para asaltar a excursionistas perdidos. Por un momento incluso le reconforta pensar en descansar aquí, en esta cripta silenciosa en la que por las noches estará acompañado por difuntos para los que podría recitar los versos escritos en sus cráneos. Sí, no es mal sitio para quedarse a dormir para siempre.

Es consciente de que se está enfrentando a la muerte como lo

hacían los hombres de la Edad Media, los mismos que hace siglos construyeron esta pequeña ermita para peregrinos o caminantes que se extraviaban por estos campos de Francia. Ha decidido mirar de frente a la muerte, como los caballeros de las canciones de gesta de las antiguas narraciones medievales, esos hombres que eran advertidos cuando llegaba el fin, porque entonces no se moría uno sin haber tenido tiempo de saber que el epílogo estaba cerca. Tristán sintió que su vida se perdía, comprendió que iba a morir y, como todos los héroes, se extinguió con una especie de alivio. Y medita sobre la fortuna de los muertos del pasado. No estaban condenados a la no-muerte, a los avances médicos que intentan retrasarla hasta extremos insospechados, manteniendo al enfermo en una nada, suspendido en el tránsito.

Considera que estar al borde de la muerte aporta una lucidez tan luminosa como lacerante, y recuerda a Don Quijote cuando asume la muerte y entonces regresa a la razón. También repasa en su memoria cuadros en los que aparecen personajes históricos en sus lechos de moribundos y lienzos que huelen a muerte inminente, a aposento de aire enrarecido, a aliento viciado, a sábanas con sudores de enfermo.

Hugh se ve pintado o esculpido en mármol en una iglesia, como una estatua yacente con las manos cruzadas, tumbado de espaldas y mirando al cielo. Pero ¿qué cielo? ¿Dónde está el cielo de los que no creen? No hay nada. Y esa nada estremece. Obsesiona. Da pavor. Se alegra, ahora, de haber escrito libros en los que ha dejado su huella, cierta idea de él y de su paso por el mundo, cierta frágil inmortalidad. También, de haber donado su colección de libros de viaje para que lo recuerden estudiantes que aún no han nacido, de haber regalado su ropa a un anciano pobre aunque nunca llegue a saber de él, y de haber dejado mensajes a Violet en ejemplares dispersos de la biblioteca. De pronto, se le aparece nítida y clara una de las escenas del sueño de la noche anterior. Una bola informe como una piedra bezoar reposando en la tubería del lavabo de su casa. Allí sí que están las huellas de su vida, los restos inmundos de su existencia. Reconoce sus canas, trozos de jabón, uñas cortadas y saliva fluorada. Y todo marcado con una leyenda: Hugh & Violet.

Es ahora como un difunto de hace siglos. El arcángel san Miguel procede al pesaje de su alma. Cómo le gusta esa escena esculpida en

piedra en el tímpano de las iglesias románicas. Pero ¿qué pesará el arcángel? ¿Cómo es el balance de su vida, el *liber vitae* de un descreído? A él no le sirve el viejo cuento del debe y del haber, del burocrático libro de cuentas inventado por la religión o la ingenua historia de pecados y bondades pensada para niños vigilados por un maestro supremo que decide su castigo.

Tránsito hasta una *moribundia*. Así se podría definir este viaje. Sospecha que este camino que recorre no es más que su habitación de agonizante, el aposento en el que están entrando todos los recuerdos para despedirse. Hugh, es de noche, tendríamos que irnos, advierte Violet muy inquieta.

Y Hugh ya no sabe dónde hay más oscuridad, si fuera o dentro de él.

El paraíso existe. Un delicioso desayuno con mantequilla de granja, miel, mermelada, pasteles caseros y bizcocho de pasas. Un delicioso desayuno servido en aquella casita rural, unos kilómetros antes de llegar a Besanzón. Una casa que apareció en medio de la nada, cuando casi habían decidido quedarse a dormir dentro del coche. Una casa que flotaba en la niebla y que a ambos les provocó una sensación de nostalgia, como si estuviera preparada especialmente para estos peregrinos perdidos en las noches de su memoria.

La dueña los recibió con una lamparita portátil porque a veces las luces no funcionaban en aquel paraje alejado. Por la noche durmieron con el graznido de las ocas de alguna granja cercana y Hugh pensó que aquellas pobres aves, ya cebadas y a punto de que les estallara el hígado, estarían proclamando el horror de su inminente sacrificio.

Por la mañana la dueña los sorprende con el delicioso desayuno y comen en un pequeño balcón de la habitación que da a una hermosa campiña. Ya han decidido que se quedarán aquí unos días para recorrer Besanzón y visitar los alrededores.

Hugh confirma que este es uno de los desayunos más suculentos que ha tomado en toda su vida. Le quedan ya pocos, así que se recrea en este momento y aspira el aroma de los bosques cercanos. Las ocas siguen graznando. Como él, están a punto de ser sacrificadas.

Al terminar el desayuno cogen el coche camino del pueblo. Luego caminan por las calles principales, que a Hugh le evocan

pasajes de *Rojo y negro*. Stendhal también se le aparece en este último trecho de su itinerario, escribiendo el capítulo final, en el que Julien Sorel es ajusticiado. Ocas, héroes literarios y Hugh de Galard poco antes de subir al patíbulo.

Al llegar a la plaza principal de Besanzón comienza a sentirse mal. Le duele el estómago y nota un mareo que está a punto de hacerle caer. Violet lo agarra a tiempo y caminan hasta sentarse en un bar cercano para pedir un agua tónica. Bebe pensando que no le aliviará porque ya está aquí lo que tanto temía. Es el comienzo de su decadencia, de la agonía, de los dolores, de sus vísceras agotándose sin posibilidad de dar marcha atrás. A partir de aquí todo irá a más, progresivamente, sucediéndose en episodios cada vez peores. Y él no quiere eso. Quiere tener la iniciativa de escribir su propio epílogo. Cierra los ojos y suspira con fuerza. Le da miedo abrirlos y encontrarse con los de Violet, que imagina ahora mismo arrasados por la tristeza. Pero no, la mirada que descubre está llena de ternura, de hermosa compasión, una expresión que le confirma que no se han equivocado, que han hecho lo correcto, que precisamente hay que evitar esto a toda costa.

Hugh se siente mucho mejor y se pone de pie con fuerza redoblada, convencido de lo importante que es vencer el dolor y el cansancio de estos últimos días. Tiene que demostrar su fortaleza y estar entero. ¿Te parece que vayamos a comer un buen *foie*?, dice sorprendiendo a Violet con su increíble recuperación. ¿*Foie* otra vez?, dice ella, no creo que sea lo más apropiado si te duele el estómago. Claro que sí, es lo que me pide el cuerpo, recuerda que son mis últimas voluntades, responde bromista.

En un coqueto restaurante de comida local, Hugh degusta sin remordimiento el fruto del sacrificio de sus vecinas, las ocas cebadas. Paladea con una gula que hace mucho que creía olvidada la grasa del hígado de las víctimas, esa reserva que las aves libres almacenan para sus largos viajes migratorios. Un viaje como el de Hugh, en busca de paisajes en los que descansar para siempre, sin posibilidad de retorno con el cambio de las estaciones.

Toma con un Chablis muy frío la grasa de estas ocas que no pudieron volar en libertad sino que nacieron, engordaron y murieron en la misma granja, alterando con sus graznidos de desesperación a los insomnes. Y piensa que esas pobres ocas

prisioneras viajarán, de alguna forma, con él en el último tránsito, transformadas en alimento, convertidas en parte de este Hugh de las postrimerías.

En ese edificio para la muerte que es Hugh de Galard viaja un río que arrastra aguas envenenadas. Él lo ha visto. Ha contemplado las aguas negras que le pasean por dentro. Una vez recorrió el interior de su cuerpo, subió las escaleras de caracol que conducían al cerebro y luego bajó a los infiernos, donde su estómago era un Tántalo condenado a la insatisfacción de no poder alcanzar las frutas sabrosas del árbol. Se perdió en el laberinto de sus intestinos y allí vio las células enfermas que viajaban por el cauce negro para anidar en otras vísceras como el hígado, el páncreas o los pulmones.

Metástasis, estadio IV. Así llamaron los médicos al paisaje interior de su enfermedad. Y a él le pareció el título de un lienzo inquietante.

Interpretaba así las pruebas médicas, las sesiones de quimioterapia o las endoscopias. Debía de ser por su naturaleza de hombre culto y fabulador. La aridez de los términos científicos quedaba anulada por su potente imaginación. Solo de esa forma se puede entender que su adenocarcinoma de estómago se transformara en el título de una tragicomedia en tres actos, en la que cada letra tenía un papel en la obra. Su actriz preferida era la última *a*, que protagonizaba un inspirado monólogo con el que bajaba el telón. Habían ensayado el montaje en muchas ocasiones y la última *a* estaba a punto de entrar en escena. Una palabra que desactivaba el horror, gracias a su fantasía.

Las endoscopias eran interesantes documentales de la BBC en los que la cámara se internaba en selvas inesperadas, en ciénagas de mucosa gástrica y en volcanes ulcerados con lava latente. Al principio de la serie científica, el *travelling* mostraba un torrente lento que le pareció un Danubio de colores decadentes que recorría la vieja Europa que era su organismo. Pero, poco a poco, todo se fue transformando. El paisaje apocalíptico de Hugh de Galard contenía caudales de células tumorales que se infiltraban en los vasos linfáticos y se diseminaban por los mapas de su cuerpo. Atravesaban barreras naturales, entraban en trenes de alta velocidad o en aviones supersónicos dentro de la corriente sanguínea. Eran grandes viajeras —como él, a fin de cuentas, que las había criado— y ya

habían conquistado todos los territorios. El destino era suyo. Solo les faltaba un poco de tiempo y paciencia. ¿Te encuentras bien?, pregunta Violet, al ver que está distraído y hace rato que no habla. Mejor que nunca, responde Hugh, en la curva número doce de mi intestino hay una oca que grazna agradecida.

Y ambos sonríen con la broma. Violet respira aliviada porque temía que el almuerzo le sentara mal y piensa que, a pesar de su enfermedad, tiene un organismo fuerte, capaz de sobreponerse a todo. Pero por un momento duda. Puede que Hugh esté precipitando su decisión de irse antes de tiempo, quién sabe si aún existe la posibilidad de un milagro médico o de la propia naturaleza. Vamos, propone Hugh muy animado, hay un lugar que quiero enseñarte, no me riñas pero es otro museo.

Violet se teme lo peor, pero aguanta estoica y tranquila por la energía renovada de Hugh. Caminan mientras él le recuerda la tradición de la industria relojera de Besanzón desde el siglo XVIII, cuando unos relojeros suizos se trasladaron hasta este apacible pueblo francés. Quiere llevarla al Museo del Tiempo. Él lo visitó hace algunos años y le sorprendió la magnífica colección de relojes históricos. Entonces no sabía nada de su enfermedad, aunque había advertido los síntomas que con el tiempo le llevarían a hacerse las primeras pruebas. El Hugh de aquella visita a Besanzón contempló aquel paraíso del tiempo sin saber que el suyo se acababa, que las manecillas avanzaban hacia el último recodo del camino. Aún era feliz y ajeno al futuro. Y ahora vuelve a echar de menos la dicha del ignorante. Por eso, en un rasgo de cierto masoquismo, quiere volver a contemplar todo lo que le recuerde el paso de las horas, ver reflejada su historia en relojes de sol, de arena, en clepsidras y en cronómetros.

Al entrar ven un péndulo de Foucault con sus oscilaciones, que a Violet le parecen una hermosa danza, un diapasón que muestra el ritmo para interpretar una sinfonía. Esta tarde extraña siente deseos de tocar su violín, de expresar de alguna forma su melancolía, la angustia, pero al mismo tiempo su minúscula aunque intensa felicidad de compartir este último viaje con Hugh.

Sí, sin duda está alegre y emocionado. Explica curiosidades sobre los relojes expuestos dentro de vitrinas de cristal, como protegidos de las inclemencias del tiempo, que es precisamente lo

que medían sus complejos mecanismos. Leen las cartelas y a Hugh le parece encontrar poesía en la descripción de un reloj de bolsillo de mediados del siglo XIX: esfera convexa de esmalte, agujas de época con ojo, mecanismo de plantina entera con puente calado y grabado, rueda de caracol con cadena y escape de rueda catalina. Y lo más fascinante, al final de la explicación: Funcionando. Aquel minúsculo reloj seguía *funcionando* después de más de un siglo, continuaba en su interior el misterio de la vida mecánica, aunque fuera la ficción artificial de un autómata. Funcionando…

Llegan hasta un largo corredor con relojes de sobremesa de audaces formas, que sugieren las casas señoriales en las que sonaron sus horas en el silencio de las noches de hace siglos. Hugh se detiene ante uno de ellos y camina de puntillas por esas mansiones desaparecidas, para no despertar a los que aún viven allí.

De pronto, se da cuenta de que en su interior comienza a sonar un certero y preciso mecanismo de relojes. Primero cree que se trata de su respiración o su corazón, que se acoplan al tictac de la atmósfera sonora del museo, con su obsesionante ritmo de péndulos y manecillas. Pero de pronto se siente mal y se desmaya.

Dentro de él habita un paisaje inquietante, como si los sueños insólitos lo asaltaran en cualquier momento del día, impacientes por proyectar fragmentos de la vida que huye y está a punto de desaparecer. En los breves instantes que dura el desvanecimiento, recuerda detalles anecdóticos que alguna vez leyó, como el segundo y medio de retraso que tuvo el reloj del Big Ben después del bombardeo del 10 de mayo de 1941. Un segundo y medio que se une a momentos perdidos de su vida.

Por ejemplo, su hermano Thomas metió a Hugh en un cajón cuando era un bebé. Allí estuvo a punto de morir asfixiado. Su madre corría por la casa histérica al no poder encontrarlo. Creía que el niño había atravesado las paredes o se había escondido en un lugar inaccesible de la casa, en otra casa interior que se multiplicaba dentro de la real. Pero rompió a llorar y ella siguió el sonido del llanto y lo halló, bien guardadito, entre los manteles y las servilletas, tan pequeño y casi muerto.

Según el relato de su madre y de su hermano, estuvo veinte minutos oculto en aquel cajón. Veinte minutos de su vida que no existen, veinte minutos en los que estuvo en el umbral, asomado al

precipicio, en la frontera del reino de los muertos, como un Zeus suspendido de un árbol, entre la tierra y el cielo. En un campo de nadie, en medio de las batallas de la vida. *Funcionando*…

En el breviario del tiempo que organiza en la confusa atmósfera de su desmayo tiene la sensación de contemplar apuntes extravagantes de su vida, notas sueltas, hojas perdidas, capítulos sin orden, como si su memoria no hubiera sabido muy bien dónde archivarlos. Y ahora había que recoger las cosas, comenzar a ordenar y guardar las vivencias dispersas.

Recuerda una tarde, con apenas cuatro años, en la que su madre fue con él y su hermano Thomas al centro. Era Navidad, la primera Navidad después de la guerra, y todo Londres estaba lleno de gente que celebraba la vida. Una Navidad sin dulces, una Navidad de hambre y lutos pero llena de gente feliz por haber sobrevivido, gente que salía a la calle como si fuera a comprar aunque luego solo daba una vuelta y regresaba a su casa. Su madre los llevó a pasear y, en un momento que se distrajo preguntando una dirección, Hugh se soltó de su mano y se puso a acariciar a un perrito que caminaba por la acera. Siguió al perro y se perdió. Se extravió durante media hora y apareció en otro barrio. Media hora de su vida que tampoco existe, porque es incapaz de recordarla. No era como otros momentos de la infancia que tampoco podía rememorar pero que su familia le relataba y así podía reconstruir lo ocurrido. Esa media hora de su vida nadie podría narrarla porque nadie sabe lo que ocurrió. Muchas veces ha fabulado con lo que pudo haber hecho durante esos treinta minutos perdidos. Quizás miró el escaparate de una pastelería, pegando la nariz y las manos al cristal, sin atender dónde estaban su madre y su hermano. Luego caminó sin rumbo, se sentó en las escaleras de acceso a una casa, cruzó la calle siguiendo a la gente, recorrió un parque en el que comenzó a tener frío y ya, al ver que oscurecía, apareció la inquietud de un niño que siente la absoluta soledad, un vacío inexplicable por dentro, una sensación de desasosiego, de miedo, de indefensión. Un estado que ahora comprende a la perfección. Quizás por eso ha regresado al refugio del presente.

Media hora en la que vagó perdido por Londres. Media hora que tampoco existe.

En el mecanismo de relojes extraños que se han unido esta tarde

en el Museo del Tiempo, la fórmula es: el segundo y medio del Big Ben, más veinte minutos guardado en el cajón de un mueble, más media hora perdido por Londres. Casi una hora de vacío, de no-tiempo, de paraíso sin relojes, donde Cronos no devora sus vísceras enfermas. Qué felicidad, dormir en esa nada.

Y en este trasueño o contrasueño que se cuela en su vida cree haber visto todos los relojes que alguna vez le pertenecieron. Surgen de esa niebla de brevísima felicidad en un pasillo largo, como los del Museo del Tiempo: el reloj de casa, heredado de la abuela, que dejó de funcionar pero que, a pesar de ello, siguió decorando el salón; el reloj de pulsera que su padre le regaló al cumplir dieciocho años; el que se compró con el dinero de la beca en la Galería Nacional; el que le regaló Violet en un concierto que dio en Zúrich. Y el que lleva ahora. No, Hugh dejó ese reloj en la mesilla de noche de su casa. ¿Para qué quiere saber qué hora es?

Hugh recupera la consciencia. El mareo no ha durado mucho. Solo ha sido otro ligero malestar. Violet está a su lado, muy apurada. Está rodeada de otros visitantes, y un vigilante intenta que Hugh beba agua. Al beber nota que la dentadura se desajusta, como si la encía o quizás él mismo hubiera encogido en su extraño viaje en el tiempo. Simplemente, será un nuevo efecto de la delgadez que ya es evidente en su cuerpo. Es curioso cómo va menguando y casi desapareciendo en esta época en la que come y disfruta de la comida más que nunca. Ahora nota que la ropa le queda más holgada y cree que su cuerpo se convertirá en un líquido espirituoso, un licor quintaesenciado de Hugh de Galard.

Inexplicablemente se levanta excitado, soltándose de los brazos de los que intentan ayudarlo. Tiene la sensación de que se le ha colado dentro el mecanismo novísimo y moderno de un reloj de última generación. Podría incluso desentrañar el secreto de un nanosegundo.

Sin embargo, han sido dos sustos en un solo día. Algo que hay que tener en cuenta, así que deciden pasar la noche en la casita en las afueras de Besanzón y mañana partirán temprano hacia Suiza. No hay por qué demorar más las cosas.

Se despiden del amable personal del Museo del Tiempo y, camino del coche, ven que se avecina una tormenta. Se apresuran para llegar a la casa antes de que los alcance el temporal. Violet

conduce con tranquilidad, intentado no mostrar su nerviosismo. Él contempla el cielo de nubes amenazantes que acechan. Le divierte escapar de ese apocalipsis que se precipita sobre ellos. Con horror para Violet, abre la ventanilla del coche y respira el olor a tierra mojada que llega de lejos. Es uno de sus aromas preferidos. Un olor que le hace feliz. Siente nostalgia al pensar que jamás volverá a oler la tierra mojada de su querida isla. Ni las viejas piedras de Londres después de la lluvia, ni los lomos mojados de los animales, ni el barro de su jardín en la zona más umbría. Y nota el dolor profundo de la añoranza por el otoño que no vivirá.

Las nubes cargadas de lluvia caen finalmente sobre la carretera y en el horizonte ven los rayos alumbrando el paisaje de la campiña, ahora matizado por una hermosura tenebrosa. El primer trueno asusta a Violet. Estamos ya cerca, corre, Violet, corre, dice emocionado por el juego de persecución con la tormenta. ¿Estás loco? ¿Quieres que nos salgamos de la carretera?, responde ella nerviosa. Y él estalla en carcajadas. Se cree un niño travieso. Observa el perfil de Violet iluminado por los rayos. Jamás la ha visto tan radiante. Al mirar la breve curva de sus senos siente algo por dentro, la sangre alterada, y otra vez los relojes sonando alocadamente en algún lugar de su interior.

Por fin llegan a la casa. Al bajar del coche, Violet corre a refugiarse de la lluvia, pero él se queda por un momento contemplando la tormenta a lo lejos, que ilumina fugazmente el campo. Y aspira el olor intenso a savia, a tierra, a aire, a naturaleza, a madrigueras que se inundan, a alas mojadas de pájaros, a lombrices horadando el barro.

Violet lo llama para que entre en la casa y se pregunta qué le ocurre hoy a Hugh. No sabe cómo interpretar esta última jornada de desmayos y dolor pero también de fugaces momentos de absoluta felicidad y locura, de un Hugh vigoroso, como si estuviera sanando milagrosamente por dentro.

La propietaria de la casa los recibe con amabilidad y les dice que en la radio han anunciado que la tormenta será fuerte y durará toda la noche. Les sugiere una suculenta cena caliente. Se sientan en el comedor a la luz de unas velas dispersas que dan a los manteles un color cálido y acogedor. Sonríen como niños revoltosos que esperan ansiosos la cena después de haber jugado toda la tarde, con las

rodillas heridas por las caídas en sus carreras. Hugh busca bajo el mantel las rodillas de Violet. Y las acaricia.

La propietaria les trae una deliciosa sopa de apio, una tortilla y un plato con quesos variados de la zona. Pregunta si les apetece una botella de vino y Hugh asiente, ante la sorpresa de Violet, que no cree que sea bueno beber en la cena después de un día tan agitado. Pero él se siente en ebullición por dentro. Charlan animadamente recordando las anécdotas de la jornada. Los temores por las dos indisposiciones se olvidan pronto, como si no hubieran sucedido. Solo queda lo bueno y la divertida carrera huyendo del temporal. Han conseguido que ninguna tormenta enturbie las últimas páginas del relato de sus días.

Suben las escaleras riendo mientras la propietaria de la casa los observa divertida, pensando que, si no fueran tan mayores, hubiera creído que están impacientes por acostarse para hacer el amor. La experiencia la ha hecho una experta en esas situaciones, cuando sus clientes dejan un rastro de feromonas en el salón de la cena, como ocurría con algunos huéspedes jóvenes y fogosos a los que después solía oír en la madrugada.

No se equivoca. Violet y Hugh hace mucho que no hacen el amor o, al menos, las versiones que se pueden hacer a partir de cierta edad. Al llegar a la habitación se dan cuenta de que se ha ido la luz, tal y como les había anunciado la dueña. Pero da igual, les gusta contemplar a oscuras cómo la tormenta ilumina la estancia en penumbra con fogonazos mágicos en los que se intuye el perfil de los muebles, la cama, las paredes. Pero solo es un breve instante, luego todo vuelve a quedar sumergido en las sombras y tienen que moverse en la negrura. Piensa Hugh en los tiempos del *blackout*, claro que ahora no hay bombas. Los truenos son asombrosas descargas de la naturaleza que a él le parecen como una despedida hermosa, un adiós portentoso, el acto final de una ópera soberbia y magnífica.

Se desnudan y Hugh recuerda un olor que regresa de forma imposible del pasado, el olor espermático del gimnasio de su instituto. Otra vez tiene la sensación de volver atrás en el tiempo, a una época en la que descubría los vigores físicos, las hazañas de su adolescencia, el descubrimiento del cuerpo en las duchas y las clases mal aireadas del colegio.

Tiende a Violet sobre la cama. Ya nada tiene que ver con las intensas sesiones amorosas de los primeros años, en las que a veces protagonizaban sorprendentes récords atléticos. Ahora se trata de otra cosa, algo en lo que es un consumado maestro.

Oler a Violet.

Hugh comienza aspirando el aroma de su coronilla, en la que se concentra lo que él llama el Eau de Violet. Un perfume tan intenso que es capaz de definir la esencia de Violet. Hugh podría encontrar a Violet entre millones de personas tan solo oliendo esa parte. Es una mezcla violenta y fragante del vapor que condensa su cuerpo. Huele a su pelo, pero no al cabello cuyo aroma está disfrazado por la colonia o el champú, sino el que se destila en la grasa capilar. Un olor que no es limpio sino fruto de la transpiración, del sueño y también del cansancio de la vida.

Igual que las primeras lluvias de septiembre en Londres se anunciaban con un ligero olor a moco, moco que interpretaba como un aroma viscoso, denso y amarillento con cierto toque medicinal, la coronilla de Violet también desprendía un olor untoso a resina aromática. Si se pudiera degustar, Hugh no tiene duda de que sabría a algo acre pero con un leve toque de jarabe.

Hugh sigue descendiendo a otro lugar clave: la parte posterior de las orejas. En ocasiones se había detenido con lentitud y paciencia en este lugar, donde él creía que se concentraba la esencia de cada mujer. Allí descubría, disimulado por intensos y embaucadores perfumes, un vago olor a queso y tierra. Y ya dentro del laberinto de la oreja, el reconocible cerumen de sabor amargo. Pero las orejas de Violet huelen a pan. Un pan que había ido graduando desde el pan recién hecho, casi lechoso y candeal de su juventud, hasta este aroma de ahora mismo, que es como de pan con la corteza muy tostada. Un pan que ya es todo fermentación.

Continúa hasta el cuello, con su habitual aroma a almendras, pero en el que percibe un matiz diferente. Son almendras aireadas al sol y al viento. Todo el viento acumulado durante este viaje, como si se hubiera quedado algo de cada lugar.

En los hombros descubre también el olor del sol sobre la piel y, bajo el aroma de la crema hidratante, un intenso perfume de tallos vegetales y galletas. El pecho también huele así, aunque en la parte interior, la de la piel que apenas se airea por los senos caídos, queda

un leve olor a sudor disimulado con talco blanco.

Hugh reanuda su viaje hasta el ombligo, pero antes dedica un pensamiento a sus lecturas sobre cómo la tradición decía que olían los santos. Santa Teresa a jazmín y lirios; santa Catalina a violetas; san Cayetano a naranjas; san Francisco de Asís a incienso y santa Ludivina a canela. Santa Violeta es también como un delicioso bodegón o un fragante jardín para Hugh, que nunca se cansaría de olerla. Por eso aparta pronto el terrible pensamiento que lo acompaña durante todo este viaje: saber que se está despidiendo de todo. También de Violet. Habría preferido no saber que esta podría ser la última vez que se adentraba en ella. No tener la conciencia de que este viaje por la piel de Violet es el acto final. Cómo hubiera deseado que la muerte lo asaltara de pronto, por sorpresa, con un rápido y eficaz infarto, por ejemplo. Y no esta muerte lenta, escrita con cuidadosa letra, que husmea en todos los rincones y está llena de cientos de páginas dolorosas a la espera del capítulo que falta. Una muerte tremendamente paciente que va desvelando con cruel lentitud todos los detalles de su horror.

Llega al ombligo y se detiene. Aquí Violet exhala un aroma de hojas de té usadas que se han secado al sol. Hugh escucha el interior del cuerpo de Violet. La piel aromatizada que desprende delicados efluvios pero bajo la cual corre inevitablemente la podredumbre del cuerpo. Sin que nada advierta de eso. O quizás sí. Hace años que ambos han comenzado a oler de forma diferente. Es el olor de la vejez. Desprenden un aire rancio de fermentación. Igual que el sudor de los jóvenes huele a piel de garbanzos y el de los niños, a leche caliente.

Abre el sexo de Violet y le recuerda el olor que a veces intuye en las marinas de Turner, tormentosas y llenas de espuma de mar. Esos paisajes marítimos con lechada de cal para simular nieblas y vapores marinos provocados por la fuerza del oleaje. Allí también huele al aroma que desprenden las piedras de acantilados cuando cae la lluvia, quizás a pescados de roca. Y levemente a regaliz…

Hugh hace todo lo que tiene que hacer hasta que el cuerpo de Violet se convulsiona y estremece. En su boca queda un sabor áspero y amargo, como si se hubiera bebido de un solo trago un paisaje de temporales.

Continúa su maravilloso viaje bajando por los muslos hasta la

parte de atrás de las rodillas, cuya piel le parece saladísima y así hasta los pies, en los que queda el olor del calzado y un matiz a maíz frito. Se detiene en el finísimo tendón de Aquiles por si pudiera extraer algo de música de ese maravilloso instrumento. Hugh sube por el cuerpo de Violet hasta encontrarse con su boca, donde quedan mezclados todos los sabores.

Ella, mojada por la saliva de Hugh, lo abraza y no puede evitar llorar. Él sorbe sus lágrimas. Y ella tiene la sensación de haber hecho el amor con alguien que ya no existe, con alguien que es aire y humo, un tierno espectro con memoria. Como si hiciera mucho tiempo que Hugh hubiera muerto y una noche se presentara en el cuarto para olerla, colándose en su sueño mientras duerme. Uno de esos sueños que al despertar se esfuman como niebla debajo de la cama para esconderse en los rincones. Hasta que desaparecen. Como si nunca hubieran sucedido.

Sol y lago

¿Cuántos años tenía yo en aquel verano? Los álamos crecían al borde del lago y leía en la orilla al atardecer mientras el viento movía las hojas y a mí me parecía que cantaban diciendo mi nombre: Hugh-de-Ga-lard, Hugh-de-Ga-lard.

Había alquilado con unos amigos una casita junto al lago. ¿Qué lago? ¿Existe aún ese lago? Ahora en este sueño es un lago seco. En su fondo asoman ramas de árboles sumergidos que sugieren extrañas formaciones coralinas en un océano imposible. También hay zapatos, latas, cañas de pescar, carritos de bebé, botellas, ropa, trozos de barcas en el fango.

Un álbum de todo lo que se perdió.

Todo lo que se rompió.

Todo lo que se hundió.

Camino ahora por una urbanización abandonada. Aquel verano estaba llena de gente. Era el lugar de moda. Qué raro, entonces no nos parecía tan desolado el edificio de viviendas que habían construido en una de las orillas del lago. Contrastaba con el aspecto rural de las casitas de la urbanización, todas construidas en piedra y madera, pero a los más jóvenes esa mole nos parecía el colmo de la modernidad. Tenía un aire de vivienda soviética. Pensábamos que allí residían trabajadores o gente del partido, un proyecto de *obrerópolis* para que el pueblo disfrutara de vacaciones ajenas a los escenarios del ocio burgués. Nos gustaba esa arquitectura de última generación, funcional, práctica y racional de las zonas periféricas del gran Londres. Pero en realidad eran bloques-colmena o edificios-hormiguero, una monotonía de viviendas donde el individuo alienado no era nada. Todo era igual y estaba prohibida la diferencia, la rareza, la extravagancia. Y cómo nos emocionaba eso entonces. Qué ingenuos y estúpidos.

Ahora camino por este lugar fantasmal. Las fachadas están llenas

de manchas. Parece que hace siglos que la pintura se desprendió de las paredes, pero ¿cuántos años hace de todo esto? Hay balcones con agujeros, como si hubieran sufrido un bombardeo, como uno de esos lugares trágicos y atormentados por guerras continuas que aparecen fugazmente en los telediarios.

Paseo por las casas que rodean el lago seco. ¿Encontraré la que habitamos aquel verano? No queda rastro de lo que recuerdo. En mi memoria eran casitas rurales y ahora veo mansiones lujosas que nadie terminó de construir, urbanizaciones de nuevos ricos a las que les sorprendió la crisis y se quedaron en cimientos, en porches a medio hacer o en piscinas medio excavadas.

Otra vez la contemplación de las ruinas.

Ruinas modernas que habitan fantasmas a los que aún no se les ha secado la carne y de los que apenas asoman los huesos. Espectros en la infancia de su inmortalidad, al comienzo de su eterno vagabundeo en las fronteras de la no-muerte.

Me asomo a esas casas lujosas a medio construir y solo hay oscuridad y percibo el eco que producen los lugares vacíos. Suenan animales que devoran el fondo de las casas y corrientes de aire que quedaron atrapadas cuando aún vivía gente. Hay una casa ostentosa, de construcción exuberante en mármol y una entrada con columnas que se volvieron viejas antes de ser coronadas por sus capiteles. Me dan miedo las casas en cuya entrada hay una placa con los nombres de sus dueños: Villa Mary y Joseph, Mansión de George y Linda… Parecen panteones de un cementerio ultramoderno y suntuoso. ¿Eran casas para la vida o para la muerte?

Camino sin cruzarme con nadie, aunque de vez en cuando descubro columpios que se balancean sin niños. Y balcones en los que parece que está a punto de asomarse alguien. Ahora recuerdo que en ese merendero besé a Katy. Me enamoré de esa muchacha pelirroja que tenía unas preciosas pecas en la nariz y una piel blanquísima. Siempre se quemaba con el sol. La tarde que hicimos el amor en una barca en el centro del lago se quemó la cara, los brazos, parte de los muslos y los pechos. Todo su cuerpo desnudo y soleado. Con Katy estuve solo aquel verano del lago. La recuerdo ahora, con su pelo rojo, pantalones verdes y una camiseta amarilla. ¿Qué habrá sido de ella?

En este merendero servían comida y refrescos. Al lado había un lugar para acampar. Ahí siguen las tiendas intactas, aunque llenas de agujeros, descoloridas por el sol, rotas por el viento de todos los veranos de mi vida.

Sé que, si miro a la izquierda, veré un cartel con un plano dibujado del lago. Pero tengo miedo de hacerlo porque recuerdo que el mapa tenía forma de animal mitológico, de dragón, de dinosaurio acuático o de Godzilla. Ese monstruo que nos devoró a todos los que pasamos algún verano en este lugar desaparecido o borrado o perdido.

También había un mapa de la urbanización que indicaba dónde estaba la zona de acampada, el merendero, las casitas rurales en sus distintas fases de construcción y el bloque de viviendas de inspiración soviética. Lo veo. Ahí está, con un diseño pasado de moda y colores que han desaparecido por los años pasados a la intemperie. Aquí no ha venido nadie desde los años cincuenta. ¿Qué pasó?

Todo está lleno de basura y las farolas están rotas, como si las autoridades hubieran desistido de ocuparse de su mantenimiento a medida que la gente se marchaba. Pero ¿por qué se fueron de este lago paradisíaco? ¿Es porque se secó? ¿O quizás triunfó la leyenda sobre las corrientes traicioneras y las misteriosas desapariciones de los pescadores de barbos? Me daba pavor bañarme porque pensaba que mis piernas se enredarían en las copas de los árboles que había bajo las aguas, en ese bosque hundido que ahora veo tan claramente en el fondo del lago seco. También imaginaba que allí permanecía sumergido un antiguo pueblo, con la torre de su iglesia y una veleta que a veces pinchaba los pies de los nadadores incautos.

Camino por las orillas del lago, que vuelve a estar lleno de agua. Me asusta su aspecto inquietante de espejo turbio. En la ribera hay piedras y cruces con nombres de personas que se ahogaron, como en esas carreteras en las que aparecen cruces y coronas que recuerdan a los que murieron en accidentes de tráfico. Cuando conducía por estos caminos peligrosos pensaba que el siguiente sería yo y que Violet vendría a poner flores al final de una curva.

Y ahí estaban, en este lago que había sido hermoso y apacible. Todos los ahogados de tardes campestres frustradas por la tragedia. Niños que se ahogaron en un descuido de sus padres, bañistas que

fueron sorprendidos por una corriente, jóvenes osados que se lanzaron despreocupados al fondo de sus aguas creyendo que regresarían. Peter Lorraine, 17 de junio de 1950; Jessica Longsay, 2 de agosto de 1955; Henry Freeman, 22 de julio de 1956; Hugh de Galard, 30 de agosto de 2016.

Ahí mismo veo la urna de sus cenizas.

Junto a un lago seco o muerto o fantasmal. Una ciénaga de recuerdos extraviados, varados, olvidados, desaparecidos.

«Hallan 300 urnas funerarias en el fondo del lago Lemán». Hugh lee el titular en un periódico local de Montreux, mientras Violet conduce camino del castillo de Chillon y la Villa Diodati, a orillas de ese lago. «Se cree que pertenecen a los llamados turistas suicidas», sigue leyendo Hugh. «Las urnas cinerarias tienen el sello de una de las clínicas que ayudan a morir a enfermos terminales que acuden desde distintos países. Las autoridades están investigando la procedencia…». Hugh termina la lectura y contempla el paisaje, quedándose callado unos segundos. ¿No me dejarás abandonado en este lago como pasto de los peces, verdad?

Violet no contesta, aunque sabe que intenta bromear, pero ella no consigue ni siquiera disimular una sonrisa. Desde que cruzaron la frontera suiza se le ha instalado un nudo en el estómago. Está enredada en meditaciones, desasosiegos, dudas, miedos. El final se acerca y ya sabe lo que hay que hacer. Todo está preparado. Pero tiene tanto terror…

La excursión al lago Lemán es en realidad un pequeño rodeo antes de llegar a Ginebra. Hugh quiere visitar los lugares donde los Shelley se reunieron con su amigo Byron en el año sin verano, cuando Europa vivió un estío de frío y temporales. Ahora hace calor y Hugh baja la ventanilla, pero tiene que cerrarla porque las páginas del periódico amenazan con volarse y piensa que sería poético dejarlas huir por este paisaje tan dolorosamente hermoso.

Recorren los mismos caminos que Byron y los Shelley, santos protectores de este último viaje. Para Hugh, esta visita es como la del creyente que antes de morir se encomienda ante la tumba de un santo o reza en una catedral llena de milagrosas reliquias. Por la ventanilla entra ahora un aire fresco, limpio, con olor a glaciares. A lo lejos se ven los Alpes, con el gran Mont Blanc. ¿Cómo sería ese año sin verano? Un verano sin calor, de bajas temperaturas y lluvias

constantes. Tanto, que los poetas no pueden salir de Villa Diodati y una noche de tormenta deciden escribir cada uno un relato de terror. Están Percy y Mary Shelley, Lord Byron y Polidori, servidor y médico personal de este. La historia de la literatura agradece aquel verano frío de 1816.

Hugh aún tiene presente la fabulosa tormenta de Besanzón, la noche en la que viajó por última vez por el cuerpo de Violet. Una noche de infinita tristeza en la que terminó soñando con el paisaje de un lago que vagamente le recordaba al de un remoto verano. Ahora recorre las orillas de otro lago que inspiró a unos poetas de hace siglos y tiene la sensación de que su imaginación, los sueños y sus refugios literarios le sirven para salvarse, para no pensar en las páginas demasiado terribles que le quedan por escribir, porque detrás de todo lo hermoso siempre espera acechante una pesadilla.

Frankenstein nace de esa noche fría de verano. ¿Seguirá vagando el monstruo por los bosques que rodean este lago? Hugh sabe que sí. Puede sentir su respiración y reconoce el olor de su aliento. Es una criatura que nace dentro de él y que se alimenta de los jirones de sus malos sueños. Un simulacro de vida que no tardará en desaparecer y que está hecho con fragmentos de muertos anónimos.

Ahora que llegan a la estación término, puede componer los trozos del monstruo y el destino inevitable de la criatura. Y rememora con amargura que este viaje, a pesar de haber tenido momentos dichosos, lleva cosidos remiendos de horror. Ya no puede poner los ojos en nada sin que le sobrevenga el recuerdo de la muerte. Recapitula y evoca lugares desolados, balnearios olvidados, parques acuáticos embrujados, instalaciones ultramodernas a medio construir, museos solitarios, estaciones de tren abandonadas, cementerios clausurados y urbanizaciones habitadas por fantasmas. Y, sobre estas postales de una Europa en ruinas, un Londres apocalíptico y fantasmagórico que devora a sus hijos. Pero ¿qué fue lo que soñó y lo que vio de verdad? Todo se confunde en su memoria. Quizás sea que toma prestados recuerdos de ese monstruo de Frankenstein que aún vive errabundo por el lago.

¿Cómo sería aquel verano sin calor?, se pregunta, pensando en las tormentas sobre la Villa Diodati y el lúgubre castillo de Chillon, precisamente hacia donde ahora se dirigen en coche. Pero casi todo

tiene una explicación científica, como ocurre con los paisajes tenebrosos que se multiplican en su interior. Un lejano volcán al otro lado del mundo provocó ese año sin verano soberbias masas de polvo en suspensión que recorrieron miles de kilómetros, animadas por los vientos y las corrientes, hasta llegar a Europa. Todo el continente se estremeció de frío, con días de soles grises y un techo plomizo instalado sobre los cielos. Como ese aire helador que comienza a habitar dentro de Hugh. ¿Sabes quién me llamó ayer por teléfono?, dice interrumpiendo un largo e incómodo silencio. Violet se extraña porque él ha decidido no contestar a ninguna de las llamadas al móvil. No le apetece engañar a sus amigos relatando la mentira de que está de vacaciones de verano con su esposa recorriendo Francia y Suiza. Vittorio me ha preguntado si iré al congreso de noviembre en Cambridge y le he contado todo, continúa Hugh. ¿Todo? ¡Pero dijiste que no se lo dirías a nadie!, contesta Violet sorprendida. Pero Vittorio tenía que saberlo, dice Hugh, él también está enfermo…

Con su amigo Vittorio Brunelleschi había vivido momentos maravillosos en su Palazzo
dell'Aria
en Venecia. Después de muchos años en la Universidad de Trieste, Vittorio había decidido regresar a su ciudad natal y a la casa familiar. Su esposa Antonella había fallecido y todo en Trieste le recordaba a ella. ¿Sabes que está catalogando objetos hallados en el fondo de la laguna?, continúa Hugh y recuerda que, en uno de sus viajes a Venecia, Vittorio le contó con toda naturalidad que se le aparecían los fantasmas de sus antepasados. Quizás era una más de las bromas de Vittorio, aunque piensa que tal vez se parezca a sus propias alucinaciones y la confusión de sueños. Lo echará de menos. Era uno de esos ejemplares de veneciano que ya no se estilaban, un señor de otra época.

Violet prefiere no continuar con la conversación. Sabe que a Hugh le temblará la voz si sigue hablando de su amigo. Ni siquiera insiste en preguntarle por qué ha decidido contarle la verdad solo a Vittorio. Por supuesto, no añadirá nada a esa inquietante frase: Él también está enfermo… Y se pregunta en silencio si Hugh le habrá sugerido a su amigo una salida similar. ¿Haría también otro viaje hasta Suiza? ¿Eso está permitido en Italia?

A lo lejos divisan la silueta del castillo de Chillon. No parece el lugar siniestro y espectral que sugestionó a unos escritores para que inventaran historias de fantasmas. Hoy luce el sol y el castillo medieval se recorta en un juego de luces reflejado sobre las aguas del lago. Violet se alegra de que el castillo aparezca tan oportunamente en la lejanía. El recuerdo de Vittorio sale de escena cuando Hugh contempla con emoción el lugar en el que culminaba el viaje de seis semanas de los Shelley. Dobla el periódico para dejarlo en el coche, pero queda plegado mostrando la página de obituarios. Allí reconoce la foto de un conocido: Jack Mamoulian, el marido de una colega, un investigador médico que contaba con cierta popularidad por sus investigaciones científicas. Había fallecido en el accidente de un avión de pasajeros que viajaba de Londres a San Petersburgo. Hugh lee a Violet los detalles de la muerte y la biografía descrita en el artículo. Jack Mamoulian tenía su misma edad y, por un momento, envidia su muerte. Una muerte instantánea, de repente, fortuita, rápida y eficaz. Aunque piensa en los segundos o minutos de pánico que precedieron a su desaparición y descarta su primer pensamiento. Esos minutos de lucidez eran mucho más horribles que saber desde hace unos meses que vas a morir. La muerte de Hugh podía ser asumida poco a poco e incluso podía prepararse y organizarse para ella, pero aquel amigo cayendo desde las nubes, escuchando los gritos de terror de los pasajeros, repasando en un vértigo escalofriante todos los momentos de su vida, sabiendo que no le daría tiempo de despedirse, hacen que finalmente se alegre de su propia suerte de moribundo de larga espera.

Se detiene en un detalle de la información necrológica que le hace estremecerse. Entre los restos del avión había juguetes, guías del lugar de destino, zapatos y ropa. Todo estaba destrozado salvo una caja hermética que contenía una colección de vinilos de *jazz* que había permanecido intacta a pesar de haber caído desde diez mil metros de altura. El obituario asegura que pertenecía a uno de los pasajeros. Hugh sabe que son de su amigo y le parece hermosa y terrible esa imagen de los discos salvados mientras alrededor todo estaba roto. Las cosas y los muertos. ¿Cómo crees que se portarán conmigo en mi obituario?, dice Hugh de pronto. Espero que no me saquen en una fotografía de hace tiempo, cuando estaba gordo. Si

me la hicieran ahora…

Violet sonríe sin saber muy bien qué decir y se alegra de ver un nuevo toque de humor en Hugh. No es mala actitud para enfrentarse a la realidad de estos últimos días. Apaga el motor y se bajan del coche. Siempre he tenido curiosidad por saber con quién coincidiré en la página necrológica que se publique en el periódico de ese día, añade mientras cierra la puerta y se despereza contemplando feliz el castillo de Chillon. Apuesto que con un viejo político de la era Thatcher. Es mi destino…

Y caminan con felicidad agridulce hacia el castillo.

Mapas

Soy un caminante de la noche, aunque está prohibido salir tras el toque de queda de la campana. Y ya hace rato que sonó. Esta madrugada hay un hedor de velas de grasa animal que iluminan torpemente las calles de este sueño. ¿En qué siglo estoy? No lo sé, pero sí que camino por una ciudad en la que no existe la noche ni el silencio. Una ciudad que es la escombrera de la historia. Una ciudad en la que se superponen las capas de cada época en un palimpsesto sin sentido. Un rompecabezas que solo se podría comprender desde la distancia, contemplando toda una vida desde un balcón en el que alguien está a punto de saltar.

Me llega la peste de las coles hervidas que sale de las casas y el olor a lodo de cuando baja la marea: arenques, niebla sucia, carbones marítimos y frutas podridas de los muelles.

Otra vez Londres.

Sé que vago perdido por los mapas históricos de Londres, pero no sé de cuándo datan. No me sirven las fechas que publicarán en mi obituario. Llevo mi pluma de oca, el trofeo que cada año recibía el niño que realizara el trabajo más brillante sobre la historia de Londres. Yo era un niño que vivía en un tugurio del East End. Mi padre se ganaba la vida como repartidor y con él recorro los mapas de Londres, pero yo siempre me pierdo entre la niebla. Nunca llego a las casas en las que tengo que entregar un pedido.

Mi madre consigue con mucho esfuerzo leche, pan, jengibre y carne enlatada. Así crecemos mi hermano Thomas y yo. Ahora todos están muertos. En realidad hace mucho que están muertos, pero yo no quiero morir como ellos, por eso me salgo del mapa de la vida antes de tiempo, sin esperar a que me lo digan, sin ver cómo mi cuerpo se va arruinando.

En mi casa hace frío y también en el colegio, con sus aulas envejecidas, que aún parecen estar en la época victoriana. Estufas

de aroma rancio, maderas envejecidas, paredes con anotaciones de alumnos muertos hace más de un siglo. En ese colegio me cambiará la vida y allí ganaré la pluma de oca que se entrega a los mejores estudiantes.

Pobres ocas sacrificadas para que yo devore sus hígados.

Recibo la pluma de oca y voy corriendo a casa para contárselo a mi dama secreta, la dama con gorguera y peluca empolvada de un retrato antiguo que yo había recortado y que tenía colgado en mi cuarto. ¿Por qué la coloqué allí? Rezaba a mi dama en las noches oscuras. Esa señora de otro tiempo me conectaba con las épocas pasadas que tanto me fascinaban, que simbolizaban el mundo prestigioso de la cultura al que yo quería pertenecer. A ella le dediqué mi pluma de oca y allí debe de estar, bajo el marco de su retrato que alguien tiró a la basura hace miles de noches.

Muchos años más tarde encontré ese cuadro reproducido en un museo. Fue extraño ver a mi dama dieciochesca colgando de paredes ajenas. Me pareció una traición. Fue como si esa dama pintada en el cuadro verdadero me pareciera una doble falsa, una impostora, una copia. La mía era la auténtica y había recibido más veneración que aquella solitaria aristócrata con la cara blanca de polvos de arroz, hija de un siglo absurdo. Mi dama, sin embargo, había sido la madrina de un niño pobre salvado por la cultura.

En las tardes frías de enero yo mascaba chicle mientras dibujaba mapas de Londres con mi lápiz de punta afilada. Se quebró la punta y entonces caí en un mapa de la época Tudor. Veo las básculas del mercado Leadenhall y enormes sábanas secándose en Moorfields. Me llega el olor a ceniza de las coladas y creo adivinar los sueños de los que durmieron hace siglos sobre esas sábanas. Podría hablar con los personajes que siguen viviendo dentro del mapa, anónimos de la historia, congelados en un gesto por el capricho hechizante del pintor.

Estos mapas históricos terminan en un pasillo del Victoria y Alberto, mi museo preferido, mucho más que la Galería Nacional, porque aquí podía encontrar un Londres disperso, fragmentado en miles de piezas, como si en algún momento de su historia alguien hubiera dinamitado la ciudad y los trozos se colocaran en vitrinas para relatar algo que desapareció.

Ahora surge la estancia en la que se muestra la gran cama de

Ware, ese lecho de cuatrocientos años que se expone en este museo-*memorabilia*. Cuántas veces soñé con una orgía en esa gigantesca cama de dosel con damas de otras épocas. Siempre que pasaba junto al famoso mueble creía oler a sexo, pero un sexo sucio y de otro tiempo, con campesinas y posaderas que nunca se lavaban y duquesas que solo se acicalaban con perfumes de aromas pesados. Y habría grabado mi nombre con cuchillos y punzones en esa cama, como hicieron misteriosos amantes o soñadores que siguen vagando alrededor de estas sábanas de lienzo que quedaron impregnadas por flujos de no nacidos.

Veo el perfil siniestro del molino de la vieja prisión de Newgate, los muladares anteriores a Notting Hill, los bosques de Hampstead y Highgate, y el Támesis helado con borrachos y suicidas que caminan sonámbulos en su fondo. Porque esto es un inventario de todo lo que desapareció.

Todo lo que se perdió.

Todo lo que ya no existe.

Y yo estoy a punto de ser devorado por el último mapa de Londres.

Ginebra aparece deslumbrante desde la ventana del Hôtel du Rhône. El lago Lemán es un espejo en el que se refleja una ciudad por la que parecen no haber pasado las tragedias de la historia, los horrores, la miseria del mundo. Un lugar impecable, inocente, perfecto, sin tacha, un fondo de postal que, sin embargo, también esconde muertos y pesadillas en su fondo, como el lago del sueño de Hugh. Otra superficie increíblemente calmada, quieta pero que encierra un secreto terrible y que solo está a la espera de atacar a los incautos. El Jet d'Eau, con su chorro de agua potente y furioso, es el único rasgo de temperamento que se permite. Agua violenta que huye de las apariencias de los paraísos falsos, que disimula con un espectáculo de fuentes la fascinante danza de una ballena prehistórica en medio de una urbe modernísima.

Suenan campanas a lo lejos. Campanas de seriedad calvinista, con voces graves de bronce. Otra hora más. Otra hora menos. Hugh se sirve agua mineral de los Alpes de una botella de diseño que el servicio de habitaciones ha dejado en una bandeja. Ha comenzado a

contemplar algo parecido a lo que será el último paisaje de su vida: el Mont Blanc desde Ginebra.

Pero antes le queda un par de días en su querida Ginebra, donde la gente saluda y es amable, las calles están limpias y todo funciona como un reloj. Exquisitamente medido y calculado. Ya se ha acabado el lado salvaje de la travesía, el punto de improvisación que había querido introducir en el viaje, la duda ante las encrucijadas, los momentos en los que vagaron perdidos por la vieja Europa.

Ahora están alojados en uno de los mejores hoteles de Ginebra, porque quiere lo más exquisito para los últimos días. Un hotel que fue el primero reconstruido después de la Segunda Guerra Mundial, la prueba de que Europa siempre sobrevivía a sus ruinas, aunque sea a costa de olvidos intencionados y páginas en blanco, de esconder episodios incómodos debajo de las alfombras, que se limpian con silenciosas aspiradoras todos los días a la misma hora. Un hotel de lujo surgido en una Europa hambrienta, gris, desangrada y moribunda, superviviente de sus propios horrores.

Su querida Europa, que está a punto de abandonar…

Bebe el agua de un trago y le sabe al olor de glaciar que había aspirado en el castillo de Chillon. Los últimos aromas de su vida. En la mesa en la que los responsables del hotel les han dejado obsequios como el agua mineral, un ramo de flores y un hermoso bodegón de frutas, hay también un paquete con varios saquitos decorados con lazos de raso azul. Es un regalo que ha comprado a Violet y que emula lo que hizo Mary Shelley en su viaje a los Alpes. Una pequeña colección de semillas alpinas que arraigarán en un jardín inglés.

Cuando él ya no esté.

Hugh sabe que ella también adquirió semillas, con discreción y disimulo, en el Museo Flaubert de Ruán. Por eso quiere completar su pequeño equipaje de vida, dibujando en la distancia el paisaje doméstico que no verá, intuyendo dónde colocará ella los arbustos y plantas que la acompañarán en sus tardes de soledad. Se lo entregará cuando regrese de resolver algunos asuntos burocráticos en los que no quiere pensar. No ha querido acompañarla porque hoy no se encuentra bien. Intuye cómo el mal está transformando definitivamente su organismo, los campos asolados por plagas de

langosta, huracanes destrozando las selvas, terremotos derribando la arquitectura de sus huesos, olas gigantescas anegando los pulmones. Ya no hay paisajes sino naturalezas muertas. Un absurdo lienzo abstracto.

La primera vez que vio una imagen al microscopio de sus células cancerígenas le pareció un curioso cuadro abstracto con evocadores matices fauvistas. Resultaba hasta bonito. Incluso pensó en hacer una reproducción ampliada y colgarla en el salón para engañar a las visitas diciendo que era la última obra de un artista reputado. Pero Violet se negó. Aún no se había acostumbrado a tratar la enfermedad con humor, con ese juego de ironías que Hugh había utilizado porque creía que era la única forma de combatirlo.

¿Cuándo tomó la última decisión?

Fue después de la intervención quirúrgica en la que el doctor Fox tomó la determinación de cerrar e iniciar un tratamiento que solo retrasaría un poco el final. Algo que a Hugh le pareció insensato porque no serviría para nada. ¿Seis meses más de agonía? ¿Para qué? Godzilla alteró su vida y solo postergó el curso de los acontecimientos, le cambió el sabor de las comidas, lo despojó de su pelo, lo mantuvo en un cansancio constante, le provocó violentas erupciones en la piel e hizo que la boca se le acartonara. También aumentó su mal humor.

Godzilla era un monstruo que solo aplazaría lo inevitable, un proceso en el que, poco a poco, entrarían en escena el dolor, la agonía y lo que más temía: la contemplación de su propia destrucción, el deterioro progresivo, la anulación y la desaparición de sí mismo en un garabato de dolor y desesperanza. Ya lo había vivido antes. Su padre y su hermano murieron de la misma enfermedad. Y él asistió a ese teatro dilatado de la muerte. Un día comenzaría un dolor que ni la morfina era capaz de controlar, otro día las piernas se negarían a obedecer y, otro aún peor, los pulmones se rendirían a un diez por ciento de su capacidad para vagar a partir de entonces por una habitación sin oxígeno. Entonces habría que ayudar al enfermo a comer, a beber, a respirar, a lavarse, a acostarse y a intentar dormir, sabiendo que eso mismo no sería más que acortar el mínimo tiempo que le quedaba. Sin embargo, qué aliviador el sueño como anticipo de la noche de la muerte. Y en esta sucesión de horrores llegaría el momento cero: la

ceguera que anunciaba el fin de la fiesta. A partir de entonces, solo existiría la súplica para que esta obra espeluznante terminara cuanto antes. ¿Cuándo llegaría el último acto? ¿Es que nadie tenía la compasión de apagar la luz para poder dormir de una vez por todas?

Por eso había decidido salir de puntillas, quizás sin que nadie se diera cuenta. Cuando él quisiera. Y mientras pudiera hacerlo por sí mismo, sin ayuda de nadie. Controlando cada uno de los momentos y con las facultades mentales intactas. La enfermedad no acabaría con él. Hugh se adelantaría.

Tras varias sesiones de Godzilla sin sentido decidió que viajaría a Suiza, donde estaba permitido el suicidio asistido. Sería su último viaje. Él, que había convertido el viaje en su profesión y forma de vida, terminaría sus días en el camino y no en una habitación de hospital, sedado sin conciencia, atado a una máquina que sería la que de verdad respirara y por la que circularía su sangre y transitarían sus orines. La medicina y sus maravillosos avances, que también mantenían la vida artificial, conseguían competir con la muerte, pero no era lo que él quería para su final. Tampoco pensaba ir agonizando poco a poco en casa, mientras Violet asistía al dantesco espectáculo doméstico de su consunción, viendo cómo cada día el caballero que ríe iba menguando, borrándose, desapareciendo hasta que una mañana ella se diera cuenta de que había amanecido junto a una sombra, un fantasma, un

no-Hugh

que seguramente había viajado a otro lugar hacía días o semanas. Había un límite y quería llegar por su propio pie a la estación final.

Morir, por ejemplo, ahora mismo.

Había un problema: Violet. Ella no quería saber nada de la decisión de Hugh. ¿Cómo iba a estar de acuerdo en que él eligiera acabar con su vida antes de tiempo? Seis meses más para ella serían todo un regalo, podrían hacer múltiples viajes, dedicarse a vivir ese tiempo intensamente. Pero él le advirtió que serían seis meses de agonía, de decadencia y le recordó lo que había ocurrido con su padre y con Thomas, erizados de tubos en los últimos días, mantenidos con la ficción de una presunta vida. Y entonces Violet entendió perfectamente lo que le daba miedo a Hugh: la enfermedad más que la muerte, ser consciente de su decadencia,

despertarse cada día y comprobar que algo se ha deteriorado aún más y que nunca volverá a curarse. Porque no tiene sentido preguntar a quien tiene una enfermedad terminal si hoy se encuentra mejor. Siempre estará peor, cada día, cada nueva semana, aunque a veces la crueldad del mecanismo que va asolando con lentitud muestre espejismos de mejoría, trampantojos para simular lo que de verdad ocurre por dentro, despiadados engaños que solo retrasan el final. Porque no hay solución ni esperanza.

Violet aceptó, pero luego Hugh le pidió que viajara con él hasta Suiza para que estuviera a su lado en los últimos momentos, y eso era demasiado. ¿Le pedía verlo morir antes de tiempo? Además, la legislación británica penaba con cárcel a los familiares que acompañaban a un suicida. ¿Cómo correr ese riesgo?

Hugh lo comprendió. Haría ese viaje solo acompañado por la muerte, cuyo boceto se estaba dibujando en su interior mientras recorría y se despedía de aquella Europa que tanto amaba y que había narrado en sus libros. Pero no estaría Violet. Por eso cuando desde Portsmouth recibió una llamada para que acudiera a recogerla a la estación, vivió uno de los momentos más felices de su vida. Qué paradoja.

Hugh acaricia el saquito con las semillas y sigue pensando en el jardín que ya no volverá a ver. ¿Crecerían las flores alpinas? ¿Seguirán oliendo los heliotropos en el merendero del té? Y se imagina a Violet sola, recordándolo y leyendo los mensajes que le había dejado dentro de los libros mientras cae la tarde sin que ella se dé cuenta de que se va la luz, mirando hipnotizada cómo crecen muy lentamente las plantas de los Alpes y otras se arruinan por culpa de tanta lluvia.

También cae la tarde sobre la hermosa Ginebra mientras contempla el Jet
d'Eau
desde la ventana del hotel. Violet debe de estar a punto de llegar. Él se siente ahora mucho mejor, así que saldrán a cenar a un bonito restaurante. Y se alegra de estar pensando en cosas banales y detalles intrascendentes en estos momentos de su vida, porque eso es precisamente lo que quiere. Enfrentarse a la muerte sin miedo ni tragedias, solo con dignidad y orgullo.

Mañana tienen una cita con una de las psicólogas de la clínica.

La entrevista tendrá lugar en la habitación del hotel y él sabe muy bien lo que debe contestar.

—¿Está seguro de lo que va a hacer?

—Completamente.

—Perdone que insista en la pregunta. ¿Sabe las consecuencias de lo que va a hacer? ¿No se debe a una depresión eventual a causa de su enfermedad? ¿Le ha instigado alguien?

—No, estoy seguro. Nunca he estado más seguro de algo.

Y así hasta que pase el protocolo burocrático y estremecedor de alguien que te pregunta si estás seguro de querer que te ayuden a morir. Hugh recuerda cientos de escenas administrativas, entre la desesperación y la anécdota, que ha sufrido a lo largo de su vida, horas esperando ante ventanillas, rellenando formularios, contestando a preguntas absurdas y mecánicas, pero que ahora parecen momentos divertidos y deliciosamente superficiales.

Arregla un poco la habitación y se dirige al armario para escoger la ropa que llevará en la cena. Aparta a un lado las perchas en las que cuelgan las prendas destinadas al último día. Blanco sobre blanco sobre blanco sobre blanco. Para esta noche elige la camisa de seda malva que tanto le gusta a Violet. Quiere darle una sorpresa porque ella espera encontrarlo abatido, quizás contemplando con melancolía la ciudad tras la ventana, o rendido y cansado sobre la cama, soñando que es un elefante moribundo que camina hacia el cementerio de sus ancestros.

Se mira al espejo, que le devuelve la imagen de un hombre elegante. Sí, la camisa le queda holgada en el cuello y las mangas parecen de una persona con una talla superior. También es cierto que las mejillas se han hundido y que las ojeras se han acentuado. Sin embargo, su aspecto no es malo. En realidad, nadie diría que está enfermo. Tal vez alguien que lo conozca sí habría percibido cambios en su fisonomía, como la delgadez, la piel algo lívida y un perfil huesudo que dibuja ciertas partes de su rostro. Se alegra de que este sea el último aspecto de su cuerpo, el recuerdo que quedará en Violet, y no el de un hombre consumido y devorado por la enfermedad.

Se peina y se echa unas gotas de su colonia de hierbas. Un aroma también cuidadosamente escogido para este viaje y que solo usa en momentos muy puntuales. Su nariz escrutadora no admite

olores excesivos que disfrazan y envuelven, impidiendo que aspire olores ajenos. Por eso su colonia es muy ligera y casi imperceptible, solo un vago recuerdo a bosque, a tallos recién cortados y a lluvia.

¿Y ahora, qué hacer? Violet se está retrasando y no sabe cómo distraerse. Se acerca a la ventana y advierte que está atardeciendo, que se van las horas de un nuevo día, pero que para él es una terrible y obsesiva cuenta atrás. Decide entretenerse con el ordenador portátil que ha pedido en la recepción para enviar algunos mensajes de despedida. Aún no quiere abrir la bandeja de entrada por si hubiera alguna respuesta a sus correos. Ya lo leerá mañana. Hoy quiere conservar una noche de tranquilidad, de pausa, de paréntesis. Así que, ¿por dónde navegar? Y piensa en cuántas deliciosas horas perdió vagando por internet, organizando sus itinerarios por ciudades, museos, biografías de personajes históricos. Sí, sin duda esta versión de las nuevas tecnologías le gustaba, le apasionaba el intento de digitalizar los saberes para que todo el mundo accediera a ellos. Él, tan reacio a las banalidades, urgencias y superficialidades del mundo moderno, se reconciliaba con su tiempo. Porque, a pesar de que en tantas ocasiones tenía la sensación de ser un señor de otra época, se había acostumbrado bien al *cibermundo*. Le daba pena abandonar ahora todo eso.

De pronto se le ocurre por dónde paseará de forma virtual. Pincha dos veces con el ratón en el icono de Google Maps y escribe la dirección de su casa. Sale el modo mapa y, por un levísimo instante, recuerda su sueño de la noche anterior en el que se ve caminando por planos históricos. Otro sueño sobre épocas pasadas en el que su inquieto cerebro fabrica extraños artefactos narrativos en un intento por negarse a desaparecer.

Pulsa en el modo peatón y aparece su calle. Siente un pinchazo de nostalgia mientras avanza con el cursor y surgen ante la pantalla las casas de sus vecinos, que reconoce por sus jardines, las verjas, las puertas o las cortinas tras las ventanas. Ahora sabe que, si dobla esa esquina a la derecha, encontrará su casa. Tiene miedo e impaciencia. Nota los latidos acelerados de su corazón y un vacío abismal en el estómago, como si se estuviera asomando a un precipicio desde el que sabe que tendrá que arrojarse. Ahí está. Ve parte del jardín y la zona superior del merendero de heliotropos. También contempla las ventanas de la planta de arriba y hasta la

mancha en la fachada que provocaron las lluvias del pasado otoño y que tuvieron que arreglar en primavera. Así que deduce que la grabación para la herramienta cartográfica se realizó entre octubre y noviembre del año pasado. ¿Había tomado ya su decisión? ¿Estaría reflexionando en su habitación sobre su brevísimo futuro cuando el automóvil que graba la vida para atraparla en un mapa virtual pasó por su calle? Siente un deseo enorme de que las posibilidades virtuales incluyan la opción de asomarse de verdad a la realidad y poder mirar dentro de su cuarto.

Mirarse dentro por última vez.

Entonces se abre la puerta de la habitación del hotel. Es Violet, mostrando una sonrisa forzada, una sonrisa de disimulo. Sin duda, los trámites en la clínica le han provocado el llanto. Sus ojos están enrojecidos aunque se haya secado las lágrimas. Ven Violet, te va a gustar. Asómate a nuestra casa.

Ella, que se ha animado al verlo alegre y bien vestido para la cena, se dirige al escritorio y ve su propia casa en la pantalla del ordenador. Se miran cómplices y Hugh sigue moviendo el cursor por la calle virtual para ver cómo la cámara de Google Maps camina por su barrio. Hasta que contemplan algo inesperado: una pareja que camina por la acera cercana a su casa y que en otro avance del ratón se detiene ante la puerta de entrada y mira extrañada a la cámara. Son una elegante señora de pelo blanco recogido en un moño y un caballero vestido de blanco.

Y sonríen.

Para siempre. Dentro de la incierta inmortalidad de internet.

Chéjov antes de morir pidió morfina y champán a su médico. Ángel Ganivet se arrojó dos veces a las heladas aguas del río Dvina: «Prefiero un trago amargo e infinito». Y dicen que la última frase de Lord Byron fue: «Ahora me iré a dormir».

Hugh piensa en las muertes embellecidas por la literatura mientras caminan de regreso al hotel. Intentará que la suya tenga algo de poesía, un trago amargo e infinito antes de irse a dormir. Pasean con lentitud por una Ginebra a oscuras, suspendida en una atmósfera intrigante, como si la ciudad se alejara de ellos y en realidad ya estuvieran transitando por otro lado, un escenario falso o un lugar fantasmagórico fruto de ilusiones ópticas. Atraviesan el parque de los Bastiones y ahora pasan junto al Muro de los

Reformadores, donde las figuras de los predicadores parecen sombras espectrales que emergen entre los árboles. Otra vez tiene la sensación de que las cosas lo observan. La estatua de Calvino fija en él su mirada de piedra y Hugh intuye que el teólogo anhela seguir quemando libros y hombres. Por ejemplo, a él mismo por su herejía, por anticiparse a quien se supone que debe poner el punto final a todas las cosas.

Caminan por este parque donde solo se oye el eco de sus pasos. Apenas se intuyen conversaciones dentro de las casas cercanas. Hugh tiene la sensación de percibir el murmullo de un público oculto que asiste desde las ventanas al espectáculo desolador de dos viejos que pasean solitarios por la calle.

¿De qué hablar la última noche?

Llegan al hotel y el vestíbulo parece haber cambiado de aspecto en esta noche desoladora. Hugh no recuerda que la luz fuera tan mortecina ni que los sillones tuvieran ese color de sepulcro. Es como si proyectara su pesadumbre en el trazo de todas las cosas, transformando la naturaleza de los objetos. Violet pide la llave de la habitación al recepcionista. ¿Quieren que les avisemos mañana temprano, señores De Galard? Se miran. Hugh niega con la cabeza. Suben y sienten una pesadez extrema en las piernas, pero no es un peso físico. Arrastran todos los recuerdos de la vida, como en la larguísima cola de un traje de ceremonias o una de esas cadenas de presos del pasado.

Violet le ha pedido que le cepille el pelo durante un rato, como le hacía su madre en las noches de la infancia. Un gesto que le provoca un placentero cosquilleo desde la nuca hasta el estómago, recorriendo los hombros y el pecho. Necesita sentir, aunque sea solo por unos instantes, que alguien la cuida y la protege. Está asustada porque le da miedo la soledad que sufrirá a partir de ahora.

Ni siquiera quiere refugiarse en los recuerdos. Ahora no. Eso lo hará más tarde. Cuando no tenga otra cosa a la que agarrarse. Intenta no pensar en los momentos felices, porque el contraste con la realidad es brutal, violento, salvaje. Allí está con Hugh en la última noche. La luz de la mesita también parece más triste y frágil que la noche anterior, hay un velo de niebla amarilla y pegajosa que se adhiere a las cosas. Hugh se quita la ropa y la cuelga en el armario con cuidado, como si pensara premeditadamente en cada

uno de sus gestos. Sabe que ella lo está observando, aunque desde que llegaron a la habitación no han querido cruzar la mirada. Hay un abismo de infinita melancolía entre ellos. ¿Apago la luz? Estoy cansado. Hugh se acuesta y se tapa con la sábana mientras ella se sienta junto a la ventana, a la luz de una lámpara, para repasar en su cámara digital las fotografías que le ha hecho disimuladamente durante el viaje. Está satisfecha con un Hugh dormido en la cabina del *ferry* que los llevó al continente, con el que pasea por la playa de Le Havre en la que se bañaron desnudos, el hombre que contempla uno de los cuadros del Museo de Bellas Artes de Ruán, el despistado que recorre la estación de ninguna parte en el camino a París, el que duerme inconsciente en un hospital de París, el que pide una copa de vino a un camarero en un bar de Dijón, el anciano que guarda las cosas en el maletero del coche, la sombra que cuelga su ropa en uno de los hoteles, el fantasma que mira por la ventana de la casita de Besanzón. Pero sobre todas esas imágenes, se felicita con la instantánea de Hugh sonriendo en el pueblo sin nombre, aunque ella sabe que es Auxerre porque no ha querido olvidarlo, aunque sea una pequeña traición. Auxerre, donde su caballero ríe y siempre seguirá riendo en su recuerdo.

Ya ha decidido en qué lugar de la casa colocará las fotografías. Las pondrá en la pared de las escaleras, donde cuelga su álbum de objetos perdidos. Qué le importan ahora las cosas que se rompieron o que desaparecieron. Mirará estas instantáneas cada vez que suba a la soledad de su habitación, así quizás sea más liviano el durísimo momento de irse a dormir completamente sola. Y en su despacho, alrededor del cuadro de Frans Hals, también colocará la *memorabilia* de Hugh de Galard sonriendo. Por un brevísimo momento se siente feliz. Y, a pesar de que esta noche ha evitado caer en la tibieza de los recuerdos y retrasar su efecto reparador para cuando de verdad esté sola, confirma que serán su salvación, el refugio sanador en este naufragio de la vida.

Se mete en la cama vestida. Le da igual. No se pondrá el camisón porque no piensa dormir. Abraza a Hugh, que parece soñar profundamente. Escucha el ritmo de sus pulmones y descubre la armonía de una partitura, la respiración acompasada por un diapasón que parece oculto en su caja torácica, en el costillaje de este barco a la deriva. Quisiera en este momento tener su violín e

interpretar una melodía. La última sinfonía de la vida.

Violet se da cuenta de que ahora la respiración se vuelve alterada y que Hugh comienza a sudar. Debe de estar soñando y ella espera que no sea una pesadilla. Lo acaricia intentando tranquilizar al hombre que sueña. Y también se duerme sin darse cuenta, intentando memorizar esos compases para poder componer algún día esa partitura con la que el cuerpo de Hugh intenta revelarle las últimas páginas de su biografía. Así se quedan durante toda la noche mientras las luces de la ciudad y de los coches que atraviesan la calle se proyectan sobre las paredes y el techo de la habitación. La maldita vida que sigue su curso.

Casas

Me apetece una pinta en el *pub* donde estaba la última parada de postas, en la carretera de Canterbury. Bebería hasta mear litros y litros de cerveza. Toda la cerveza de mi vida en fabulosas borracheras que ahora recuerdo con detalle. Igual que recuerdo todas las casas en las que viví por culpa de estos sueños de inventario, este álbum recopilatorio, este memorial que me ayuda a ordenar el trazado de la vida en medio del caos.

La casa de mi infancia es humilde y minúscula. Huele a lejía y a sopa hervida. También a tabaco de mi padre. Y a hojas de té reutilizadas que dejan una nube amarga en el salón presidido por la radio, de la que ahora sale la sintonía de mi programa infantil preferido y yo corro a la cocina a coger el pan de jengibre y una onza de chocolate durísimo que sabe a cartón azucarado.

Y luego, aquel apartamento pagado con la beca en la Galería Nacional. Un piso en el que retumbaba el metro, que pasaba cada cinco minutos. Cuando estaba en el baño afeitándome, tenía la sensación de que la máquina irrumpiría detrás del espejo. También me ocurrió en la sórdida habitación de un hostal en Pigalle, en una de mis primeras estancias en París con Violet. Esa habitación, cuyo olor percibo a la perfección dentro de este sueño: tuberías de tránsito lento, queso Camembert, madera podrida, papeles viejos y colchas usadas.

En otra casa alquilada, en la que me recuerdo escribiendo mi primer libro, tuve una vez una extraña sensación cuando intentaba dormir. Las paredes desaparecían y podía ver con total claridad el comedor, la cocina, el corredor y la escalera del edificio. De pronto, observaba las estancias de la casa de mi vecino de al lado y luego se abrió el techo y vi al de arriba y así, hasta que percibí a los que dormían en la cuarta planta, los que se sentaban a comer en la planta baja y a una mujer que defecaba y lloraba en la soledad

blanca de su cuarto de baño.

Van atravesando este sueño doméstico todos los apartamentos, las casas rurales y las habitaciones de hotel de mi vida. También están organizados los olores de cada uno de ellos, y es triste que pueda recordar con exactitud todos los detalles de estos lugares de paso mientras mi cuerpo se extingue y mi memoria adquiere virtudes fabulosas. ¿Para qué? ¿Para desaparecer en un instante? Quizás tendría que escribir todo esto, pero ya no hay tiempo.

Sé que este es el último sueño de mi vida, pero no me preocupo por hacerlo más fabuloso ni complejo ni hermoso. Es lo que hay. Ahora sé que duermo en una habitación de hotel en Ginebra y que esta es la última noche. Tampoco hay ya paredes que oculten lo que sucede. Solo un muro delante de mí, porque he llegado al final y no existe más camino. Por eso me obstino en mirar atrás, al largo pasillo que tengo a mis espaldas. Ni más ni menos que mi vida, aunque esté apareciendo disfrazada con las galas de un sueño.

Así que paseemos un rato más por ese larguísimo pasaje de la vida. Camino a oscuras, pero a la izquierda hay una salida. Son las galerías del Victoria y Alberto. ¿Por qué se confunden los pasillos de mi vida con los corredores de mi museo preferido? ¿Qué lugar escoger? ¿Qué planta pulso en este ascensor que sube y baja sin decidir dónde pararse? Cuarta planta: Historia de Inglaterra. ¿Ir desde el final hacia el principio o al revés? ¿Del presente al pasado o del futuro a la nada? Me gustaría empezar en la época Tudor y asombrarme con los objetos rescatados de la iconoclastia anglicana. ¿Qué azar los ha conservado para que yo —o lo que quiera que sea la mente que me sueña— pueda contemplarlos hoy?

Siglo XVII: en las vitrinas están colocadas las cosas salvadas también milagrosamente del gran incendio y de la epidemia de peste. Siglo cruel y audaz en el que rueda la cabeza de un rey y Londres casi desaparece en un incendio. Las fachadas están llenas de bubas purulentas. Sin embargo, siguieron creciendo flores sobre las tumbas.

Llego a mi querido siglo XVIII. Huele a polvo de arroz y a pipí de dama disimulado con perfumes florales. El pasillo a la izquierda da al siglo XIX y yo busco desesperadamente la trenza de una dama sevillana de la que se enamoró Lord Byron durante su viaje a España. Siempre creí que esa trenza negrísima olía a naranjas

amargas.

Aparece la reina Victoria entre polcas y crinolinas. Está atrapada en unas imágenes filmadas de apenas un minuto, que pasan una y otra vez en un bucle sin fin. La oronda Victoria vestida de luto llega en un cabriolé a un jardín y saluda a su nieta Alexandra, que aparece acompañada por su marido, el zar Nicolás II. La reina paridora que reparte cachorros por los tronos de Europa.

Están apagando las luces y un guarda se acerca para echarme. Cómo decirle que es mi último recorrido, que no soy un turista más ni un jubilado aburrido con demasiado tiempo libre. No es la primera vez que me echan de un museo. En el Grand Palais de París me demoré tanto que los vigilantes decidieron apagar la iluminación. Pero me dio igual. Las luces nocturnas de la calle penetraron en las salas del museo y quedaron atrapadas por un mínimo instante en los cuadros. Un brevísimo segundo en el que la carne pintada bebió la luz del otro lado.

Lástima de cosas hermosas que no veré jamás y de las que ahora me despido con cortesía y agradecimiento. Ya no visitaré más museos con las obras de los maestros del pasado ni veré hermosos paisajes ni volveré a subirme a mis queridos trenes para viajar a lugares con nombres exóticos. Ya no volveré a pasearme por Londres, recreándome en las viejas iglesias, en los jardines secretos y visitando las tumbas de los grandes hombres. Antes de mi viaje me despedí de ellos. Qué soledad al abandonar la Abadía de Westminster sabiendo que jamás volvería a reverenciar la minúscula tumba de Ben Jonson.

Adiós a Londres, ese desván con cacharros de la historia. Adiós a la sagrada tradición, a lo casi falso, al pastiche, a la imitación del pasado, a lo *kitsch*. Londres, espectro sin tiempo, capaz de convertir la historia en una gran tragicomedia. Adiós al Londres de mi infancia, cuando Inglaterra perdía su imperio pero podíamos seguir comiendo —o robando con habilidad de pícaros dickensianos— cosas exóticas en las tiendas de ultramarinos. Habíamos ganado la guerra aunque terminamos siendo el país más sacrificado, más pobre, más castigado. Sí, teníamos dignidad pero Inglaterra ya no era nada. Qué ironía estudiar en el colegio las lecciones fabulosas del imperio de ultramar y luego en la merienda beber leche en cartillas de racionamiento. Leche aguada para los descendientes de

la gran Inglaterra. A fin de cuentas, somos un país que construyó los cimientos de su imperio sobre la piratería. Alguien tenía que arrebatarnos el mundo alguna vez. En el fondo, solo éramos vendedores de lana. Humildísimos y provincianos criadores de ovejas.

La casa está pintada de gris y se encuentra en una zona de las afueras llena de naves y fábricas por la que pasan continuamente camiones de transporte de gran tonelaje. Un polígono impersonal y sórdido como los que hay en todas las ciudades. No es el paisaje que había pensado para la última visión de su vida.

Sin embargo, la casita gris guarda cierto encanto. Tiene un porche y un jardín que la rodea con árboles aún de poca altura, como si se hubieran plantado apenas hace dos o tres años. Además, al estar en la última calle del polígono, desde las ventanas de la planta superior es probable que se pueda contemplar la ciudad y a lo lejos, el macizo de los Alpes. En el fondo, es una construcción que parece desentonar con el lugar. Un rincón pintoresco en medio de factorías y almacenes. Un remanso de paz y muerte en medio del estrépito y el ruido. Un espacio en el que Hugh sospecha que los segundos corren más lentos porque los relojes tienen una naturaleza perversa. Una casa para morir entre naves fabriles en las que trabaja gente que suspira para que las horas pasen rápidas y concluya pronto la jornada laboral. Gente que vive a un ritmo diferente al de los que están a punto de entrar en esta casa gris. Personas cuyas vidas son una sucesión de tedio y monotonía, que solo piensan en que llegue el fin de semana, que odian los lunes por su sabor acre, lánguido y aburrido; sin ser conscientes de que la vida es precisamente eso, el tránsito simple de los días.

Violet se sorprende de la belleza del jardín e incluso se detiene a mirar algunos matorrales para deducir de qué plantas se trata, pero de pronto se da cuenta de que es absurdo reconocerlas. Es un jardín que intentará borrar de su memoria. Porque no puede evitar que todo lo contemplado en estas últimas horas tenga un aura de horror, de máscara macabra, de cosa en la que late algo siniestro.

Uno de los responsables de la clínica los ha acompañado para que se instalen en la casa. Tiene el tacto de no preguntar si les gusta. Ya sabe que ni el lugar más hermoso hechizaría a los que residen aquí por unas horas. Esta no es una residencia de

vacaciones de las que se alquilan para varios días de diversión y asueto. Es justo lo contrario de esos lugares que provocan en los viajeros un extraño placer —entre la incomodidad y la aventura— por tener que acostumbrarse a espacios domésticos ajenos que, sin embargo, terminan convirtiéndose en propios a fuerza de estar relacionados con vivencias maravillosas.

Aquí no ocurre eso. Todo es efímero, portátil, prestado, frío. Ha muerto gente y se nota, aunque hayan sido muertes decididas, limpias, elegidas y serenas. Flota en el aire la atmósfera impoluta y práctica que tienen los espacios públicos, con esa indefinición de lugares pensados para que los usen todos, ya sea una estación de metro o la consulta de un ambulatorio. Son cosas útiles. Simplemente. Y están nutridas por una voluntad pasajera, funcional y efímera. Cuando se estropean o se rompen, se sustituyen por otras sin que nadie se preocupe de pensar en el alma que también tienen los objetos. Por eso el perfil de los muebles no parece definido sino difuso y como dibujado con niebla.

El responsable de la clínica les enseña todas las zonas de la casa. Además de un gran salón que comunica con una terraza que da a un jardín trasero, hay una cocina de estilo americano cuyo mostrador está adornado con una maceta de plantas a punto de marchitarse. La tierra está seca y Violet tiene el impulso de acariciarlas, pero luego lo descarta. Le da repulsión rozar las cosas. No sabe explicar por qué.

El hombre les muestra un amplio y moderno cuarto de baño y las escaleras que llevan a dos habitaciones en la parte superior. El dormitorio principal tiene un balcón desde el que Hugh confirma que, efectivamente, se ven los Alpes. Observa que a lo lejos se acercan nubes muy negras. Le apetece marcharse con una tormenta sonando de fondo. Aquí tienen un dormitorio por si quieren descansar, dice el empleado mientras les enseña la última estancia. La doctora llegará a las cinco, están en su casa.

Bajan las escaleras en silencio y el hombre se despide con exquisita cortesía sin atreverse a decir nada más, porque sabe que sería absurdo decir hasta luego o hasta siempre o simplemente adiós. Todos sus gestos y comentarios están pensados y calculados para no herir sensibilidades ni provocar escenas incómodas. Cierran la puerta de la casa y desde una de las ventanas ven cómo se sube al

coche y se marcha. Hasta el motor del automóvil parece extremadamente silencioso y educado. Ha sido muy bueno eso de «están ustedes en su casa», dice Hugh entre risas. Violet se limita a sonreír tímidamente, disimulando su pavor, aunque feliz por esa nueva salida de humor de Hugh, tan diferente del tono sombrío del día anterior, cuando paseaban juntos por última vez. ¿Te has dado cuenta de que no nos ha dejado la llave y ha cerrado por fuera? ¿Y si nos da por escapar a última hora?, continúa Hugh bromeando y arrancando por fin una sonrisa sincera a Violet. Bueno, ¿qué hacemos?, añade ella, sorprendida al mismo tiempo por su pregunta inapropiada para alguien a quien le quedan apenas unas horas de vida. Quizás es que definitivamente ha entrado en el juego de ironías de Hugh. ¿Te parece que comamos? No se me ocurre nada mejor, propone un Hugh socarrón y con apariencia despreocupada.

Se dirigen a la cocina, aunque no están seguros de encontrar algo dentro del frigorífico, que quizás solo esté colocado para sugerir cierto aire de decoración doméstica. Suponen que no habrá muchos clientes con apetito en sus últimas horas. Para su sorpresa, al abrirlo encuentran frutas, quesos, dulces, chocolates y bebidas, incluidas las alcohólicas, con gran variedad. Me apetece muchísimo tomar bombones, ya no me van a engordar ni aumentarán mi colesterol, dice Hugh con buen ánimo, aunque no puede evitar pensar que todos esos alimentos lo acompañarán y que aún estará digiriéndolos cuando se produzca la muerte. Por eso los selecciona con premeditación, como el pintor que elige los elementos que incluirá en un bodegón. ¿Te apetece tomar champán?, sugiere pensando en añadir burbujas de vida a esa naturaleza muerta.

La verdad es que a Violet no le apetece tomar nada y mucho menos champán, pero no se atreve a arruinar el buen humor de Hugh. Por otro lado, tampoco le hubiera importado emborracharse e intentar trivializar este momento tan trascendente, contemplar todo desde una nebulosa distante, como si lo que está sucediendo no tuviera que ver con ella.

Cortan un poco de queso y se sirven champán. Hugh saborea luego los bombones, comiéndolos lentamente para disfrutar del momento, a pesar de que, en un par de ocasiones, nota cómo ante tanta salivación se le vuelve a desajustar la dentadura. Nunca ha sido tan consciente de lo importante que son los breves momentos

de felicidad. Sonríe satisfecho porque ahora, al recapitular, se da cuenta de que su vida ha tenido muchos buenos momentos. Quizás han sido efímeros, apenas instantes de luz, destellos que asoman muy de vez en cuando. Pero ha tenido una buena vida, ha conseguido lo que quería. Fue un niño de familia obrera que sufrió la dura posguerra, pero estudió una carrera con mucho esfuerzo. Su infancia estuvo llena de sueños hambrientos en los que comía carne sin descanso, saboreaba deliciosa fruta, dulces o chocolate. Y se imagina al niño Hugh de Galard contemplando atónito la escena de su yo anciano devorando bombones en sus últimos momentos de vida.

Y ahí delante de él está su fiel y valiente Violet. Es difícil encontrar a una compañera así. Una persona cómplice que ha hecho su vida mejor. Hay muchos que nunca consiguen eso, que simplemente creen enamorarse o se casan con la persona que estaba en ese momento ahí, pero que podría haber sido cualquier otra, como se escoge algo de una estantería cercana. Alguien elegido por azar, cansancio o miedo a quedarse solo. Pero Hugh no se imagina compartiendo la vida con alguien diferente a Violet.

Y ahora está allí, compartiendo también la muerte.

Terminan de comer. Buscan un reloj para ver cuánto falta para las cinco, hora a la que llegará la doctora, pero no ven ninguno. Tal vez es que la casa es todo un mecanismo oculto de relojes macabros. Un espacio organizado para ir a otro lado, donde en realidad no existe el tiempo.

No, no hay relojes. ¿Otro detalle de cortesía de la clínica? A Hugh le parece algo ingenuo y excesivo. No le gusta la obsesiva corrección política de estos tiempos. Decide distraerse observando la casa y descubre detalles curiosos. Tampoco hay cuadros. Tal vez se deba también a esa exagerada discreción que reina en la casa. Porque ¿cómo saber si el paciente se molestará ante la visión de un cuadro abstracto? Hugh medita sobre la imposibilidad de introducir un cuadro fauvista, por su colorido estridente, o un lienzo expresionista, ya que podría provocar desasosiego en las almas delicadas y sensibles. Tampoco hubiera sido adecuado, piensa sonriendo, llenar todo de bodegones: el difunto en potencia se sentiría aún más triste al ver los placeres mundanos que dejaría atrás. Las vanitas barrocas están descartadas por el choque estético

con la mentalidad calvinista de la nación anfitriona. Aquí seguro que hay fantasmas, ¿no crees?, dice Hugh en voz alta para que se entere Violet, que aún sigue en la cocina.

Mira el sillón principal, que no parece muy cómodo, quizás para que el paciente no lamente las siestas de sobremesa que también deja atrás, junto a otras delicias de la vida. Se acerca para mirar bajo los cojines. Es una curiosidad que tiene desde su infancia, porque siempre encontró tesoros escondidos bajo los cojines de un sillón. Cuando era pequeño perdió uno de sus cómics preferidos y, tras muchas búsquedas por todos los rincones de la casa, lo halló oculto en el sofá. Entre almohadones y cojines había encontrado libros en hoteles de paso o incluso relojes, pulseras, anillos o papeles olvidados en apartamentos de alquiler durante los múltiples viajes de su vida. Y ropa interior, un descubrimiento cuyo recuerdo le hacía saltar del sofá con un respingo al imaginar los lúbricos encuentros que habría acogido.

Busca ahora en este sillón de paso y encuentra algo bajo uno de los cojines. Se trata de una tarjeta de visita: Keith Pilgrim. Sloane Street, 12. Vicedirector de Servicios Financieros. Hugh siente curiosidad por el personaje que le ha precedido. ¿Quizás solo unos días antes? ¿Ayer tal vez? Y, por un momento, cruza por su mente la absurda idea de buscar su casa y saludarlo cuando regrese a Londres.

Sigue curioseando en otros muebles, como solía hacer cuando llegaba a la habitación de un hotel o un apartamento de vacaciones, mira dentro de los cajones, abre las puertas de los aparadores y llega a la pequeña librería. Repasa los lomos y solo ve libros sobre Suiza, pero de pronto se topa con otro guiño del azar, algo que no espera y que le llena de alegría. Una de las últimas alegrías de su vida. ¿Es posible que uno de sus libros esté allí, en este lugar para el olvido?

Llama emocionado a Violet. Es una edición en francés de *Caminos de herradura por Europa*, que publicó hace veinte años, uno de sus libros más queridos, porque además Violet le había acompañado en algunas de las etapas del itinerario. Un hermoso proyecto que consistía en recorrer los antiguos caminos de postas y de paso de carruajes, pero contemplados por la mirada de un viajero actual. En el libro describía las antiguas posadas que

aparecen citadas en los libros de caminantes y peregrinos y donde ahora se levantaban gasolineras, modernos hoteles o bloques de edificios de viviendas. Había sido como colocar los planos del presente sobre los planos del pasado para ver qué escena aparecía. Y Hugh se había dedicado toda su vida a eso: observar lo que queda del pasado en el presente, descubrir la proyección del ayer en el hoy, intuir la fatiga de la historia sobre los lugares.

Repasa con gusto aquel libro que se le aparece como un regalo inesperado en el último pasillo de la vida. Una afortunada casualidad que le confirma su suerte de hombre que ha dejado huellas en el camino. Se siente reconfortado al pensar que sus libros ahora mismo, mientras él comienza a desaparecer, estarán probablemente en las estanterías de varios lugares del mundo o quizás en las maletas de viajeros a punto de iniciar fabulosas travesías siguiendo sus consejos.

De pronto suena el timbre de la puerta y, a pesar de que les sorprende la interrupción, se dan cuenta de que también el sonido es discreto y apenas audible para no alterar a nadie. Al abrir, Violet tiene la sensación de que un ángel se ha equivocado de puerta. Es una mujer de unos treinta años, no muy alta, el pelo castaño recogido y con una mirada dulce. Tiene ojos que ríen. Y Violet piensa en qué agradable es encontrarse con alguien así en este momento. La doctora Bernard los saluda y pide permiso para entrar. Tanto Hugh como Violet creen por un segundo que, efectivamente, se encuentran en su casa. Su voz es también delicada, con un tono melodioso, y habla lentamente el inglés, como si pensara que no la entienden del todo. ¿Desean que sea ahora mismo? ¿Necesitan algo más de tiempo? ¿Ha elegido ya la bebida, señor De Galard?

Les sorprende que esta mujer tan educada y exquisita, de ademanes lentos y delicados, muestre de pronto una velocidad inaudita, demasiadas preguntas planteadas al mismo tiempo. ¿Que si quiero morir ya? Es difícil elegir qué bebida será la última de tu vida, señorita, piensa Hugh, pero no dice nada. Perdone, ¿tienen un reproductor de compactos?, pregunta Violet sorprendiendo a su vez a Hugh. Claro que sí. ¿Qué música desean?, responde la doctora y Hugh tiene la sensación de que les está presentando un muestrario de telas o una carta de vinos. Traemos nuestra propia música, gracias, dice Violet sonriendo.

Hugh supone que Violet pondrá la música de Small Faces que los ha acompañado durante el viaje, pero se lleva una sorpresa. De pronto en aquella casa gris suena el violín de Violet con una grabación expresamente dedicada a Hugh. Es la *Sinfonía número 25 en sol menor*, de Mozart, interpretada por ella. Y el arco del violín se pincha en el corazón estremecido de Hugh. He reproducido todo el programa de nuestro concierto, el concierto de Le Havre…, dice ella.

La música que tocó la noche que se conocieron en la ciudad en la que comenzaba la historia de este último viaje. Un concierto en el que Hugh vio por primera vez el cabello blanco de Violet, la concertino. Qué lejano quedaba ahora todo aquello.

Sonríe y agradece un regalo de tanta delicadeza. Ella no puede disimular, feliz por haber acertado en un momento tan duro. Tiene preparada la cámara y le hace una nueva fotografía a su caballero sonriente, aunque ahora la risa es distinta. Ya no es una carcajada, ahora es un gesto de infinito alivio y serenidad.

Violet y Hugh se dan cuenta de que la doctora Bernard se ha retirado discretamente a la cocina. Parece una sombra benefactora que sabe en qué lugar estar en cada momento para no molestar. Me he decidido por el té, los británicos somos poco previsibles, dice Hugh sonriendo con ironía a la doctora. Lo prepararé, señor De Galard, pero le sugeriría que lo acompañe con algo más fuerte para disimular sabores, y antes deberá tomar algo que le protegerá el estómago para que su organismo no vomite la bebida.

¿Cómo disimular el sabor de un veneno? Sabe que no se trata de los sofisticados venenos de sus héroes literarios, ni siquiera el champán con morfina de su querido Chéjov. Se trata de diez gramos de pentobarbital de sodio. Parece una inocua fórmula química de las que aparecen en los libros escolares, pero es un veneno. Eso sí, tan exquisito como los modales de los trabajadores de la clínica. Un veneno discreto pero efectivo, elegante, silencioso. Aniquila, asola, devora, pero sin que el paciente se dé cuenta. Una muerte que se presenta con delicada educación: Buenas tardes, ¿me permite? Voy a acabar con su vida. Adelante, cumpla con su deber y gracias.

Mientras la doctora Bernard prepara el té y disimula preparando el pentobarbital de sodio, Hugh y Violet siguen mirándose. Ahora suena el *Piano Trio número 2*, de Schubert, y Hugh piensa en su

fortuna de marcharse feliz y sin agonías, sin dolor, sin sufrimiento, siendo plenamente consciente. Con una decisión de una libertad total, sin el peso de dioses, culpas, pecados o lastres morales.

La doctora Bernard se acerca con una bandeja en la que ha colocado una tetera con tres tazas. En un lado, un vaso de cristal opaco que parece disimulado en medio del juego de servicio de té, pero que Hugh observa con una mezcla de pavor y deseo. La doctora sonríe. Solo su gesto de infinita ternura y sinceridad evita que la escena tenga un punto de ridiculez melodramática: servir un té envenenado con exquisita cortesía. Esto parece una novela de Agatha Christie, ¿cuál será el té con sorpresa?, bromea Hugh.

La doctora no puede evitar reírse a carcajadas y está a punto de que se le caiga la bandeja. Los tres se contagian y terminan riendo. Si desde alguna de las naves cercanas alguien hubiera escuchado las risas que salen de la que llaman la casa de la muerte, no daría crédito. ¿Es que allí celebran fiestas? ¿No era aquello un negocio que prometía un civilizado *chill out* de la muerte? Ustedes los británicos y su bendito sentido del humor…, dice la doctora Bernard mientras recoloca el servicio de té en la inestable bandeja y ofrece a Hugh el protector de estómago que debe beber antes.

Él se lo toma y vuelve a sentir el pinchazo de la nostalgia por su querida isla, una sensación que ya es física, semejante a la de un miembro mutilado que aún se sigue notando, un dolor fantasma. Ve que la doctora deja las tazas encima de la mesa y que lo hace con una lentitud impropia. Quizás es que los relojes invisibles de la casa están dictando su extraña sintonía. Siente que dentro de las paredes alguien ha escondido relojes. Nota un vago malestar, como le ocurrió en el Museo del Tiempo de Besanzón. Y piensa que otra vez un mecanismo de relojería se agita dentro de su cuerpo, ese cuerpo que está a punto de decir adiós, de abandonar la estancia, de despedirse por fin de todo.

Solo ha tomado el protector y ya siente que el tiempo se dilata de forma extraña e incluso ve cómo Violet y la doctora Bernard hablan de algo que no entiende. Mueven sus bocas pero no salen voces. Se da cuenta de que Violet lleva uno de sus maravillosos vestidos con tela Liberty y lamenta no haberle dicho nada antes. Ha sido un detalle que él no ha apreciado cuando dejaron el hotel y ahora es absurdo hacer un comentario. Demasiado tarde. Es

demasiado tarde para todo.

En este rato anómalo que se dilata blando y gelatinoso como los relojes de Dalí, recuerda sus visitas a los almacenes Liberty acompañando a Violet, porque ella compraba allí los vestidos con el diseño singular de estampados de flores. Él bromeaba diciendo que había visto esos mismos dibujos tan exclusivos en las batas de algunas mujeres de pueblo en el sur de España e Italia. Violet se enfadaba y entonces cogía el ascensor de Liberty y subía sola a la última planta para elegir sus telas y Hugh se quedaba solo mirando la decoración de esos almacenes cuyas maderas habían sido escogidas de los armazones de viejos barcos, con suelos, puertas y entramados que aún olían a ultramares y a algas barbadas de océanos lejanísimos. Esperaba refugiado en sus divagaciones dentro del barco-tienda hasta que amainaba el temporal y ella regresaba feliz con sus telas de jardines estampados.

La doctora Bernard sirve el té con mucho cuidado. No quiere volver a salirse de su papel, porque, tal y como temía, ya ha empezado a encariñarse con esta pareja inglesa. Siempre intenta no implicarse con los pacientes de la clínica. Sabe que es la causa de que la mayoría de los trabajadores no dure más de un año en este empleo. Demasiadas emociones, demasiada complicidad, demasiada melancolía.

Hugh está nervioso y al coger la taza le tiemblan las manos. Se le derrama un poco de té sobre el pantalón blanco y le parece que esa mancha es como la huella obscena de un asesinato. Lamenta despedirse con ese rastro. Una mancha que le recuerda el dibujo abstracto de sus células enfermas en el microscopio. Cómo no iba a aparecer semejante recuerdo si es la razón de todo; de la última decisión de Hugh. Señor De Galard, aquí tiene, dice la doctora Bernard ofreciéndole el vaso opaco con toda la naturalidad que puede simular, pero él se da cuenta de que su seriedad y profesionalidad hacen aguas. Aquella mujer no durará mucho en este trabajo, piensa Hugh, pero no lo dice. Por favor, debe tomarlo de un trago, dice la doctora, si no lo hace así, no será efectivo y solo caerá en un profundo sueño.

Hugh se come un bombón para prevenir el sabor amargo, tal y como le ha aconsejado la doctora Bernard, que ahora le parece que bien podría haber sido la hija que Violet y él nunca tuvieron.

Mientras bebe «ese trago amargo e infinito» echa de menos el olor de los heliotropos de su jardín. Es tan potente la fuerza de su recuerdo que realmente cree que en esa casa gris en un polígono a las afueras de Ginebra huele como en su querido jardín. Las escenas de su memoria están incluso más cercanas que las que está viviendo en este momento. Tiene la sensación de que ya solo es pasado y nada queda por delante, tal y como había intuido en su sueño.

Observa sus manos y, sin saber por qué, se acuerda de las cicatrices de toda la vida, como si fuera una forma de despedirse de su cuerpo, evocar las marcas dibujadas en el libro de heridas de su biografía: la que tiene en la frente por una caída infantil, la de la rodilla por el accidente de tren en Nápoles, las del estómago por sus múltiples operaciones de los últimos años. También se mira la punta de los zapatos y recuerda que ha olvidado cortarse las uñas. Un detalle que le parece impropio de él.

Hugh se echa hacia atrás en el sillón, que de pronto le parece muy cómodo, tanto que hasta baraja la posibilidad de dormir un poco. Le apetece soñar, descansar de una vez. La habitación se va volviendo algodonosa. Es como si la niebla de Londres hubiera entrado para despedirse. Duda si ha tomado todo de un trago porque en realidad solo siente un profundo sopor. ¿Estará muriendo o es solo el sueño que le rinde? ¿Es esto la muerte?

Va pasando por varios estados y pensamientos, caminando con lentitud y delicadeza. Primero recuerda que se le ha olvidado mirar dónde estaba el sur en aquella casa gris. Tenía previsto morir mirando al sur, como estaban orientados los teatros antiguos de Londres para que a los actores les diera la luz sobre el escenario. Pero ahora todo eso le parece absurdo.

Le llega un olor a mar, oye los graznidos de las ocas en las noches de Besanzón y siente el sabor del cuerpo de Violet. Y comienza a recordar todos los sueños de su vida, especialmente los de este viaje de seis semanas. Tiene la sensación de que en aquella casa gris han entrado los Shelley, Lord Byron y Polidori. Y están bajando las escaleras, contando relatos como en el juego gótico de aquella noche de tormenta de hace doscientos años.

Ya no sabe si, sugestionado por sus alucinaciones, escucha también un trueno lejano. Finalmente tendrá tormenta en el último acto de su vida. Incluso nota el olor a tierra mojada colándose por

las ventanas. Y se siente infinitamente feliz, como siempre que huele la lluvia.

Y ahora le invade el sueño, pero con esa placidez que provoca una siesta después de un buen almuerzo. Percibe que un río tibio le recorre las venas y se sorprende de semejante calidez cuando está entrando en un paisaje narrado por los siglos de los siglos como el reino del frío, del hielo eterno. Y aplaude la última broma de su cerebro que no deja de fabular, sugiriendo que el frío está afuera y no dentro de su cuerpo, porque otro Hugh que no es el que se va borrando poco a poco en esta casa gris continúa con su viaje, que se extiende más de seis semanas. Un Hugh que abandona Ginebra, como programaban todos los itinerarios clásicos y finalmente llega a Italia, al destino añorado. Un Hugh que atraviesa los glaciares de los Alpes y las extrañas lenguas de hielo suspendidas desde las montañas, como hicieron los antiguos viajeros, confundiendo sus miles de lecturas y viéndose a sí mismo con un largo bastón de hierro, zapatos herrados, abrigo o levita, y frotándose las manos continuamente con vinagre para evitar la congelación. Imitando a los viajeros románticos que inauguraron aquellas audaces rutas. Todos los que le precedieron y que consiguieron llegar a Italia, aunque ahora estuvieran en el lugar hacia el que se dirigía. Allí donde la nieve cae lentamente en silencio, como creía haber visto desde la ventana del hospital de París.

Por un instante, el Hugh soñado —que ahora no es ni un niño ni un joven ni un maduro Hugh sino alguien de la misma edad— saluda al Hugh real desde una casita en la Toscana, rodeado por colinas y cipreses, con un fondo de hermosos pueblos de tejados rojizos. Sin duda, el Hugh que habría sido si no se hubiera cruzado la muerte.

Le pesan los párpados pero no quiere dormirse aún y se empeña en mirar lo que ocurre más allá del gran ventanal de la casa que da al jardín. Descubre que enfrente hay una casa también gris que, sin embargo, no había visto cuando llegaron. Quizás se trate de otra residencia para el último viaje que tiene la clínica para jornadas con demasiados clientes. Dentro ve a una pareja de ancianos en un sillón que es exactamente igual a este en el que está sentado. Se detiene en minúsculos detalles de la casa que observa increíblemente con total precisión. Y entonces se da cuenta de que

lo que en realidad está contemplando es el reflejo de la casa gris en un espejo imposible. Se estremece cuando el anciano de enfrente lo mira, porque se ha percatado de que Hugh lo observa. Cierra los ojos, incapaz de sostener la mirada de su autorretrato, de contemplar su propia muerte en un perverso simulacro óptico.

Ya no ve a Violet, ni a la doctora Bernard, que se ha retirado para dejarlos en la intimidad, aunque contempla la escena desde una prudente distancia, por si tuviera que intervenir. Hugh siente la mano de Violet y la confunde con la de su madre, que se le aparece en la casa gris con el mismo rostro de aquel día que se cayó al salir del colegio y llegó llorando, sucio de sangre y fango. Entonces solo le consoló sentir la caricia de su madre. Como ahora. Y confirma todas las leyendas sobre lo que sienten los moribundos al recordar a la madre en el momento de la muerte. Le gustaría escribir sus sensaciones, pero ya es incapaz de moverse.

Cree penetrar en el territorio de lo soñado y que despertará en un par de reparadoras horas para después retomar sus tareas, como si nada. Duerme siendo consciente de que duerme, aunque se esfuerza aún en no caer en un sueño profundo porque disfruta paseando por esta tierra de nadie, entre la vigilia y el sueño o entre la vida y la muerte. Quiere seguir forzando su memoria, pero nota el cerebro blando y gelatinoso que se deshace en un vacío. Para no caer derrotado, intenta desentrañar aún los olores que le rodean en un último ejercicio de consciencia y descubre la tierra mojada de la tormenta, el té y el veneno, la colonia de lilas de Violet o el impreciso perfume de la doctora Bernard, a la que seguro que obligan a usar también una discretísima esencia para no perturbar las delicadas narices de los predifuntos.

Hugh intenta olerse a sí mismo, en una delirante y extraña introspección olfativa que recuerda haber leído en antiguos tratados de medicina humoral referidos al aroma que desprende quien está a punto de morir: un olor dulzón que algunos explican semejante a una fermentación vinosa y que luego se convierte en un aroma —o hedor— a ácido, que pasa a ser acre, se transforma en herbáceo y termina en el intrigante ámbar. Nota, con cierto espanto, que en este momento ha dejado de sentir olor. Ha llegado la pesadilla que siempre obsesionó su vida: la anosmia. Y no oler es anularse, no existir, aunque se tranquiliza al pensar que esa sensación terrible

solo durará unos segundos.

Y entonces percibe cómo se recorta el perfil de un árbol que siempre veía al caminar por Hyde Park camino del Victoria y Alberto. Y se pregunta por qué había olvidado durante tantos años ese árbol que siempre estaba lleno de ardillas. ¿Será ese su último pensamiento? Tiene deseos de pedir a Violet que entierre sus cenizas en Hyde Park bajo ese árbol, que debe de tener algún sentido si aparece en este lento epílogo, pero comprende lo absurdo de su último capricho. Ya no puede regresar y plantear semejante idea, pero hace un gran esfuerzo para susurrar a Violet la frase que le sugiere Lord Byron, con aspecto chulesco y despreocupado, junto al árbol de Hyde Park: «Y ahora me iré a dormir».

Violet no entiende lo que le dice. Solo nota que Hugh ya no está allí cuanto toca su pecho y siente un hueco profundo y abismal, como si el corazón se hundiera o se hubiera evaporado, convirtiéndose en otra cosa.

Eva Díaz Pérez (Sevilla, 1971) es escritora y periodista. Entre sus novelas están *El sueño del gramático*, *El color de los ángeles*, *Adriático* (Premio Málaga de Novela y Andalucía de la Crítica 2013), *El sonámbulo de Verdún*, *El club de la memoria* (Finalista del Premio Nadal 2008), *Hijos del mediodía* y *Memoria de cenizas* (Premio Miguel de Unamuno). Además, es autora de los ensayos *Travesías históricas*; *La Andalucía del exilio*; *Sevilla, un retrato literario*; *El polvo del camino, el libro maldito del Rocío*; *Rutas del exilio español en Londres* y *Abate Marchena. Vida y obra de un revolucionario*. Trabajó en *El Mundo* y colabora con *ABC*, *El País* y *Andalucía en la Historia*. Es Premio Andalucía de Periodismo, Unicaja de Artículos Periodísticos o Francisco Valdés de Periodismo Cultural.

Es miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes de Cádiz. Ha sido directora del Centro Andaluz de las Letras.